

ROSSANA ALMADA
ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP
JOSÉ ANTONIO SEQUERA MEZA

La construcción de las subjetividades en BCS

Estudios desde la complejidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

La construcción
de las subjetividades en BCS
Estudios desde la complejidad

La construcción de las subjetividades en BCS

Estudios desde la complejidad

Rossana Almada

Rosa Elba Rodríguez Tomp

José Antonio Sequera Meza



Universidad Autónoma de Baja California Sur

121.4

c756

La construcción de las subjetividades en BCS: estudio desde la complejidad. / Rossana Almada, Rosa Elba Rodríguez Tomp, José Antonio Sequera Meza, -- La Paz, BCS. : Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2017

164 p; 23 cm -- (Cuadernos Universitarios)

ISBN: 978-607-7777-78-6

1. Subjetividad humana 2. Conocimiento I. Almada, Rossana, II. Rodríguez Tomp, Rosa Elba, III. Sequera Meza, José Antonio.

D. R. © Rossana Almada, Rosa Elba Rodríguez Tomp y José Antonio Sequera Meza
Universidad Autónoma de Baja California Sur
Carretera al Sur km 5.5, La Paz, BCS

Primera edición 2017

ISBN: 978-607-7777-78-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema –electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro–, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato y corrección son propiedad de los editores.

Cuidado de la edición: Cesar Mora

Diseño de forros: Ecatl López Jiménez

Formato electrónico: David Burciaga Lozoya

Impreso y hecho en México

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE BAJA CALIFORNIA SUR**

DR. GUSTAVO RODOLFO CRUZ CHÁVEZ
Rector

DR. DANTE ARTURO SALGADO GONZÁLEZ
Secretario General

DR. ALBERTO FRANCISCO TORRES GARCÍA
Secretario de Administración y Finanzas

LIC. JORGE RICARDO FUENTES MALDONADO
Director de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

LIC. LUIS CHIHUAHUA LUJÁN
Jefe del Departamento Editorial

Introducción

A lo largo de mucho tiempo, la subjetividad humana ha sido concebida como una condición del sujeto que debe ser reprimida para comprender su entorno y a los otros sujetos; hasta en las cosas más simples de la vida cotidiana damos poco crédito a las opiniones, juicios y valoraciones que están construidas desde la subjetividad; es cualidad de sabios pensar objetivamente.

Para la ciencia este tema ha sido siempre punto de discusión sobre la legitimidad de los juicios, las reflexiones y conclusiones a las que es posible llegar en la investigación científica. En la línea temporal del desarrollo científico encontramos que los hombres de ciencia han tenido que lidiar todo el tiempo con la estorbosa visión personal, que desde distintos paradigmas (incluso los más antagónicos coinciden) se ha trabajado para que aquella sea reprimida, preferentemente nulificada, en los procesos de búsqueda y procesamiento de información, así como en la redacción de conclusiones, reportes, tesis y ensayos cuya pretensión es saber y dar a conocer *La Verdad* sobre algún fenómeno.

Las ciencias sociales en su búsqueda de legitimidad como tales, se han obligado, a través de rigurosos métodos, a construir la noción de objetividad en la ciencia como condición necesaria para construir conocimiento válido e incuestionable; sin embargo, en el pecado ha llevado la penitencia, dado que la subjetividad es inherente a la condición humana y ha resultado que la obsesión científicista por la objetividad no es más que otro rasgo de la fuerza con la que opera la subjetividad y la pasión por una idea; más allá de ser un científico o un ser humano cualquiera.

La acción humana está regida por las pasiones; de acuerdo con Paolo Fabbri, no hay acción sin pasión; nos hallamos todos determinados por la fuerza de nuestras pasiones y dicha fuerza es la que impulsa y, en gran medida, determina el carácter y contenido del quehacer humano. El pensamiento científico y el desarrollo de su discurso no es otra cosa que la puesta en argumentación académica de nuestras preocupaciones personales e intereses epistemológicos.

Las pasiones, ligadas a nuestro temperamento, personalidad y carácter, son la fuerza vital con la que nos movemos en el mundo. Toda creación humana es resultante de un proceso pasional y asumir esta dimensión abre un nivel de percepción hasta antes desatendido por la ciencia: la complejidad.

Hasta muy avanzado el siglo XX, incluso aun en muchos círculos académicos, el paradigma cartesiano ha sido el eje rector de la metodología. El afán científicista llevó a las ciencias sociales no a enfrentar el dilema de la complejidad, más bien a trabajar en la simplificación, la desagregación, la clasificación y escisión de los fenómenos de estudio para poder comprenderlos, ya que de otra forma se piensa que

son inconmensurables, que la complejidad sólo nos puede llevar por el camino de la especulación ecléctica e infértil.

Sin embargo, la teoría de la complejidad planteada por Edgar Morin en *El Método*, nos abre una nueva posibilidad de análisis crítico que no carece de rigor académico, pero que suelta las ataduras de la camisa de fuerza que ha sido el pensamiento racional positivista.

Entendemos ahora que la complejidad del mundo y de las cosas del mundo, son unos de los aspectos más importantes a tener en cuenta a la hora de plantearse un problema de estudio, ya que sin una visión capaz de dar cuenta de las distintas capas multiformes que constituyen esto que llamamos la realidad y que pretendemos llenar de sentido desde las ciencias sociales, en la búsqueda de algunas certezas que nos permitan navegar en el mar de incertidumbre que es la búsqueda de las respuestas a nuestras eternas preguntas como humanidad.

Entonces, para entender el universo simbólico que nos rodea y que vamos construyendo como sociedad, es necesaria una inmersión en la profundidad de su composición y asumir que somos lo que hemos venido siendo y que somos constructores de lo que seremos.

Cada sociedad tiene, en ese sentido, una serie de características que le definen y que se manifiestan en las acciones que se producen en la vida cotidiana de las personas, tanto en lo que se refiere al ámbito de lo privado, como de lo colectivo y lo público.

En ese sentido interesa acercarse a los procesos de construcción de las subjetividades que rigen la acción social de la cual formamos parte, para comprender los mecanismos y esquemas de valores bajo los cuales las sociedades toman decisiones (algunas de las cuales pueden tener trascendencia

histórica), construyen perfiles de personas, estereotipos, usos y costumbres, que a su vez los determinan como la sociedad Sudcaliforniana.

El Cuerpo Académico Cultura y Comunicación del departamento de Ciencias Políticas y Administración Pública, se ha dedicado al estudio y análisis de los procesos culturales en nuestra sociedad, en este libro encontraremos un compendio de textos destinados a la reflexión en torno a los asuntos de la construcción de las subjetividades y el fenómeno de la complejidad.

La base teórica de este trabajo queda expuesta en el capítulo primero donde Rossana Almada presenta el marco teórico epistemológico para el análisis sobre la construcción de las subjetividades en la sociedad sudcaliforniana.

En primer término, se ocupa del devenir de la noción misma de sujeto y subjetividades, entendidos estos como productos y productores de la sociedad; en segundo lugar Almada se ocupa de la reflexión en torno a las relaciones identitarias y las vinculares, refiriéndose a unas como permanentes e inamovibles y a las otras como flexibles o cambiantes; es importante destacar el trabajo metodológico realizado, en el sentido de romper con el pensamiento dicotómico y empezar a ver a los sucesos no como dualidades, lo cual incluye desde luego al fenómeno de la subjetividad. Hacia la tercera parte del texto se ofrecen las aportaciones que el pensamiento complejo hace al desarrollo de una investigación y la discusión en torno a sus hallazgos y, finalmente, en un cuarto momento nos presenta la reflexión sobre cómo esta nueva visión hará posible un acercamiento a la complejidad en que se ha formado la sociedad sudcaliforniana.

Para entender la subjetividad, nos comenta Almada, es necesario remitirse a la noción de sujeto donde su más clara manifestación se presenta en la idea del Yo, idea que se construye en el individuo a partir de su proceso de socialización y enculturación; es decir que el individuo no nace sujeto, este se construye en el devenir de la existencia dentro de un ámbito socio-cultural específico; es el encuentro social el que permite la construcción del sujeto y sus ideas sobre el entorno y los demás sujetos que para él son los otros.

“Desde nuestra perspectiva occidental, a partir del siglo XVII vimos una extraña disyunción: en la vida cotidiana nos sentimos sujetos y vemos a otros como sujetos”, así, nos distinguimos unos de otros con base en nuestra subjetividad personal que no depende sólo del entorno social general, sino de los contextos inmediatos como lo son la familia, la escuela, los amigos, los correligionarios de partido o alguna suerte de asociación comunitaria.

Fue la filosofía cartesiana la encargada de escindir la condición del pensamiento humano y concebir que existe una parte espiritual sensible, perteneciente a la subjetividad y otra racional científica mediante la cual accedemos al conocimiento. *Pienso, luego existo*, es la sentencia que expresa la idea de que es el raciocinio el que nos da la conciencia de ser y por lo tanto la existencia.

Posteriormente las escuelas estructuralistas y pos-estructuralistas, se encargan de teorizar el proceso de descentramiento del sujeto, que implica su separación de los procesos sociales, incluso los que tienen una relación directa con sus acciones; porque la historia y la sociedad determinan al sujeto quien aparece –desde esta visión– como un ser pasivo que únicamente es capaz

de ejecutar acciones previamente programadas desde las cúpulas del poder donde se cocina absolutamente todo lo que tiene que ver con el desarrollo y progreso de las sociedades; de esta suerte, el sujeto es más que constructor o generador de la cultura, un receptor pasivo que aprende y ejecuta, de preferencia sin que su subjetividad sea puesta en juego; como ya vimos, esa se reserva para la vida cotidiana.

La apuesta teórico metodológica de Almada se basa en una nueva noción de sujeto como un ser bio-lógico, es decir, entenderlo desde la lógica de su condición de ser vivo: “La propuesta consiste en concebir la autonomía como estrechamente ligada a la dependencia y la independencia es inseparable de la idea de auto-organización, que desde luego significa autonomía”; pero, aclara Almada, que la autonomía no es algo que pueda alimentarse a sí misma de manera inagotable, todo organismo depende del mundo exterior para alimentarse y obtener la energía que le es necesaria para mantener su condición de autonomía.

Ese mundo exterior del cual se alimentan los organismos autónomos, individuales o colectivos humanos, no es sólo biológico y medioambiental; sino también social y cultural, “es decir que nuestra vida como sujetos se construye a partir de los ritmos de la sociedad”.

El sujeto, como ya se dijo, no es, sino que deviene y para ello es necesaria la información proveniente de las organizaciones externas al propio sujeto: la familia, la escuela, los amigos, etcétera; es decir que la subjetividad se construye a partir del contacto y la negociación de significados con los otros de los cuales formamos parte de alguna y distintas maneras.

La sociedad construye a los sujetos que construyen a la sociedad a partir de sus subjetividades, mismas que fueron

configuradas a partir de la cultura de la cual son producto y productores; no se trata de un círculo vicioso, si no de un fenómeno dialéctico complejo y profundo que se sigue en un proceso histórico *ad infinitum*.

En dicho proceso se establecen, entre los sujetos relaciones afectivas que van desde las esenciales, obligatorias e irrevocables que por su propia naturaleza son el cemento de la construcción de las identidades, hasta aquellas que pueden ser prescindibles, disolubles entendidas como vínculos, estas relaciones –tanto las identidades como los vínculos– fincadas dentro de los esquemas institucionales de la vida social son el sistema que permite los procesos de autoorganización de la existencia humana en su eterno devenir.

“Queda claro entonces que el sujeto no es, ni puede ser previo ni independiente de la sociedad, por eso hablamos de una autonomía dependiente, porque toda emergencia es siempre una emergencia: no hay dicotomía, sino dualidad”.

Al distinguir, en nuestros constructos teórico metodológicos dualistas estos y otros tantos conceptos contruidos desde la lógica de la separación de esa dualidad para poder comprenderla; recurrir a la desestructuración (de la estructura para comprenderla a partir del análisis de sus partes). Esta manera de proceder ha llevado a respuestas, presuntamente lógicas, seguramente, plausibles; sin embargo no es capaz de dar cuenta de la complejidad de la cosa en estudio, por lo tanto sigue estando incompleta.

La apuesta epistemológica planteada en este libro, así como de todo el trabajo de investigación que realiza el CUCO está ubicada desde la complejidad, es decir, de “pensar el mundo en términos de redes de relaciones”; una visión compleja del mundo es entonces capaz de dar cuenta de la forma, del fondo, de la densidad, la profundidad, el tono y

la textura de lo que pretende explicar; para ello el investigador social que trabaja en el análisis de los fenómenos culturales¹ tiene una visión ampliada y dinámica de la realidad con la que se enfrenta al realizar un trabajo de investigación, se da cuenta que el mundo está en permanente movimiento; que la idea del devenir no es sólo filosófica o poética, sino que es condición intrínseca de los procesos humanos, desde los individuales, hasta los masivos.

La tendencia a congelar los procesos para poder comprenderlos, es infructuosa dado que se está dejando de lado la característica principal de los procesos: suceden en el tiempo y de manera irregular, de acuerdo con una innumerable cantidad de factores que no pueden ser vistos si se parcializa la mirada, en busca de la pretendida objetividad y la importancia del ser humano en los procesos sociales queda relegada a un plano de lo sobre entendido, pero nunca explicado en su relación con los fenómenos que interesa comprender.

Desde esta mirada, Almada busca entenderse con las subjetividades sudcalifornianas desde la complejidad; donde nos remite a la necesaria comprensión de la naturaleza humana, de nuestra condición de seres gregarios y de nuestra animalidad que son la base de nuestras búsquedas de sobrevivencia. En los seres humanos la ley del más fuerte llega a trascender el plano de lo físico para instaurarse en los planos de lo social, de lo colectivo, manifestándose por ejemplo en las relaciones económicas, políticas, intelectuales; entre otras tantas.

1 Entendiendo por ello todos los actos producidos artificialmente por el ser humano, con una intención significativa, comunicativa y utilitaria.

El pensamiento complejo busca percibir al mundo en toda su (aparentemente) caótica construcción, para lo cual una de las primeras condiciones es renunciar, de una vez por todas, a la necesidad de establecer certezas incuestionables; considerar que la incertidumbre, en la ignorancia y en el desorden son parte fundamental de lo que hemos dado en llamar como procesos sociales o culturales.

Ahora bien, discursivamente puede ser muy interesante la idea de la complejidad, pero ¿cómo hacerlo sin caer en un ecléctico desastre? La respuesta está en la construcción de macroconceptos que nos permitan tomar distancia del pensamiento simplificador y unidimensionalizador.

Es una propuesta que nos reta, a construir una amalgama entre el pensamiento durkheimiano que pondera a la sociedad por encima del individuo y el weberiano que lo ve exactamente al contrario; para dar paso a un pensamiento complejo capaz de comprender que los procesos sociales son ambas cosas a la vez. Individuo y sociedad, son dos cabezas de un animal complejo en constante movimiento.

Para comprender esta dimensión Almada recurre al concepto de noósfera, relacionado con la idea de un ecosistema mental: es decir –según Ciurana, citado por Almada– el sistema de ideas, mitos, ideologías y productos culturales; la visión compleja en este camino invita a una noción de auto-eco-re-organización de la sociedad basada en el concepto de autopoiesis, construido desde la biología, pero extrapolable a los fenómenos humanos sociales, colectivos o individuales; se trata de una capacidad de desarrollarte, evolucionar y obtener de su entorno lo que requiere para auto construirse y autoregenerarse.

La mirada desde la complejidad nos obliga a dar cuenta de todas las vueltas y contradicciones, así como la sociedad

tiene una faceta muy lógica acorde con sus preceptos, valores y leyes que se construyen en la autopoiesis; también tiene otra faceta basada en el desorden, la demencia y el caos; con lo cual la eterna incertidumbre parece ser el sello de la pesquisa en ciencias sociales.

Para comprender mejor esta propuesta epistemológica Almada hace referencia a las tres formas de trinidad humana propuestas por Morin (2009): individuo/sociedad/especie, cerebro/cultura/espíritu, razón/afectividad/pulsión. Estas trinidades deben ser entendidas como complementarias en sus componentes y entre ellas. La comprensión de estas trinidades nos habrán de dar la llave para entrar en la exploración de dos aspectos fundamentales del pensamiento complejo: la hologamia y las estrategias paradójicas.

Hologamia se refiere al hecho de que el individuo es hecho en y hacedor de la cultura, los sujetos están en la sociedad y la sociedad está en ellos desde el segundo uno de su nacimiento.

Las estrategias paradójicas se entienden aquí como inseparables de la cultura y se refieren al necesario fenómeno del antagonismo entre la sociedad y el individuo, es decir, que la relación también implica una suerte de lucha que ayuda a la construcción de la autonomía.

Es necesario pues, tomar distancia de la simplificación y acercarse al pensamiento complejo y la transdisciplinariedad, ya que sólo en esa medida podremos dar cuenta de un resultado de investigación que más que estar buscando respuestas acertadas, va construyendo preguntas y explicaciones reflexivas para entender el papel que juegan las distintas instituciones sociales en la dinámica social, cómo se producen los fenómenos de la acción social, cuál es la opinión de las personas en torno a ello. Más importante

aún, es entender que todos estos procesos y otros no mencionados ahora, mantienen una relación profunda y dinámica, que aparecen vinculados unos con otros “el sistema en que vivimos es una unidad heterogénea”, por lo tanto para entenderlo es necesaria la construcción de una serie de técnicas y prácticas de investigación que rompan con los tradicionales modelos tendientes a la simplificación.

Los mecanismos de la subjetividad pueden entenderse desde su expresión en la construcción de las ideologías, las cuales son sistemas de creencias individuales pero contruidos en la colectividad a través de toda la suerte de medios de comunicación, individual, colectiva y masiva y en los cuales participamos desde esas tres dimensiones.

Es la ideología la que determina nuestras decisiones políticas, pese a lo que buscamos aparentar, la ideología abreva fundamentalmente de nuestra emocionalidad, es decir que está atada a la subjetividad de manera irremediable; el momento del sufragio está lleno de fervor, ya sea que se esté votando pro o contra algún candidato; la pasión es un factor determinante en la toma de la decisión.

Estas ideas dan paso a la construcción de nuevos conceptos teóricos tal como el de omnijetividad, en sustitución de objetividad, y con ello dan paso libre al sujeto investigador a todas las dimensiones de su objeto de estudio; para este caso, entender cómo se construye la subjetividad implica la comprensión también de que nuestro objeto es la resultante de un conglomerado de subjetividades de las cuales forma parte.

Hacia el final de su primera aportación para este libro, Almada se plantea el problema de “las emergencias ideológico-culturales surgidas del encuentro entre los sociedad sudcaliforniana que se había mantenido cuasi aislada del

resto del país y las migraciones plácidas y laborales, a las que habría que sumar el arribo de los medios de comunicación masiva, las NTIC's y de cómo éstas no pueden ser vistas desde la simplificación ya que la construcción de lo que hoy entendemos como sociedad sudcaliforniana se ha dado bajo el rigor de los procesos históricos sociales, pero también de las condiciones geográficas y meteorológicas de esta tierra.

Baja California Sur se ha transformado en forma rápida y radical desde principios de la década de los 90, en que comenzaron a darse los procesos migratorios, y poco a poco las grandes cadenas nacionales y trasnacionales comenzaron a abrirse mercado entre la población emergente, más señaladamente en los municipios de La Paz y Los Cabos.

Con estos cambios se han generado otros tantos en cadena, como los que tienen que ver con el uso del tiempo y la transformación de los usos y costumbres de una población, hasta hace poco más de veinte años, acostumbrada a un ritmo de vida, tranquilo y libre de los ritmos del estrés que trae consigo el progreso y la inserción en el proceso de globalización.

En el segundo capítulo de este libro nos remontamos a la historia del desarrollo de una sociedad y de cómo sucede el camino de la construcción de los procesos de identidad que fueron dando paso a las subjetividades desde las cuales se fue construyendo la cultura sudcaliforniana.

Rosa Elba Rodríguez Tomp, hace un repaso por algunos momentos y circunstancias en que los habitantes de Baja California Sur dejaron constancia de su interés por explicar su pasado como sociedad.

La memoria es un elemento fundamental en el proceso de construcción de las identidades y las subjetividades, se trata de un mecanismo cognitivo por el cual las personas

preservamos el recuerdo de acontecimientos y sujetos que se instauran como claves del devenir histórico de la sociedad y su cultura.

La historia, en tanto registro de la información significativa sobre los hechos del pasado, se realiza desde las intenciones y subjetividades de los sujetos; y que a su vez versan sobre las acciones de otros sujetos en el pasado, que habrían accionado desde su propio contexto y con base en su memoria histórica, entendida esta como un constructo social siempre ligado a la acción; desde las que están asentados en el orden de la vida cotidiana, hasta las que constituyen hitos de transformación social, política, económica, geográfica y cultural.

Rodríguez Tomp hace pues un análisis diacrónico del proceso de construcción de la identidad sudcaliforniana partiendo del momento de la independencia, de lo que hoy es México, y que por entonces era el territorio sur de lo que fuera California.

La condición de aislamiento de la que frecuentemente se habla como una desventaja para el acceso a la civilización y el progreso, fue un aspecto de gran importancia para que el proceso de colonización llegase muy tarde al territorio en relación con el resto de la Nueva España. Amén que las condiciones del clima y el suelo no resultaron muy favorables para los misioneros y conquistadores, que vinieron a encontrarse en el pleno desierto con una población que basaba su subsistencia en la caza y la recolección; con lo cual la tarea de la evangelización e implementación de nuevos hábitos, usos y costumbres; sin embargo la misión primero franciscana logra a fuerza de vocación sentar las bases para la incorporación de esta lejana tierra al territorio de la Nueva España.

El proceso de incorporación a la Nueva España, así como el proceso de independencia del territorio de Baja California Sur, sucedió en un periodo más largo que el proceso documentado respecto a la historia nacional de México.

Durante la etapa de consumación de la independencia en el país, en el territorio sur de la Baja California, los indígenas estaban prácticamente extintos y había emergido una nueva clase social formada por la “gente de razón”, que por aquellas épocas había fundado ya algunos poblados dedicados a la minería buscando sacar algún provecho de las áridas tierras de este territorio. También se fue dando el surgimiento de pequeños ranchos familiares donde los habitantes se dedicaban al cuidado del ganado cimarrón, asentados en pequeñas casas de adobe y techos de palma; “estos rancheros habían establecido, como los indios en sus antiguos territorios de recorrido, una relación entrañable con la árida naturaleza que habitaban. Sabían hacer buen uso de las plantas y animales de la región, sobre todo cuando escaseaban los víveres, cosa frecuente en aquellas regiones de pocas e imprescindibles lluvias. Se llamaban a sí mismos ‘californios’, y, aunque se declaraban orgullosamente católicos, su lucha porque les fuera reconocido su derecho sobre la tierra los había puesto en oposición a los clérigos, que se manifestaban abiertamente en contra del reparto de las tierras misionales”.

Sin embargo, como expresa Rodríguez Tomp, el desarrollo de esta sociedad se fue produciendo con el paulatino crecimiento de la población, que iba asentándose en tierras sudcalifornianas gracias a las oportunidades de adquisición de tierras en una zona que aunque árida, comenzaba a estar en contacto con el resto del país gracias a la navegación.

Como sabemos, el poblamiento del estado ha sido en gran medida gracias a los procesos migratorios que se han producido a lo largo de su historia, como veremos casi desde su “descubrimiento”.

La migración extranjera; primero misional, luego empresarial y plácida, ha sido piedra angular en el proceso de conformación de la sociedad sudcaliforniana, por lo que el proceso de construcción de su cultura ha estado lleno de aportaciones y matices de distintas fuentes.

En Baja California Sur, a falta de un pasado indígena glorioso que diera sustento ideológico y cultural a la construcción de una nueva identidad nacional, que reivindicara la condición indígena como un estado, no sólo de dignidad, sino de sabiduría y gran tradición; la estrategia discursiva de los forjadores de Sudcalifornia para la construcción de una identidad propia, se basó en la construcción de imágenes míticas de los pobladores de la península, imágenes con las cuales se creó la idea del nativismo, basada justamente en la capacidad de los pobladores para sobrevivir en las condiciones que este clima y la geografía imponían; el paisaje desértico, el incandescente sol, la polvorosa duna y el milenario cardón pasaron a ser los grandes íconos del orgullo sudcaliforniano, materia de creación y recreación en las artes.

Entre las estrategias discursivas de los interesados en construir un mundo simbólico que diera sentido a la relación con el resto del país y sus influencias novo-hispanas; la comunidad paceña, básicamente, recuperó la versión histórica que afirma la fundación de La Paz el 03 de mayo de 1535, la trascendencia mayor de este evento histórico –cuestionado por nuestra autora en este texto– radica, justamente, en que sirvió como estandarte para la creación de un símbolo

de carácter identitario, para lo cual el lenguaje escénico ha resultado muy fructífero. Durante largos años, se llevó a cabo la representación del supuesto desembarco de Cortés en la Bahía de la Santa Cruz (hoy La Paz), esta fue suspendida por un tiempo, en años recientes el Instituto Municipal de Cultura ha recuperado dicha tradición y se lleva a cabo una representación del desembarco de Cortés durante las fiestas de fundación de La Paz que se celebran en la semana de la fecha señalada.

Otro de los aspectos fundamentales en el desarrollo cultural de nuestro estado está en el trabajo realizado en las misiones, a pesar de las rebeliones y las dificultades que implica el establecimiento de un nuevo orden social. Además de la importancia ya otorgada a la idea de ser mexicanos, es decir, de pertenecer a una nación.

Lo cual se vio altamente reforzado durante las luchas en defensa del territorio como parte de México y la obligada defensa contra la invasión norteamericana, lucha que a la postre habría de servir para reforzar la retórica patriota que se expandía por todo el país, como parte de una fina estrategia para la constitución de la Patria Mexicana.

El lento pero imparable proceso de acercamiento de Sudcalifornia con el resto de país, a través de las migraciones y las posibilidades de navegación por el Mar de Cortés, cuya población, echando mano de todos los símbolos construidos en ese largo periplo, desde la definitiva extinción de los pueblos indígenas hasta la llegada de las primeras formas de que iban tomando la civilización y el progreso; devino en la necesidad como ya hemos visto de tener una serie de símbolos y referencias locales que nos dieran identidad como sudcalifornianos y al mismo tiempo nos conectaran con la

federación en condiciones geopolíticas más favorables que las alcanzadas hasta entonces.

En este aspecto es importante destacar la importancia que tuvo la tradición minera desarrollada en diversos puntos del entonces territorio, promovida, primeramente por Juárez, pero altamente desarrollada por la administración porfiriana; la cual abrió las puertas a la inversión extranjera para el desarrollo de la industria de la extracción. Este hecho trajo consigo, como es lógico, procesos migratorios y políticos que habrían de transformar a las sociedades locales.

En el tercer capítulo de este libro Rossana Almada hace una rápida pero minuciosa revisión de los conceptos de ideología y poder, a partir de los cuales busca entender los procesos políticos de la sociedad sudcaliforniana y el porqué de sus decisiones electorales.

El desarrollo de la ideología de un pueblo, si bien se construye en sociedad, está perfilado por una clase dominante cuyos intereses se basan en gran medida en la legitimación, implementación y/o conservación de una ideología.

Como veremos en el texto, la ideología no es únicamente la postura partidista de una persona, aunque se expresa de manera contabilizable –medible– en el ejercicio del sufragio; existen otros niveles de la vida social en que se expresa cotidianamente; de esa forma es como las estructuras del poder tienen la capacidad para “educar” a una población en una dirección que los conduzca a la acción social y política que resulta más conveniente para las clases hegemónicas.

Nos encontramos aquí con el caso de Baja California Sur, donde ha sido escaso el desarrollo de la agricultura, por lo cual no puede hablarse de una pobla-

ción campesina; y prácticamente nulo el desarrollo de la industria; por lo que la sociedad sudcaliforniana carece de una clase obrera. En cambio está compuesta por agentes sociales ligados al comercio y la burocracia, con lo cual las tendencias ideológicas de la población son más cercanas a las figuras de empresarios y personajes de prestigio en los terrenos de la gestión pública.

La pregunta planteada por Almada en esta reflexión es ¿por qué votamos como votamos? Y el camino de su respuesta debe detenerse en los distintos aspectos que determinan dicha decisión; encuentra que esta suele tener un carácter pasional mucho más trascendente de lo que incluso el mismo votante pudiera pensar.

Es una decisión que, más que basada en buenas razones, está fincada en buenas (o malas) pasiones. Esta condición intrínseca de la ideología y todas las formas de la subjetividad humana, permite comprender de alguna manera los procesos sociales en y desde su dimensión humana.

El caso de Baja California Sur y su transformación de territorio en Estado, sirve para poner la reflexión teórica en contraste con la escena social y dar cuenta del complejo proceso de la conformación de la identidad política y la ideología dominante en una sociedad heredera de las misiones, la industria minera, el comercio y la actividad burocrática.

Baja California Sur ha construido su ideología política basada en las ideas regionalistas de las que ya mucho se ha hablado, ligadas estas a las relaciones familiares y de amistades que a través de los años han llevado a una clase política más o menos homogénea a posicionarse en los estratos del poder desde hace ya varias generaciones, a pesar de que las siglas y colores de los partidos que postulan a los candidatos a puestos de elección popular puedan ser

distintos; incluso cuando se ha dado el caso de un candidato que pierde la elección interna de su partido se muda a otro para contender, la intención de voto se va con el candidato, no con el partido.

De esa forma el PRI hubo de cederle el poder al PRD durante los sexenios de Leonel Cota Montaña y Narciso Agúndez Montaña y posteriormente al PAN, con la postulación de Marcos Covarrubias quien había sido precandidato del PRD y anteriormente priísta.

Desde luego que esta decisión individual-local movida por la subjetividad emotiva de los votantes, tiene sus beneficios no sólo para la clase política local, sino para las instituciones políticas federales y corporativos económicos interesados en el desarrollo de Baja California Sur, en dirección del incremento del poder y el capital que los sostiene.

Hacia el capítulo final de este libro, nos encontramos con dos aspectos fundamentales para comprender la construcción de las subjetividades: la memoria y la percepción poética. A lo largo de su historia, los pueblos, además de desarrollar sus distintas estrategias de sobrevivencia e incluso de adecuación del medio para su mayor confort, han desarrollado un registro poético del mundo que les rodea y han ido dejando huella simbólica de su percepción en su paso por el mundo, “la memoria es una construcción de subjetividades que se mueven en el marco del tiempo, en donde se significan y resignifican los sujetos, las culturas, las sociedades; la poesía misma”.

La poesía como tal constituye una de las prácticas artísticas más cultivadas en Sudcalifornia y con un alto grado de calidad literaria de la cual pueden dar cuenta numerosos

poetas, narradores, editores e investigadores del quehacer de los escritores sudcalifornianos.

Desde su perspectiva la escritura es un diseño cognitivo propio para la permanencia de la memoria de los acontecimientos humanos, siempre referida a un pasado, desarrollada en el tiempo y en relación con acontecimientos.

En la necesaria relación entre la experiencia y la memoria Sequera señala que es vital para la formación de la memoria del escritor la visión de su propia experiencia del mundo, es decir, la puesta en juego de su propia subjetividad como individuo.

Otro de los aspectos a destacar en el texto de Sequera es la relación entre la memoria, la experiencia y la relación con el espacio como componentes fundamentales de la poiesis sudcaliforniana, es decir, del discurso poético de los escritores de esta tierra.

A partir de esta apuesta teórico metodológica con la cual trabaja el análisis de un poema de Juan Melgar “El abate D’autoche ve arder la sierra desde Santiago”, explica la relación estética, resultante de los procesos cognitivos de relación perceptiva y poética de dos mundos muy lejanos el uno del otro, pero que por fuerza de la imaginación creadora del abate se establece una relación simbólica enlazada por la nostalgia de lo femenino.

Este libro es finalmente la expresión clara de la puesta en discusión de los discursos producidos desde distintas disciplinas y perspectivas no sólo en términos de lo científico, sino de la forma en que cada autor enfrenta los resultados de sus investigaciones y la producción de sus discursos, los cuales están perfilados no sólo a partir de sus formaciones y filias académicas, sino también de sus

propias experiencias vividas en el camino de su integración a la sociedad sudcaliforniana en su calidad de migrantes.

La puesta en juego de todos estos conceptos y planteamientos dan como resultado un texto que atendiendo a su eje rector ofrece una mirada compleja para entender los procesos de construcción de las subjetividades en la sociedad sudcaliforniana.

Mtra. Aletse Toledo Almada

Subjetividad y complejidad: una mirada en-de-desde Sudcalifornia

Rossana Almada

Este primer capítulo del texto que el lector tiene en sus manos, intenta presentar una suerte de marco teórico-epistemológico para el análisis que nos hemos propuesto quienes confluimos en esta obra: la construcción de las subjetividades en la sociedad sudcaliforniana, un tema controvertido y considerado por muchos como exento de rigor cognitivo y que sin embargo sirve de base, al menos en gran medida, a las formas en que los seres humanos vivimos nuestras vidas y tomamos toda clase de decisiones, incluidas las científicas en el caso de quienes estamos inmersos en la academia.

Sumergirme en esta reflexión requirió del acercamiento a diversos autores, anclados en distintas disciplinas y con diferentes visiones sobre el tema: las referencias al mismo tiempo ponían luz y oscuridad en el asunto que me ocupa, pues consideraba que tenía que elegir una de las perspectivas disciplinarias para armar un trabajo coherente y científico, de lo contrario corría el riesgo de ser acusada de ecléctica y de intentar una suerte de enredo teórico para entender el

problema de estudio. Fue entonces cuando me encontré por primera vez con Edgar Morin y el Pensamiento Complejo (Morin, 2005, pp. 421–447), su argumentación acerca de la limitación que produce la separación de la ciencia y la apertura que ofrece la idea de la complejidad entendida como la posibilidad de “tejer con diferentes hilos”, ha puesto luz a mis inquietudes académicas, pues me permite incorporar diferentes perspectivas teóricas e incluir el sentido común, es decir, lo que la gente piensa acerca de cómo piensa y de las razones que esgrime ante sí misma y ante los demás al momento de actuar socio-cultural y políticamente.

Este escrito se compone de cuatro subtítulos centrales y uno más con la reflexión final del capítulo. En el primer apartado hago referencia al devenir del sujeto y las subjetividades, entendiendo que se trata de productos y productores de la sociedad. En el segundo, reflexiono a propósito de las relaciones identitarias y las vinculares; es decir, aquellas que son permanentes e inamovibles y las que son flexibles y cambiantes, además me uno a la invitación de algunos autores a romper con el pensamiento dicotómico y empezar a ver los sucesos, incluida la subjetividad, como no-dualidades. En el tercer momento intento presentar un panorama general de los aportes que la lente del pensamiento complejo hace a los fenómenos que normalmente se analizan desde alguna de las disciplinas de las ciencias sociales. En el cuarto subcapítulo, hago referencia a la manera en que esta nueva mirada me permitirá acercarme al fenómeno central de mi investigación y presento en forma muy general la complejidad del contexto en que se ha forjado la sociedad sudcaliforniana. Finalmente, concluyo con una reflexión acerca del camino que he de seguir para abordar mis temas de estudio desde la aventura cognitiva que nos ofrece el pensamiento complejo.

¿Cómo entender la Subjetividad?

Pensar la subjetividad remite irremediabilmente a la idea de sujeto, una noción por demás controvertida a la que intentaré acercarme considerando que en todas las lenguas existe una primera persona del singular: yo. Pero yo no nazco siendo un sujeto, devengo sujeto en mi interactuar con la sociedad que me recibe, en la que me desarrollo y participo; sólo el encuentro social me permite construirme como sujeto, es decir, ser capaz de pensar-me y pensar a los demás con base en lo que se considera bueno o malo, bello o feo, adecuado o inadecuado, con todos los excluidos que puedan existir en medio de estas dualidades. Algunas plumas destinadas a plasmar reflexiones filosóficas y/o metafísicas consideran alma y sujeto como sinónimos, pues suponen que el concepto hace referencia a la parte superior que hay en nosotros; ahí radica el juicio, la libertad y la voluntad moral. Pero si intentamos un acercamiento meramente científico el sujeto se disuelve, pues con esa lente sólo vemos determinismos físicos, biológicos, sociológicos o culturales.

Desde nuestra perspectiva occidental, a partir el siglo XVII vivimos una extraña disyunción: en la vida cotidiana nos sentimos sujetos y vemos a otros como sujetos. Solemos referirnos a algunos como “es un buen hombre, es una excelente persona” o “es un sinvergüenza, un canalla” porque efectivamente esos rasgos manifiestan su subjetividad y nosotros los distinguimos con base en la nuestra.

Fue Descartes quien dualizó al ser humano: por un lado nos presenta el mundo objetivo, científico, el de los objetos; y por otro, un mundo que nace para otras formas de conocimiento, un mundo intuitivo, reflexivo: el mundo de

los sujetos. Por un lado, el alma, el espíritu, la sensibilidad; por otro lado las ciencias, las técnicas, las matemáticas. En la ciencia clásica la subjetividad aparece como fuente de errores, por eso excluyó siempre al observador de su observación y al pensador, el que construye conceptos, de su concepción, como si fuera inexistente.

Después, ya en el siglo XX, esta misma mirada se aplicó a las ciencias sociales y humanas; expulsando al sujeto de la historia se ha intentado eliminar las decisiones y las personalidades para ver solamente determinismos sociales. Se ha expulsado al sujeto de la antropología, para ver sólo estructuras y también se lo ha eliminado de la sociología.

Con base en lo anterior, Morin (2005) nos invita a entender la idea de sujeto desde una perspectiva que él denomina “bio-lógica”, es decir, no desde las disciplinas de la biología, sino con la mirada puesta en la lógica del ser vivo. La propuesta consiste en concebir la autonomía, pero no la que se relaciona con la antigua noción de libertad; por el contrario, se trata de una autonomía estrechamente ligada a la dependencia y la dependencia es inseparable de la idea de auto-organización, que desde luego significa autonomía; pero con base en el pensamiento de Heinz von Foerster (1968), un sistema auto-organizador debe trabajar para construir y reconstruir su autonomía y por tanto, dilapida energía. Por tanto, con base en el segundo principio de la termodinámica, dicho sistema debe obtener energía del exterior; para ser autónomo depende del mundo externo y hay que considerar que dicha dependencia no es sólo energética, sino también informativa, pues los seres vivos extraemos información del exterior para organizar nuestro comportamiento.

Los humanos –igual que todos los seres vivos–, llevamos en nuestro interior la organización cronológica de la tierra, es decir, su rotación alrededor del sol, pues tenemos un ritmo circadiano, un “reloj” interno que registra la alternancia entre el día y la noche; nuestras sociedades se rigen por un calendario establecido en función de la luna y el sol. Vemos pues que en la autonomía hay una profunda dependencia energética, informativa y organizativa con respecto al mundo exterior.

Cabe señalar que ese mundo exterior no es solamente biológico y meteorológico, sino también social y cultural; es decir, nuestra vida como sujetos se construye a partir de los ritmos de la sociedad a la que pertenecemos, incluso la distribución de las horas de vigilia y de sueño, las veces que se come al día y la preparación de los alimentos, el tiempo de trabajo y de ocio; pero también las formas de comportarnos con base en el lugar que ocupamos en la sociedad: el género, la edad, el nivel de estudios, y un larguísimo etcétera, constituyen la base en la que se imprimen los comportamientos y las tareas generalmente aceptados para cada condición; es decir, que para devenir sujetos autónomos requerimos la información proveniente de las formas de organización externas, que marcan la pauta para que podamos ser parte del engranaje social, de lo contrario, seríamos excéntricos y por tanto confinados a los márgenes de la vida en común. Con base en lo anterior podemos sugerir entonces que la subjetividad se construye en interacción con los contextos socio-económico-políticos-culturales que nos rodean.

Los sujetos nos con-formamos en un proceso permanente de recursividad, pues somos productos y productores de la sociedad; ésta es, indudablemente, resultado de las interacciones de sus miembros y éstos devienen suje-

tos con base en las pautas que la sociedad les impone; así se crean formas de organización con las cualidades propias de cada ámbito social, en particular el lenguaje y la cultura; y estas mismas cualidades retroactúan sobre los individuos que nacen al mundo, dándoles pautas de comportamiento que se adquieren justamente a través del lenguaje y la cultura. Esto significa, como señalan Berger y Luckmann (2006), que la sociedad produce a los sujetos que producen a la sociedad. Los sujetos somos productores y productos, causa y efecto; esto es la autonomía de la que podemos gozar, no hay ninguna otra: una autonomía dependiente.

Pero ¿cómo devenimos sujetos en este interactuar? Devenimos sujetos al ponernos en el centro de nuestro mundo, del mundo que conocemos, para realizar todas las acciones que nos permitan salvaguardar nuestra integridad física y moral, el sujeto surge con el egocentrismo, pero no se trata únicamente de la propia finalidad, sino de la autoconstitución de la identidad. Es decir, el sujeto aparece cuando puedo autorreferenciarme e incluso realizar actos de reflexividad y de autoperfectibilidad. Pero no debemos dejar de lado el hecho de que la autoreferencia requiere datos del mundo externo: sé que soy mujer, porque he recibido del exterior la información acerca de las características físicas requeridas para ser considerada como tal, del exterior he obtenido también los antecedentes necesarios para conocer el comportamiento que la sociedad espera y reclama de mí en cada uno de los roles que desempeño en tanto mujer: hija, madre, amante, amiga, trabajadora, etcétera. Este proceso, al que Morin (*Ídem*) se refiere como auto-exo-referencia es constitutivo de la subjetividad.

Ahora bien, existen dos principios subjetivos asociados: el de exclusión y el de inclusión. El principio de exclu-

sión ha sido asociado al “yo”; todos podemos decir “yo”, pero nadie puede decirlo por otro y esto se comprueba incluso cuando no hay ninguna diferencia de singularidad como en el caso de los gemelos homocigóticos, es decir, los que tienen exactamente el mismo patrimonio genético, que son idénticos, pero ninguno puede decir “yo” en lugar del otro. Este principio de exclusión es inseparable del de inclusión que permite que podamos integrar nuestra subjetividad personal en una subjetividad colectiva “nosotros”. Este segundo principio es el que permite la intercomunicación con el prójimo y por ende la interafectividad.

Nuestra familia por ejemplo, nuestros padres y nuestros hijos forman parte de nosotros y nosotros somos parte de ellos. Lo mismo ocurre con nuestros vecinos, con los paisanos, los compatriotas, los correligionarios; quizá en ocasiones podamos volvernos contra alguien o contra alguno de los grupos de los que formamos parte, pero seguimos compartiendo con ellos lengua, cultura y algunos valores y principios, es decir, estamos en permanente intercomunicación e interafectividad, así co-construimos la subjetividad colectiva, se trata de un tejido complejo, intersubjetivo que sirve de insumo para la producción socio-cultural.

La interacción también suele investirnos de un sentido de pertenencia que sirve de base a las identidades, sin duda, la línea que separa los conceptos de identidad y subjetividad es muy tenue, pero considero necesario intentar comentarla. La identidad se refiere al sentido de pertenencia que desarrollamos con diversos grupos que nos son cercanos: pertenecemos a una familia, a una nación, profesamos una religión y nos identificamos con algunas maneras de entender y pensar la política. Pero existen también otros grupos con los que nos identificamos temporalmente. Mucha tinta

se ha gastado para entender dicha movilidad, se ha hablado de identidades fragmentadas, elásticas, identidades percheró, etcétera (Almada 2006), en este caso, prefiero adherirme a la propuesta de Denise Najmanovich (2005) y entender ese tipo de relaciones como vinculares, es decir, relaciones que nos afectan, pero que no son permanentes.

Vínculos e identidades

Existen dos tipos de relaciones, aquellas que tenemos como necesarias, esenciales, obligatorias e irrevocables que se inscriben en lo identitario, y todas las demás, es decir las vinculares, las que pueden no existir. Cuando hablamos de vínculos no nos referimos a conexiones entre entidades (objetos y sujetos) preexistentes, ni a estructuras fijas e independientes; los vínculos emergen con aquello que enlazan en una dinámica de autoorganización.

Comprender las relaciones vinculares en el sentido dinámico, requiere una mirada que abandone la perspectiva de la lógica clásica. Lograrlo, implica subrayar que la reflexión identitaria llevó al surgimiento de las dicotomías: “yo y el otro”, “nosotros y ellos”. Desde esa perspectiva toda entidad es eterna; pero el pensamiento no dualista permite ver las interacciones como procesos. Entonces, cuando nos referimos a relaciones humanas, confirmamos lo que comentamos líneas arriba: que el sujeto no “es”, sino deviene en y por los intercambios sociales en los que participa (Najmanovich. *Íbid*, pp. 69–87). Esto puede implicar, incluso, la difuminación del sujeto en la producción de la subjetividad, pues

no nacemos sujetos, sino que llegamos a serlo a través de juegos sociales específicos (*Ídem*).

Desde esta mirada la sociedad tampoco es una colección de sujetos-individuos, ni la realización de una estructura pre-establecida, sino un producto particular de la interacción sostenida de seres humanos que genera configuraciones relacionales dotadas de una estabilidad relativa (*Ídem*).

Queda claro entonces que el sujeto no es, ni puede ser previo ni independiente de la sociedad, por eso hablábamos líneas arriba de una autonomía dependiente, porque toda emergencia es siempre una co-emergencia: no hay dicotomía, sino no-dualidad.

Más aún, no devenimos sujetos en un momento determinado, se trata de un proceso permanente, al menos mientras seamos partícipes de la interacción social. Formamos parte de grupos e instituciones sociales y vivimos en un contexto específico y en un momento histórico atravesado por imaginarios con base en los cuales se produce la subjetividad.

Entender la subjetividad y todos los elementos que la constituyen desde una perspectiva capaz de romper con el dualismo clásico, nos expone al vértigo de la complejidad, una mirada que nos encara con la incompletud del conocimiento, como dice Morin nos enfrentamos con *un océano de incertidumbre con archipiélagos de certeza*.

¿Por qué pensar desde la complejidad?

Pensar los fenómenos a observar como “objetos de estudio”, nos remite a cierta forma de inercia, a todo aquello que está separado del sujeto cognoscente; desde esa perspectiva,

los objetos se tornan fríos, casi inanimados en el tiempo y el espacio. En cambio, pensar el mundo en términos de redes de relaciones le imprime dinamismo; es decir, desde la perspectiva del pensamiento complejo el mundo está permanentemente en movimiento.

El método cartesiano, cimiento innegable del pensamiento científico, ha cumplido una importante misión en el ámbito del conocimiento; sin embargo, no podemos dejar de observar su tendencia a congelar los fenómenos, como si efectivamente fueran a permanecer inamovibles espacial y temporalmente. Como señala Carlos Delgado (2005: 52-53) esta racionalidad clásica heredada por el positivismo del siglo XIX, adolecía de sentido espiritual y cultural, se veía al mundo como algo dado para siempre, inmóvil. El hombre era el amo de la naturaleza que finalmente era puesta a su servicio.

En ese sentido la gran aportación de Morin es justamente darle movimiento a los fenómenos que se estudian desde cualquier disciplina científica, pero en este caso, me centraré en las ciencias sociales porque son de mí interés particular.

Los investigadores ocupados de los fenómenos sociales, frecuentemente ofrecemos resultados que terminan siendo como dibujos planos, sin perspectiva ni relieves; hacemos caso omiso de la importancia de nuestro Ser como humanos, como especie que se desarrolla dentro de un medio ambiente determinado; estos elementos suelen ser aspectos que damos por sobreentendidos; más aún: vemos a la sociedad como un conjunto de ladrillos (los individuos) colocados en una posición específica, sin percibir toda la gama de formas y “texturas” de las relaciones sociales y la habilidad de los individuos para relacionarse y cambiar de posición de acuerdo con sus necesidades e intereses. Las

sociedades no son estructuras estáticas, ni fotografías; sino una suerte de maquinarias en movimiento permanente: son procesos que se desarrollan y entretienen desde distintos caminos. En ese sentido, la movilidad social dependerá de la habilidad de los individuos y de los grupos que ellos construyen para desplazarse socialmente sin perder el equilibrio.

Vislumbrar la construcción de las subjetividades desde la complejidad requiere, en primer lugar, de la comprensión de la naturaleza humana, de nuestro Ser gregario, de la necesidad de nuestra animalidad para ubicarnos en los puestos que aseguren en primera instancia nuestra sobrevivencia. La lucha por los liderazgos tiene sin duda el primer cimiento en la ley del más fuerte; la diferencia con el resto de los animales consiste en que en el caso de muchos de nosotros, la idea de fuerza ha trascendido el plano físico² para instaurarse en otros ámbitos: económico, político, intelectual.

Aunque hablemos de subjetividades ancladas en relaciones sociales, por lo general, las vemos desde la perspectiva de nuestra disciplina o peor aún, desde la de una línea de investigación específica: política, económica, laboral, de género; y aunque en términos sociales cada una de estas visiones se vincula con las demás en una intrincada trama, las separamos “para poder estudiarlas mejor”.

Como dice Morin, es difícil para los investigadores quedar satisfechos cuando se excluye a la sociedad para comprender al individuo, a la especie para comprender a la sociedad; pero más allá de eso, el propio observador

² Sin duda en muchos casos sigue siendo la fuerza física la que determina las relaciones de poder en los grupos humanos. Pienso en casos extremos como el de los Maras, por ejemplo; pero también en muchos otros, no olvidar que el Estado tiene el derecho legítimo del uso de la fuerza.

queda fuera de la construcción de lo observado; pues para cumplir con el principio de objetividad de la ciencia, debe omitir su visión de los fenómenos, su sentir frente a ellos; pero el conocimiento no puede fundarse en la exclusión del cognoscente; el sujeto no puede ser excluido de la construcción de su objeto (Morin, 1982 pp. 38–39).

Siguiendo con Morin, vale señalar que no se intenta pensar en un conocimiento general, sino de buscar una mirada “capaz de articular lo que está separado y volver a unir lo que está disjunto” (*Ídem*). Se trata pues, de dejar de lado la búsqueda de certezas incuestionables y empezar a considerar la ignorancia, la incertidumbre y el desorden como elementos fundamentales en el proceso de conocer.

Para lograrlo, Morin propone, en primer término, hacer un ejercicio de reflexividad; es decir ¿cómo lograr una mirada física –biológica– antro-po-sociológica circular sin caer en la trampa de la imposibilidad antinómica? Si esta proposición es tomada al pie de la letra, nos dice Morin, se vicia, no sólo en sus principios, sino también en sus consecuencias. Pero romper la circularidad de este proceso implica volver a la separación. Sin embargo, ver los hechos desde las perspectivas mencionadas, sin romper el círculo, significa ver la relación existente entre ellas, observar su dinámica.

Como señala Ciurana (1997), usar el paradigma moriniano de la complejidad requiere la apertura de pensamiento necesaria para tomar distancia del pensamiento simplificador y unidimensionalizador. Se trata pues de comprender, como se señaló anteriormente, la dinámica de la relación individuo–sociedad en la que entran en juego aspectos múltiples. Se requiere, nos dice Ciurana, macroconceptuar.

La propuesta consiste en lograr una forma de amalgama entre el pensamiento durkheimiano que pondera a la sociedad por encima del individuo y el weberiano que hace justamente lo contrario. La idea es, pues, comprender la relación dialógica que se establece entre los dos ámbitos de análisis, quizá cabe recurrir nuevamente al pensamiento de Berger y Lukmann (2006) que afirma la interdependencia individuo–sociedad; pues la sociedad construye al individuo y el individuo construye a la sociedad.

Como señala Morin, en los sistemas sociales, el todo (la sociedad) es más y también menos que la suma de sus partes (los individuos) porque la sociedad lleva en sí las cualidades de todos los individuos, pero también los individuos contienen en sí a la sociedad a la que pertenecen. Cada individuo quizá debe perder algunas de sus cualidades o renunciar a algunas de sus capacidades para construir su sociedad, pero esta pérdida es compensada por las capacidades que emergen de la sociedad en su conjunto. De esta manera se establece una relación dialógica en la que estos elementos, otrora separados para ser estudiados desde diferentes disciplinas, se complementan para mostrar la dinámica, el movimiento de la vida en sociedad.

En palabras de Ciurana, sin duda la conciencia se sitúa en el individuo, pero éste vive en sociedad, en una esfera noológica que lo dota de un ecosistema mental. La noosfera se refiere al mundo de las ideas, mitos, ideologías y productos culturales; se construye con base en las relaciones interindividuales en una sociedad desde la cual retroactúa sobre los individuos. El concepto de noosfera, siguiendo esta línea de encuentro y relación entre diferentes perspectivas de conocimiento, remite al concepto de semiósfera referido

por Lotman (1996); en este caso, el autor comenta que la semiósfera, es decir el conjunto de significados culturales a partir de los cuales se construyen las ideas, los mitos, las ideologías que dotan de sentido al mundo, es a la cultura lo que la biósfera al planeta.

En ese sentido, cabe mencionar que Edgar Morin desarrolló a través de los seis tomos de *El Método*, la noción compleja de “auto-eco-re-organización” basada en el concepto de autopoiesis acuñado por Maturana y Varela (1995) desde la biología. Se trata de una propiedad constitutiva de los sistemas tanto biológicos como sociales para desarrollarse, evolucionar y adquirir en su entorno los *inputs* que pueda necesitar, dentro de una relación ambivalente de autonomía y dependencia a través de la cual las sociedades, en tanto seres vivos, desarrollan también la capacidad de autorregenerarse, es decir, de autopoiesis.

Ahora bien, no podemos soslayar que este interactuar: construcción, deconstrucción, reconstrucción de la interrelación individuo-especie-sociedad-cultura no sólo se fundamenta en relaciones racionales, sino también en relaciones dementes, lo que imprime un sello de incertidumbre más severo al rumbo de los acontecimientos, pues suele ocurrir que la demencia sea social, prueba de ello es la barbarie que ha azotado al mundo en diferentes momentos de su historia. Incluso el conocimiento científico ha sido tocado en más de una ocasión por la barbarie al punto de ponerse al servicio de ella; pensemos en las guerras, en las armas de destrucción masiva y también en lo que se oculta.

Cabe recordar con Carlos Delgado (2005) que el empirismo inglés justificó e instauró la separación entre el conocimiento científico, el espíritu humano y la moral; de tal suerte, todo lo que la ciencia haga o diga es considerado,

paradójicamente, casi como dogma de fe; todo aquello que esgrima fundamentación científica se convierte en incuestionable, pues la ciencia es considerada como la dueña de la verdad absoluta. La moral y los sentires pertenecen al terreno de la subjetividad y por tanto debían quedar excluidos de la producción de conocimiento. No se propone aquí dudar de lo que presente ningún científico si ofrece las pruebas de su decir; el problema en el caso de algunas ciencias, como las sociales por ejemplo, es que el discurso puede articularse de tal manera que aparezca como probatorio de lo que sostiene, y de hecho lo es, siempre que el observador explicita el contexto desde el que mira y cómo construye su objeto de estudio.

En ese sentido, la barbarie humana y el engaño/verdad a medias de la ciencia es posible debido a las tres formas de la trinidad humana referidas por Morin (2009):

- La trinidad individuo/sociedad/especie
- La trinidad cerebro/cultura/espíritu
- La trinidad razón/afectividad/pulsión

Según Edgar Morin la definición del sujeto nace de una doble complementariedad, entre las tres trinidades y los elementos que los componen.

La primera trinidad corresponde a la interiorización recíproca del individuo en la sociedad y de la sociedad en el individuo por la cultura. La segunda trinidad hace también referencia a una reciprocidad; corresponde a las acciones estratégicas, lógicas, analíticas de un individuo actuando en la sociedad, pero con acciones siempre dictadas por aquella por medio de la cultura. Por fin, la tercera trinidad corresponde a una inteligencia afectiva, a las pulsiones

que pueden inscribirse sin embargo en una racionalidad, aunque no sea la racionalidad del *homo economicus*. Estas tres trinidades que definen la naturaleza humana permiten distinguir dos nociones llaves del pensamiento complejo que son la hologramía y las estrategias paradójicas. Estas dos nociones rompen totalmente con el contrato epistemológico y social cartesiano. En efecto, el sujeto ya no debe ser percibido como entidad observable individualmente, ya que resulta inseparable de su medio ambiente contextualizado. El concepto de hologramía se refiere al hecho de que el individuo forma parte a la vez de la sociedad como actor, pero la sociedad está en él mediante la interiorización de la cultura producida; los individuos no sólo están en la sociedad, la sociedad está dentro de los individuos imprimiéndoles su cultura desde el nacimiento.

De la misma manera, las estrategias paradójicas aparecen inseparables de la cultura; los seres humanos no son sólo *homo economicus* como lo definían las teorías económicas liberales ya que no actúan de manera estrictamente individual, sino que viven la influencia de su contexto global. En ese sentido, es importante precisar que Edgar Morin no cae en el nihilismo de la autonomía de los actores, pero observa y reconoce sus procesos dialógicos: el individuo puede mantener una relación complementaria con la sociedad pero también y al mismo tiempo antagónica. Y es en este antagonismo que aparece la autonomía.

Como señala Jean Louis Moigne (2010, p. 9), en la actualidad el discurso resulta cada vez más cuestionable, los ciudadanos interrogamos cada vez más los desastres del “Progreso” y las decisiones autoritarias del “Orden”, prueba de ello son los movimientos sociales que se han dado en diversas partes del mundo y la pérdida de credibilidad en las insti-

tuciones políticas. En ese sentido, los científicos en general y los estudiosos de las ciencias sociales en particular estamos moral y ciudadanamente obligados a asumir el compromiso de reformar nuestra manera de entender, tanto en términos epistémicos como cívicos, la propuesta moriniana que consiste en integrar el pensamiento lineal, reduccionista y estático del mundo de los objetos en un pensamiento multidimensional, transdisciplinar, dinámico.

Si consideramos el sentido común, las propuestas y visiones de otras disciplinas y saberes, abriremos la posibilidad de construir un conocimiento organizacional global que articule las competencias especializadas para comprender realidades complejas (*Íbid*, p. 6). Es decir, necesitamos una auto-reorganización del conocimiento que vincule lo desvinculado, como decía Morin a principios de la década de los ochenta, *un anti-método en el que la ignorancia, la incertidumbre y la confusión se conviertan en virtudes* (Morin, *op. cit.*, p. 10). Estamos en la mitad de la segunda década del siglo XXI y aún nos es difícil cambiar en forma tan radical la perspectiva científica, pero sólo haciéndolo, sólo aprendiendo y aprehendiendo cómo conocemos, lograremos acercarnos un poco más a la comprensión del mundo que nos toca vivir.

Se trata pues, de modificar nuestra manera de pensar y de pensarnos. La dificultad estriba en lograr un cambio de percepción social que, a nuestro juicio, sólo puede obtenerse a través de una transformación educativa que nos proporcione las herramientas necesarias para deshacernos de las formas actuales en que construimos instituciones y valores, pero que a la vez nos sirva de base para la construcción de un mundo nuevo, es decir, una metamorfosis global que nos permita experimentar el mundo de otra forma, siendo

conscientes de cómo lo co-construimos; de cómo vivimos y participamos en él.

En ese sentido, requerimos distanciarnos de la simplificación y acercarnos al pensamiento complejo y a la transdisciplinariedad, pues esa mirada nos permite tomar en cuenta varios elementos:

- Las instituciones educativas, es decir, el rol que juegan en este momento las escuelas, las iglesias y los partidos políticos en la construcción ideológica de la sociedad asentada en nuestra región,³ tomando en cuenta el contexto global, histórico, espacial, político, económico y cultural en el que se encuentra inmersa.
- El papel de los medios de comunicación masiva en la construcción de una subjetividad que enfoca al mundo desde las “cualidades” del capitalismo depredador que nos devora; por ejemplo cómo estamos entendiendo y construyendo la democracia.⁴
- Cuáles son las posibilidades de movilidad social, entre otras, el desarrollo de las capacidades individuales.
- Las opiniones de la gente, lo que se dice desde el sentido común acerca de la situación económica, política y social actual, tomando en consideración las voces de diversos actores sociales, incluidos desde luego, quienes menos tienen tanto material como cognitivamente.
- Tendremos que analizar las transformaciones culturales que surgen en y desde el Sistema en este

³ En mi caso hablaría específicamente de Baja California Sur.

⁴ Hacer una crítica a la democracia en la actualidad puede resultar casi un sacrilegio, pero creo que es algo que habrá que repensar considerando por ejemplo, el pensamiento de Sheldon Wolin, que considera que la democracia se ha pervertido de alguna manera, dando como resultado lo que él llama “Totalitarismo Invertido” Ver: Wolin (2008).

momento, considerando que hablar del Sistema nos obliga a reflexionar acerca de que ése Sistema está formado por una serie de elementos que lo constituyen y actúan unos sobre otros, a través de “ganancias” y “pérdidas” en términos de cualidades; de hecho es común observar una manera de ver las cosas desde una perspectiva ideológica y la manifestación de otra en la práctica cotidiana; nuestro discurso como ciudadanos, igual que el de políticos, medios y gobernantes, no siempre se articula con la práctica vivencial. A lo anterior habría que sumarle la capacidad que tenemos para influir unos sobre otros. En el mundo globalizado estamos inmersos en una dinámica de intercambios permanentes que dan pie a la construcción de las subjetividades.

- Otro aspecto a considerar son las migraciones, pues influyen de manera importante en los cambios del tejido social, tanto en el caso de la expulsión como en el de la recepción de migrantes; pero quienes migran afectan de manera distinta a la sociedad receptora, porque no es lo mismo ser mano de obra genérica, que de élite; tampoco produce el mismo impacto la migración laboral que la plácida. Vivimos con la afluencia y permanente circulación de ideas, de imágenes, de personas, de estados financieros, de distintas formas de comercialización.

Estos elementos mantienen entre sí una relación dinámica, se articulan, se tocan y producen una forma de vida que afecta a una mayoría que la consiente casi con beneplácito participando en una relación en la que los grupos hegemónicos se encargan de mantener bajo control a una masa quieta, adormecida con la promesa del consumo.

Es decir, el Sistema en el que vivimos es complejo, es una unidad heterogénea. Hay que considerar las transformaciones que ha sufrido en el tiempo; cómo se deshace y rehace, pero no se trata, desde luego, de un rehacerse idéntico a como fue en otro momento, sino retomando aspectos del pasado y combinándolos, articulándolos con aspectos novedosos y nuevas estrategias, de tal suerte que cada vez este Sistema se nos aparece más fuerte.

Analizar estos aspectos desde la complejidad implica construir una práctica de indagación que no recurre a modelos o juicios a priori, al contrario, implica deshacerse de la camisa de fuerza que nos obliga a simplificar. Se trata pues, de un proyecto que está en permanente construcción, de acercarnos al conocimiento de manera diferente;

[...]no se trata de inventar nuevos modelos y conceptos, o al menos no sólo de eso, sino de una transformación profunda de los valores y las actitudes, de la estética cognitiva, de las emociones y de los modos relacionales [...] La complejidad no es una ampliación de la simplicidad, ni mucho menos una complicación, es una reconfiguración global de las formas de producir, validar y compartir el conocimiento (Morin 2011: *Ídem*).

La ideología, por ejemplo, está anclada en la subjetividad, siempre es compartida por otros, es decir, *pensamos en, con, junto, contra el colectivo con el que convivimos* (*Ídem*). Pese a ser individual, se construye colectivamente y este colectivo es más que un conjunto de seres humanos; incluye la tecnología y los espacios activos que la conforman y transforman.

Pensadores como Marx, Gramsci y otros tantos (Lenk, 1982, pp. 34–36), consideran que la ideología se construye de arriba hacia abajo; es decir, que las clases poderosas son

quienes imponen una forma de ver y entender el mundo, que finalmente es aceptada por las mayorías; de ser así, habría que considerar que en el sistema neoliberal que gobierna actualmente a la mayor parte del mundo occidental, el ciudadano es considerado:

[...]un sujeto racional movido sólo por sus intereses y preferencias, con un mercado que permea lo social, y una sociedad que, como resultado de ambos procesos – autonomía ontológica del individuo y preponderancia del mercado, marcharía naturalmente hacia el progreso, la libertad y la armonía (Pacheco, 2007, p. 68).

Sin embargo, coincido con Castells (2010, pp. 191–260) en que las decisiones, incluidas las políticas, siguen siendo parte de la emocionalidad de los seres humanos; la ideología sigue anclada en la subjetividad, es decir, la emisión del sufrimiento está más aferrada a los valores morales que sustenta el grupo social al que se pertenece, que a decisiones racionales destinadas a un fin material determinado.

La Revolución Científico-Técnica (RCT) de la que habla Carlos Delgado (2005, pp. 49 y ss) ha provocado sin duda, una transformación cultural en términos sociales e individuales, además de los cambios biológicos que puedan achacársele. Se trata, nos dice el autor, de una revolución inadvertida porque más allá del mundo del conocimiento y de la producción y reproducción de la vida, asistimos a la destrucción de las costumbres y a la instrumentación de un modo ideológico único de realización de la vida; efectivamente, cada vez más personas, sobre todo en las zonas urbanas, entendemos el trabajo como empleo, el amor como sexo y la calidad de vida como bienestar económico. Sin duda, nuestra idea de la escasez y la abundancia está fuertemente

enraizada en los procesos de socialización primaria, vívidos principalmente –al menos en la mayoría de los casos– en el seno familiar, pero los medios de comunicación y el contacto permanente con otras formas de entender el mundo y con culturas diferentes de la nuestra, abren ante nuestros ojos un abanico de posibilidades de consumo, ocio y comodidad que nos incitan a participar en una forma de vida que a veces resulta muy lejana de nuestras posibilidades reales. En contraparte, los mismos medios de información, nos ofrecen un conocimiento cada vez más pobre y parcial, mientras que los gobiernos actuales van cerrando cada vez más el cuello de botella frente a una demanda educativa creciente.

Con todo, los bemoles y desigualdades que engendra esta revolución, ofrece la posibilidad de aceptar la relación que existe entre la cultura, los valores y principios propios de la sociedad mexicana y yo, en mi calidad de investigadora y observadora del fenómeno; lo anterior, me permite reflexionar acerca de la imposibilidad de lograr una posición epistemológica privilegiada y comprender que la objetividad absoluta implicaría mi ausencia en la construcción de lo observado. Asimismo, me brinda la oportunidad de incorporar el sentido común y las prácticas cotidianas, como saberes susceptibles de ser contrastados con el discurso que sostengo como ciudadana, es decir, nos quejamos permanentemente del orden político-económico-social-cognitivo en el que vivimos, pero en la práctica lo reproducimos, no sólo votando por sus artífices, sino consumiendo cosas que no necesitamos, perdiendo el tiempo, simulando en el trabajo y procrastinando gran parte de lo que tenemos que hacer en términos ambientales, de salud y de aprendizaje.

En ese sentido, me resulta sumamente atractiva la idea de omnijetividad en sustitución de la objetividad, es decir,

la posibilidad de involucrarme abiertamente con mi objeto de estudio de tal manera que me sea posible presentar finalmente cómo se construye la subjetividad desde verdades distintas; es decir, cómo visiones diferentes y a veces antagónicas finalmente se complementan y llegan a acuerdos que pueden no ser declarados nunca, pero se practican en la cotidianidad, en el trabajo, en la vida del barrio, en el ámbito familiar.

La revolución inadvertida me insta a repensar mi postura como investigadora, a considerar lo emergente, el caos, el movimiento permanente de las sociedades, visible en la observación de la vida cotidiana y del surgimiento de nuevos valores emanados de la dilución de viejas posturas, la resurrección de costumbres con sus correspondientes modificaciones y los cismas de la moral que a veces no sabemos bien a bien hacia dónde la dirigen.

Complejizar la subjetividad sudcaliforniana

Antes de acercarme al pensamiento de Morin y a la perspectiva del pensamiento complejo, cuando reflexionaba a propósito de los temas que me inquietan en términos académicos, las explicaciones se me atropellaban en la cabeza y en la pluma; de repente no estaba del todo segura de cómo podía decir lo que intentaba explicar. Y es que la investigación sobre las emergencias ideológico-culturales surgidas del encuentro entre una sociedad local, que se había mantenido casi hasta finalizar el siglo medianamente aislada del resto del país, y las migraciones plácidas y laborales a las que habría que sumar el arribo de los medios de co-

municación masiva y de las tecnologías de la información y la comunicación, resultaba sumamente “complejo”, es decir, surgía la incertidumbre, la angustia ante la imposibilidad de entender ese todo formado por tantas partes e inmerso en un contexto tan intrincado como la globalización.

En efecto, a partir de las últimas dos décadas del siglo XX la sociedad sudcaliforniana ha sido receptora de una multiplicidad de elementos que han servido como impulsores de cambios y retrocesos en la construcción de la subjetividad en general y de la ideología política en particular. Es decir, nos enfrentamos a una suerte de bucle recursivo, en términos de Morin; por un lado, asistimos a la emergencia de avances en términos de lo que se entiende por “desarrollo” desde la visión económica, con base en la apertura a la inversión nacional y extranjera, pero sobre todo en términos de un crecimiento importante de la cultura del consumo; esta tendencia consumista va separando a los grupos sociales bajo un criterio económico, es decir, con base en juicios que no formaban parte de la cultura local antes de las transformaciones económicas, políticas y culturales propias de la globalización que impactaron al mundo principalmente a partir del segundo lustro de la década de los ochenta.

En este contexto, se observa también cómo esta suerte de bucle que se abre para dar entrada a capitales y migrantes, se cierra en torno a los “valores” morales; las costumbres se acentúan en aspectos tales como el respeto a las diferencias que ha caracterizado a Sudcalifornia al menos durante la última mitad del siglo XX, pero al mismo tiempo, se sesgan hacia la configuración de una sociedad que podríamos denominar neoconservadora, pues adopta posturas y valores reivindicados por los migrantes plácidos provenientes prin-

cialmente de Estados Unidos y Canadá y por los laborales que llegan del centro del país.

Con base en lo anterior, tenemos pues la unión de apertura y cerramiento. La apertura económica y social para extranjeros y nacionales va cerrando al mismo tiempo el paso a la cultura sudcaliforniana de antaño que vivía con mucha más igualdad en términos sociales, pues aunque siempre ha habido diferencias económicas, éstas no llegaban a ser lo suficientemente profundas; los barrios, en lugar de estar delimitados principalmente por el nivel económico, lo estaban con base en el arraigo a estas tierras.⁵

Estas reflexiones, como dije, dificultaban de manera importante mis posibilidades de explicación. Retomando algunos de los trece puntos del paradigma de la simplificación que Morin señala como complementarios-antagonistas del pensamiento complejo, es posible observar que las formas de vida, la cultura y las costumbres de las sociedades sudcalifornianas no son susceptibles de ser comprendidas a partir de la simplificación, pues en tal caso, la explicación de un aspecto deja suelto otro que, sin duda, está articulado al primero e influye en su desarrollo; por ejemplo, la configuración geográfica de la media península, que la mantuvo alejada del resto del país, a la que se suma el clima semidesértico ha dificultado el desarrollo de la agricultura en los niveles que se logran en otras entidades; tampoco ha sido posible la industrialización de la entidad.

Estas limitaciones han mantenido una población magra; en 1990, cuando el desmembramiento de la Unión Soviética

5 Cabe mencionar que Baja California Sur está poblada por inmigrantes y sus descendientes, pues los grupos originarios se extinguieron desde finales del siglo XVIII. Con base en las fechas de llegada surgió un regionalismo bastante acendrado basado en el número de generaciones que han nacido aquí.

era “la noticia” y con ella el estado benefactor se diluía en las entrañas del neoliberalismo, Baja California Sur tenía 317,800 habitantes; actualmente,⁶ frente al crítico triunfo neoliberal, la entidad formada por cinco municipios tiene 718,196 habitantes en una superficie de 73,709 kilómetros cuadrados, lo que arroja una densidad poblacional de 9.7 habitantes por kilómetro cuadrado. Lo anterior, significa que en un lapso de veintitrés años la población aumentó más del doble, desde luego ese aumento está íntimamente relacionado con las migraciones antes mencionadas que son producto del proceso de la globalización, cómplice principal del neoliberalismo.

El uso del tiempo también se ha modificado; desde la perspectiva del paradigma de la complejidad el tiempo es una variable central, las sociedades actuales efectivamente viven una politemporalidad; el proceso de globalización y sus aliadas, las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) permiten que incluso en una de las entidades más pequeñas del país el tiempo sea comprimido; desde Baja California Sur, se realizan también transacciones financieras y negocios, de hecho, los espacios paradisíacos que forman la media península se venden en internet vía Google Earth, las transacciones pueden realizarse en cuestión de segundos. Los extranjeros asentados en distintos pueblos de la media península pueden estar al tanto de las noticias de sus lugares de origen vía internet o a través de la televisión vía satélite en tiempo real.

El uso del tiempo basado en los ritmos del trabajo también se ha modificado; hasta antes de 1990 en ciudades como La Paz o Cabo San Lucas, la gente tenía oportunidad

6 Dato recabado de Wikipedia.

de salir al mediodía de su trabajo para comer en su casa, actualmente cada vez más personas deben permanecer en el lugar de trabajo y en todo caso comer ahí, pues la extensión del espacio en términos de construcción de plazas comerciales, negocios y fraccionamientos de interés medio no se corresponde con la eficiencia y eficacia del transporte, de tal suerte, las nuevas colonias que se van construyendo se convierten en conjuntos de casas dormitorio, pese a que las distancias no son tan largas como en otros lugares.

En las zonas rurales, o quizá sería más adecuado decir neorurales, también se modifica el uso del tiempo; la presencia de extranjeros migrantes y turistas ha influido de manera importante en la transformación espacio-temporal. Por ejemplo, en el Valle de Los Planes, que es una de las zonas agrícolas del estado, muchos ejidatarios están optando por construir cabañas para hospedar a los turistas y rentar caballos para paseos en el marco de un proyecto de turismo ecológico. En lugares como este, la gente se iba temprano a la cama porque había que empezar el trabajo diario a las 3 o 4 de la mañana, pero frente al cambio de actividad y con la presencia de la televisión satelital e internet, las horas sueño inician y concluyen más tarde, la gente se levanta alrededor de las 6 o 7 de la mañana para iniciar actividades que concluirán por ahí de las 11 de la noche (Almada, 2010, pp. 238–244).

Estos aspectos económicos, geográficos, demográficos, y culturales son las emergencias que surgen de la articulación de los grupos que constituyen a las sociedades sudcalifornianas, como dice Morin, los grupos que las forman “no son ladrillos unos al lado de otros”, tampoco los individuos que forman dichos grupos lo son, las sociedades sudcalifornianas se construyen día a día a través de las interacciones

entre grupos y éstos con las que se establecen entre los individuos, pero estas sociedades también se articulan con otras a través de los medios de comunicación que agilizan de manera importante la circulación de ideas e imágenes que se incorporan también en calidad de insumos en la emergencia de nuevas formas de vivir y de ver el mundo.

Los grupos y los individuos van formando sociedades organizadas y es justamente a partir de dicha organización que emergen nuevas formas de vivir la economía, maneras diferentes de distribuir el espacio y de usar el tiempo; todos estos aspectos no existirían si cada individuo o grupo actuara por separado, es la articulación entre ellos la que permite el movimiento de transformación y el rumbo que éste toma; asimismo, cada individuo y/o cada grupo debe perder algunas cualidades como la libertad de hacer las cosas a su manera o mantener el orden impuesto por sus antepasados, incluso cambiar de actividad económica para que las sociedades puedan transformarse en un todo, en un sistema coherente que es al mismo tiempo más y menos que la suma de sus partes; más porque las partes de manera aislada no lograrían las transformaciones que vive la entidad y menos porque al perder cada parte algunas de sus cualidades, la suma de ellas tiende a ser menor que si fuera posible sumarlas con todas los atributos que tienen en forma separada.

Otro aspecto de vital importancia en el proceso que he venido comentando, descansa en la importancia que cobra aquí la causalidad exterior; los medios de comunicación de masas y los de autocomunicación de masas en términos de Castells (*op. cit.*, pp. 92–109), son parte fundamental en los cambios que van sufriendo la cultura y las

subjetividades sudcalifornianas y logran, en cierta medida, homogeneizar algunas perspectivas sociales, políticas e ideológicas.

Finalizando

Con base en lo anterior, sugiero que los problemas sociales que preocupan a los científicos sociales no pueden ser vistos desde una sola perspectiva disciplinaria; se trata de fenómenos entretejidos con hilos diferentes, por eso los enfoques requieren de la diversidad disciplinaria. Necesitamos una visión que nos permita no sólo retomar perspectivas ancladas en distintas disciplinas, sino unirlas, tejer con ellas una mirada que las trascienda, es decir, necesitamos una perspectiva transdisciplinaria, considerando con Morin que en todas las disciplinas hay algo que les pertenece a todas, que las atraviesa y las identifica.

Lograrlo requiere en primer lugar plantarnos frente a nuestra preocupación académica como observadores y no como sujetos de la investigación, es decir, reconocer y declarar que somos individuos con una historia de vida y con un contexto que fungen como filtros de la “realidad” que observamos. Debemos considerar también que la perspectiva que surge de nuestros referentes no nos permite una visión panorámica, al contrario, por tanto, y dado que en ciencias sociales lo observado son seres vivos que además son humanos con opiniones y con sus propias visiones del mismo evento, sus voces deben ser puestas en diálogo entre ellas y en confrontación con la de quienes observan. En el caso que nos ocupa en este libro, consideramos que los

temas a aclarar requieren de la observación en el campo, conversaciones con la gente y grupos de discusión que nos permitan confrontar las distintas miradas para encontrar las diferencias y convergencias; pero también requerimos del diálogo entre al menos tres disciplinas: la historia, la antropología cultural y la literatura, con la esperanza de que esta polifonía lejos de convertirse en ruido y desorden, se transforme en la armonía necesaria para vencer la miopía que distorsiona la realidad que pretendemos observar.

Estamos conscientes, desde luego, que no se trata de “la realidad”, consideramos que tal cosa es prácticamente inexistente, pero sí creemos con Berger y Luckmann (*op. cit.*) que las sociedades tienden a construir realidades que les permitan un mínimo de organización en su interior y también consideramos que esas realidades no son presentadas tal cual son por el observador, pues siempre habrá cierto grado de duda basada en la subjetividad de quien observa. Cuando elegimos un “objeto” de estudio, o más bien, un suceso a observar, dicha elección no es neutral, tenemos una postura específica frente a él.

Sin duda, el investigador que se esfuerza por generar conocimiento, lo que hace es expresar un punto de vista respecto al asunto que le ocupa, aun cuando logre construir una perspectiva que incorpore diferentes visiones; por tanto, es necesario asumir que no podemos acceder a “la verdad”, sino a representaciones de ella. A lo más que podemos aspirar como investigadores es a no simular, a asumir un compromiso de humildad y honradez intelectual, que nos permita mostrar de manera decorosa el resultado de nuestras indagaciones.

Entre memoria y olvido. La construcción de un pasado mexicano desde Sudcalifornia

Rosa Elba Rodríguez Tomp

Declaración necesaria

Yo no soy sudcaliforniana de origen. Por esa razón, mi llegada a esta región, hace ya más de 30 años, alertó en mí un instinto que tal vez está inscrito en mi forma de ser en el mismo rincón recóndito que despertó, en épocas mucho más lejanas, el gusto por la antropología. Noté, al tiempo de mi llegada, que la población de este estado de la República Mexicana mantenía una relación ambivalente con el resto del país, en particular con la ciudad de México (de donde soy oriunda), en la que privaban al mismo tiempo la admiración y el rechazo. Uno de los elementos que hicieron posible mi acercamiento académico al tema de las identidades está íntimamente relacionado con esa primera percepción, que ha ido madurando y adquiriendo base en lecturas y reflexiones, y que, por supuesto ha venido cambiando de la misma manera que la población ha cambiado en todo este tiempo. Los sudcalifornianos tienen una larga historia de titubeos en su acercamiento y pertenencia a la comunidad imaginada

denominada México, haciendo alusión al afortunado concepto acuñado por Benedict Anderson (1993).

En las páginas siguientes haré un repaso de algunos de los momentos y circunstancias en las que los habitantes del territorio que hoy se denomina Baja California Sur dejaron constancia de su interés por explicar su pasado como sociedad, a partir de la lejana y poco comprendida consumación de la independencia de México, siempre en una tensión entre las formas en las que fueron reconocidos como parte de la nueva nación que comenzaba su existencia en 1821, y las explicaciones que una colectividad como la suya necesitaba para el desarrollo coherente de su existencia; tomando siempre en consideración el hecho de que “todos los cambios de conciencia profundos, por su naturaleza misma, traen consigo amnesias características. De tales olvidos brotan, en circunstancias históricas específicas las narrativas” (Anderson, 1993, p. 283). Tal como en la biografía personal, una persona adulta reconoce al bebé que observa en una vieja fotografía como una imagen de sí mismo, habiendo olvidado gran parte de los acontecimientos ocurridos desde que esa foto fue tomada, así, nos dice Anderson, los pueblos reconocen como suya una historia que está construida a partir de acontecimientos que se recuerdan, pero también de muchos que han sido olvidados para dar coherencia al relato de su pasado.

Memoria e historia

La forma en la que nos desenvolvemos en el espacio social está determinada por muchos factores, entre los cuales el pasado juega un papel determinante. Todos tendemos, median-

te el aprendizaje cultural, a identificarnos con las personas que nos rodean a través del reconocimiento de un pasado en común. Las historias familiares, los recuerdos compartidos de los acontecimientos relevantes en nuestra vida se relacionan con nuestros orígenes, se van acumulando para formar un acervo que permite la recuperación de un sentimiento de comunidad. Esta recopilación de experiencias, aunque no sean todas personales, generan la conciencia de vivir en un mundo común de relaciones significativas al mismo tiempo que establecen las bases de la vida social (Ingold, 2000, p. 409). Si partimos de la base de considerar que la historia consiste en un registro de información significativa sobre hechos del pasado, hemos de estar conscientes de que éste, al igual que la memoria colectiva, nunca puede ser un registro neutral. Siempre es subjetivo y problemático. Algunos textos, lugares, objetos, es decir, algunos registros simbólicos tendrán importancia por sobre otros, para ciertos sectores de la población, mientras que para otros carecerán de validez explicativa. Es por ello que cada sociedad, a partir de que acepta una narración como parte de su pasado, accede a una identidad que va reforzando en la medida en que adquieren sentido y coherencia la sucesión de acontecimientos en los que, sin haber participado directamente, se involucra emocionalmente. En ese sentido, lo que llamamos memoria histórica es un constructo social que puede ser manipulado por un grupo de interés. Por otra parte, hemos de reconocer que la memoria colectiva está siempre ligada a la acción. Es así como los rituales que se establecen como parte de la vida colectiva con el fin de conmemorar acontecimientos relevantes son acciones tendientes a reforzar los lazos de unión a través del recuerdo y en ocasiones tienen repercusiones en el registro arqueológico de los

pueblos. Los rituales de conmemoración tienen una finalidad específica de crear una memoria compartida (Ian Kuijt, 2008, p. 175). Con tales ideas en mente, hagamos un recorrido por los eventos que marcaron la forma en la que la población sudcaliforniana fue reconociéndose e identificándose con el pasado mexicano.

En 1821, cuando la independencia de México se consumó, el país no existía más que en la imaginación de unos cuantos individuos y grupos, casi todos en el centro del territorio. Lo que privaba en la enorme extensión territorial que después de 1824 se llamaría oficialmente Estados Unidos Mexicanos, era un conjunto de regiones que se habían desarrollado de forma muy desigual durante la dominación española. El territorio que había sido inicialmente denominado California, y que después de la colonización de su homónimo ahora perteneciente a los Estados Unidos, adquirió, para distinguirse, el nombre compuesto de Antigua California, era de los más alejados, tanto física como políticamente: una notoria península larga y estrecha al oeste de México, producto de una falla geológica, que había sido descubierta desde la tercera década del siglo XVI, pero pudo ser colonizada hasta las postrimerías del XVII. Árida en su mayor parte, esa tierra contiene especies vegetales y animales únicas por haberse desarrollado durante al menos doce millones de años en relativo aislamiento con respecto a la masa continental. Sólo en algunos sitios, gracias al afloramiento de agua, se desarrollan verdaderos oasis que contrastan fuertemente con la sequedad general. El imperio español encontró sumamente difícil extraer de ella algún beneficio, por lo que decidió que fueran los religiosos, primero de la orden jesuita y después de 1767

franciscanos y dominicos, quienes impusieran allí las bases de la ocupación colonial.

En la región de nuestro interés, las poblaciones originarias, con una economía de apropiación basada en la caza, la pesca y la recolección, habían desarrollado, durante varios milenios de aislamiento relativo, un conjunto de estrategias adaptativas que les permitían relacionarse con su entorno a partir de su estrecho conocimiento de la naturaleza y los recursos que ésta les proveía, a través de la mediación de los chamanes, personajes importantes en todas las prácticas que tuvieran como finalidad la organización de la vida espiritual. Con la llegada de los misioneros a finales del siglo XVII el mundo comenzó a cambiar de manera radical para los grupos de nativos que entraron en contacto con esos representantes del catolicismo español, cuya tarea era llevar un conjunto de reglas que fueron impuestas con la ayuda de soldados de misión y que debían generar las bases para la incorporación del lejano territorio a la Nueva España (Del Río, 1984). Fue así como, con grandes dificultades pero de manera inexorable, el primer territorio californiano fue convirtiéndose en parte de un reino católico, aunque sus pobladores indígenas sufrieron las consecuencias, que consistieron en la paulatina declinación demográfica ante las drásticas transformaciones que se vieron obligados a hacer en su vida, así como las enfermedades importadas por los extranjeros y los ataques violentos de los que fueron víctimas cuando se negaban a obedecer (Rodríguez Tomp, 2002).

Habían aparecido, desde los primeros años del dominio español, algunos aventureros interesados en buscar fortuna de forma independiente, cosa que, por supuesto, no hacía felices a los misioneros. Casi todos eran parte del personal

militar destinado a apoyar el trabajo misionero, que al terminar su periodo de reclutamiento decidían quedarse para probar fortuna buscando placeres perleros o metales preciosos (Amao, 1997). A medida que las misiones perdían legitimidad por su escasa población indígena, estos otros pobladores, apoyados por el gobierno que les concedía algunas “suertes” de tierra y “sitios”⁷ para ganado iban apropiándose de los que habían sido lugares y territorios de recorrido importantes en el imaginario indígena.

Acontecimientos ocurridos a miles de kilómetros de esa región iban a tener consecuencias que la afectarían: para la metrópoli española la crisis producida por la invasión napoleónica tuvo repercusiones en distintos frentes: por un lado, la furia despertada en los sectores medios de la sociedad española llevó al replanteamiento de la política que transformaría la institución monárquica en España; por otro, en los dominios españoles allende el océano Atlántico, diversas de la pasiones encontradas que despertaba entre algunos sectores de la población la hegemonía colonial se vieron desbordadas ante la incertidumbre política reinante.

Entre las élites hispanoamericanas se plantearon serios debates acerca de la legitimidad del monarca impuesto por Napoleón, y sobre la posibilidad de generar instituciones americanas para sustituir al impostor. El caso de la lejana provincia de Californias fue peculiar, ya que la composición social de esa región no contaba con las características suficientes para tener intereses económicos más allá de los que tenían como base las incipientes transacciones comer-

7 Una suerte de tierra equivalía a 1.4 hectáreas, y un sitio para ganado a 1755 Ha. (Trejo Barajas, 1999, p. 11)

ciales de origen agrícola que realizaban con el resto de los territorios de la Nueva España. Por ese motivo, la toma del puerto de San Blas el 1 de diciembre de 1810 por el cura José María Mercado, seguidor de Miguel Hidalgo (Altable, y González, 2010, p. 10), significó una grave merma para el abasto de provisiones que requerían los establecimientos coloniales en esa región, básicamente almacenes civiles y misionales. Dicho puerto, no podemos olvidar, había sido fundado por órdenes del visitador real José de Gálvez en 1768 para que de ahí se abastecieran los requerimientos de Sonora y las Californias. A pesar de que el puerto fue recuperado por las fuerzas realistas en 1811, la destrucción física de sus instalaciones y el bloqueo de los caminos del altiplano central y noroeste de México fueron los detonantes de un periodo de grandes penurias económicas para los almacenes misionales y militares de estas provincias (Altable y González, 2010, pp. 10-11).

Sin embargo, una de las consecuencias de este bloqueo, según afirman varios autores especialistas en el tema, fue el incremento de la navegación y las transacciones comerciales de embarcaciones privadas, tanto regionales como extranjeras, que sirvieron, tanto para satisfacer las necesidades apremiantes de la población peninsular, como para colocar en puertos del continente los productos de origen californiano. Tal circunstancia abunda a la serie de justificaciones acerca del sentimiento de abandono e indefensión que experimentó la población de las provincias californianas desde el inicio de la vida independiente de México. A todos los miedos que sufrían los californios se aunaban aquellos provocados por los bandos oficiales que llegaban constantemente, advirtiendo sobre posibles campañas piráticas, tanto por parte de insurgentes como de extranjeros (Altable y González,

2010, p. 16). Posibilidad que se convirtió en realidad, cuando menos, en una ocasión, cuando en 1822 los puertos de Loreto y San José del Cabo sufrieron el arribo de una extraña mezcla de emancipadores, intervencionistas y piratas, dirigidos por Thomas Alexander Cochrane. La interpretación que dio el historiador Pablo L. Martínez a la actitud asumida por Fernando de la Toba, a la sazón comandante de las tropas sureñas de la Baja California, resulta reveladora de la serie de confusiones que deben haber privado en aquel entonces entre los pobladores, ya que Martínez afirma que la jura de la independencia que se efectuó el 25 de febrero de 1822 fue solamente un simulacro para disuadir a los invasores de su ataque a posesiones españolas en la península (Martínez, 2003, p. 392).

Comoquiera que se hayan desarrollado los acontecimientos, es claro que la adopción en las tierras californianas de un nuevo esquema político de administración no fue, como se narra en los libros de historia nacional mexicana, un hecho celebrado en forma unánime; aunque tal como lo aprecia Altable, “La escasez de estudios sobre la materia es tanta que permanece vigente la interrogante acerca de la adhesión o antipatía que sintieron los bajacalifornianos hacia el movimiento emancipador” (Altable y González, 2010, p. 24). Uno de los escasos testimonios al respecto lo proporciona Altable cuando cita un documento en el que un habitante del Real de San Antonio, en 1819, ofrecía armamento (ocho lanzas) a voluntarios que quisieran defender los intereses “de la religión y de la patria”, en alusión a la monarquía española, en contra del “enemigo” insurgente que se atreviera a llegar a las costas peninsulares (p. 25).

Una cosa, sin embargo, es posible afirmar, y es que el sector menos proclive a aceptar la consumación de la in-

dependencia de México fue el de los clérigos que estaban a cargo de las misiones: dominicos en la de la Baja California y franciscanos en la Alta. Y es necesario reconocer también que ese sector era muy influyente entre la población de ambos territorios. Lo que tuvo que hacer la administración de Agustín de Iturbide fue enviar a un personaje conciliador que convenciera a las dos órdenes religiosas de que el nuevo régimen mantendría sus prerrogativas. También es importante el exhorto que, desde su posición de autoridad religiosa, hizo el obispo de Sonora, para que el presidente de las misiones bajacalifornianas “en sus exhortaciones públicas y privadas inspire en los religiosos y demás habitantes de aquella península el amor y la fidelidad a las legítimas autoridades que nos gobiernan” (cit. en p. 37).

La nueva etapa independiente de México no significó grandes transformaciones en la porción sur del territorio peninsular: los indios casi habían desaparecido, mientras que la llamada en aquellos tiempos “gente de razón”, había fundado ya algunos poblados en los que se dedicaba al azaroso trabajo de la minería y a tratar de sacar algún provecho de las escasas tierras fértiles. Su vida transcurría en los pequeños ranchos familiares con casas de adobe y techos de palma en los que todo, desde las paredes hasta los muebles y utensilios habían sido confeccionados por los mismos habitantes (Lassépas, 1995, pp. 300-301). Cuidaban ganado que, por las características de la tierra, no podían mantener estabulado, por lo que debían dejarlo libre para que se hiciera “cimarrón” y por temporadas lo perseguían para sacrificarlo y aprovechar su carne, piel, leche, cuernos, todo, en fin, lo que podían utilizar.

Estos “rancheros” habían establecido, como los indios en sus antiguos territorios de recorrido, una relación entraña-

ble con la árida naturaleza que habitaban. Sabían hacer buen uso de plantas y animales de la región, sobre todo cuando escaseaban los víveres, cosa frecuente en aquellas regiones de pocas e impredecibles lluvias. Se llamaban a sí mismos orgullosamente “californios”, y, aunque se declaraban fervientemente católicos, su lucha porque les fuera reconocido su derecho sobre la tierra los había puesto en oposición a los clérigos, que se manifestaban abiertamente en contra del reparto de las tierras misionales. A falta de templos en los que pudieran desarrollar su espiritualidad, habilitaban en sus chozas espacios sagrados, tal como el descrito por un testigo: con “una estampa mugrienta de la Virgen o la de Napoleón por el Niño de Atocha” (Lassépas, 1995, p. 301) y frente a ellos acostumbraban efectuar sus íntimos rituales de comunicación con el mundo espiritual, porque los templos misionales, algunos ya en estado ruinoso, no siempre contaban con el personal adecuado para la impartición de los sacramentos.

Algunos testigos de la azarosa vida que llevaban aquellos californios de las primeras décadas del siglo XIX los juzgaban muy severamente, y hasta se atrevían a compararlos con los indígenas, cosa indignante para ellos. Tal es el caso del comandante y jefe político Miguel Martínez, quien opinaba que eran: “por naturaleza flojos, viciosos, inclinados al ocio, a la embriaguez, al juego y otros vicios, siendo en ellos desconocida la gratitud, carácter que casi es general no sólo en los indígenas, sino también en los que llaman de razón”.⁸ La idea introducida por este y otros testigos de

8 Noticias estadísticas que para el superior conocimiento del Alto Gobierno dirige el coronel don Miguel Martínez, relativas al territorio de la Baja California del que es actualmente comandante principal y jefe político superior [circa 1836], en Trejo Barajas, 2002, p. 107.

la época, acerca de que los nuevos habitantes del territorio peninsular eran parecidos a los casi extintos aborígenes puede ser explicada a partir del hecho de que cuando un grupo humano se establece en un territorio determinado, las habilidades y los diversos “nichos ecológicos” que habita pasan a formar parte de una relación activa, dinámica y sistémica: somos parte y ayudamos a confeccionar (no en una relación de homología ni de totalidad, sino de composición fragmentaria) los mundos que habitamos, no ejerciendo un acto de “diseño” sobre el mundo (como en las teorías representacionales sobre la fabricación de artefactos como la imposición de un diseño a la naturaleza), sino haciendo “crecer” las cosas en el contexto de las actividades en un nicho ecológico de un ser vivo” (Sánchez Criado, 2009, p. 149).

A pesar de los conflictos que se dejan ver en los comunicados oficiales, la población aumentaba de manera constante, debido no sólo a que, aunque de manera lenta, aumentaban también las posibilidades de obtener tierra y ganado para establecerse, sino a que aquella provincia marginal se vio beneficiada, a partir de la independencia, con un aumento en la actividad marítimo-comercial de diversas naciones en las costas del noroeste mexicano. La explicación que podemos dar a esta circunstancia consiste en el hecho de que las regiones septentrionales, como es el caso de la península de California, se encontraban muy alejadas de los controles hacendarios centrales y los intereses comerciales monopólicos de la ciudad de México. De manera que al entrar en contacto con esos navegantes, los pobladores del sur de la Baja California fueron poco a poco integrándose a un mercado internacional que se hizo más intenso cuando la presión del comercio inglés sobre el exclusivismo hispano hizo que México tomara medidas de apertura comercial que

favorecieron la habilitación de nuevos puertos y el establecimiento de rutas comerciales por el Pacífico.

Pero, ¿qué tenían que ofrecer los austeros habitantes del sur a los tripulantes de los barcos ingleses y angloamericanos que cazaban nutrias y ballenas en las costas californianas y tocaban la costa para cargar agua y leña? Pues eso, agua, madera, además de otros productos como carne, sebo, cuero, frutos secos, que eran bien recibidos por los extranjeros, quienes los cambiaban por diversas manufacturas de las que los californios estaban ávidos (Trejo Barajas, 1999, p. 56). Desde luego que los roces y desacuerdos deben haber sido frecuentes, sobre todo entre estos contrabandistas y las autoridades locales, que veían, además de ilegal, peligroso y desfavorable el intercambio. Así lo hace notar el gobernador José Joaquín de Arrillaga:

Soy de sentir que fundándome en los hechos que he referido, hemos de tener en adelante más recelo en estos buques que continuamente arriban: no han dejado punto que no han registrado, informe que no tomen, sean americanos o ingleses. Su porte con nosotros es bastante altivo y si me dejara llevar de algunos procedimientos y expresiones de estos navegantes diría que nos desprecian y nos hacen burla. Contemplo al mismo tiempo que ya que en nosotros han hallado tan buena acogida, en adelante serán más frecuentes sus visitas.⁹

Seguramente no se equivocaba Arrillaga en sus temores y suspicacia, pues esos registros e informes eran estrategias para sacar cada vez mejor partido de sus visitas. Esta paulatina entrada de los californios en el escenario de la globalización, aunque modesta, dejó huella permanente en

9 Informe del gobernador interino de Baja California, José Joaquín de Arrillaga, al virrey, en Trejo Barajas, 1999, p. 57.

la identidad de esos pobladores. Además de que podían, —y así lo hicieron algunos con mayores recursos— hacerse ellos mismos de embarcaciones e integrarse al cada vez más activo comercio de cabotaje, también algunos de los extranjeros veían con buenos ojos un cambio de vida y ya no embarcaban de regreso a su patria. En los archivos eclesiásticos que se conservan de los asentamientos que habían sido sitios de misión aparecen frecuentemente registros como el matrimonio de Juan Aguilar, que se casó con Narcisa Castillo el primero de febrero de 1825. Aparentemente no hay nada de particular en ese acontecimiento, si no fuera porque el padre que efectuó la unión registró que Juan Aguilar fue el nombre hispano que tomó John Mc Clish, de nacionalidad irlandesa, al ser bautizado en ese templo de San José del Cabo para casarse (Martínez, 2011, p. 266).

Hacia 1857 un censo reportaba que existían en el centro y sur de la península 104 extranjeros avecindados en los distintos pueblos y ranchos. De ellos, 62 estaban casados con mujeres de la región. Entre las nacionalidades de estos inmigrantes encontramos una mayoría de franceses (35) y norteamericanos (20), pero también españoles, portugueses, italianos, alemanes, peruanos, chilenos, ecuatorianos, cubanos e ingleses (Lassépas, 1995, pp. 113-114). Esa notable inyección multicultural produjo algunas de las familias más conspicuas del territorio y propició un particular modo de ser del cual son herederos sus actuales pobladores. Durante todo el siglo XIX y parte del XX los caminos para comunicar a los poblados y los ranchos eran malos e inseguros, pero las rutas marítimas creaban un lazo fuerte que trasladaba no sólo mercancías, sino, más importante, personas e ideas.

La construcción de un pasado mexicano

Lo anteriormente expuesto sirve de sustento para la idea de que los sudcalifornianos tuvieron que construir un pasado que los ubicara cómodamente dentro de la historia nacional. El proceso mediante el cual las sociedades eligen las imágenes y los relatos a través de los cuales se interpretan a sí mismas tiene que recurrir a búsquedas que permitan a los grupos dominantes establecer continuidades a pesar de las múltiples rupturas existentes en la memoria colectiva; pero es necesario agregar que entre las más poderosas de esas auto-interpretadas imágenes del pasado son las que refuerzan la idea de sociedades siempre existentes, porque la conciencia que un individuo tiene del tiempo es en gran medida la conciencia de continuidad de su grupo social. Es así que: “el intento de romper definitivamente con el viejo orden social encuentra una especie de depósito histórico que amenaza con convertirse en la base del nuevo orden. Mientras más totales sean las aspiraciones del nuevo orden, más imperiosamente buscará éste introducir una era de olvido forzoso. Decir que las sociedades son comunidades continuas depende más bien, de la imagen de continuidad que la sociedad crea” (Connerton, 2006, p. 12). Para los ideólogos de la independencia de México, la utilización del pasado indígena como forma de legitimación de sus aspiraciones separatistas del imperio español fue una constante desde los albores de su lucha. Ante la visión etnocentrista europea que calificaba a los pueblos aborígenes de América como salvajes y primitivos, se alzó la voz de sabios e historiadores mexicanos que fueron construyendo el ahora sólido edificio de la historia prehispánica, para demostrar

el carácter original y complejo de las civilizaciones que se habían desarrollado en tierras mesoamericanas (Florescano, 2009, p. 15).

Pero los californios no podían reivindicar un pasado indígena basado en las civilizaciones mesoamericanas, aunque también era importante para ellos explicar las dificultades que entrañaba la lucha por “domar” al árido espacio. En ese sentido estaríamos de acuerdo en que: “la ausencia de una civilización india semejante a las mesoamericanas fue sustituida en el discurso regionalista por las imágenes míticas de los pobladores de la península, imágenes de las cuales derivó la idea del nativismo, basada en la capacidad desarrollada por los peninsulares para sobrevivir en un medio que, por su aridez, se torna agresivo y hostil y, por su situación geográfica, aislado” (Castorena, 2009, p. 29).

El reunir información suficiente para construir una interpretación de la historia indígena de la península ha sido una preocupación desde los tiempos misionales, sólo que las versiones sobre esa historia han respondido, como en todas las reconstrucciones del pasado, a las circunstancias específicas de su presente. Así, cuando Francisco Javier Clavijero reportaba en su *Historia de la Antigua California* el posible origen norteño de las bandas que habían encontrado sus hermanos jesuitas, afirmaba:

Poco diferentes de las citadas bestias eran en la manera de vivir los salvajes habitantes de la California. Pero atendiendo a los pocos vestigios de antigüedad que allí han quedado, es fácil persuadirse que aquella vasta península estuvo antes habitada por gentes menos bárbaras que las que hallaron en ella los españoles; porque los jesuitas, en los últimos años que estuvieron allí descubrieron en los montes situados en los 27 o 28° de latitud, varias cuevas grandes cavadas en piedra

viva, y en ellas figuras de hombres y mujeres decentemente vestidas, y de diferentes especies de animales... No siendo aquellas pinturas y vestidos propios de las naciones salvajes y embrutecidas que habitaban la California cuando llegaron los españoles, pertenecen a otra nación antigua, aunque no sabemos decir cuál fue (Clavijero, 1975, p. 499).

El prejuicio existente hasta hace poco tiempo hacía que historiadores y aficionados por igual sentenciaran, de la misma forma que Clavijero, que las espectaculares pinturas rupestres existentes en la porción central de la península eran vestigio de un pueblo distinto al de los cazadores-recolectores que protagonizaron los primeros encuentros con Occidente en la región. Al respecto, las investigaciones más recientes han generado otro discurso, también coherente con su tiempo y circunstancia. Como resultado de un extenso estudio sobre las pinturas de la sierra de San Francisco, que son las mismas a las que aludía Clavijero, arqueólogos establecen que: “La unidad histórico-cultural de la península sugiere que el análisis de la historia y la etnografía peninsulares pueden proporcionar nociones decisivas para el entendimiento del papel que jugó la imagería Gran Mural en la prehistoria” (Gutiérrez y Hyland, 2002, p. 409).

Es preciso decir que las imágenes recuperadas de esos murales, por más que pertenezcan a códigos cuyos significados originales se han perdido, han resultado en épocas recientes tan atractivas y estimulantes que los sudcalifornianos las han reconocido ya como un símbolo del pasado que les pertenece, y diversas instituciones de la región las han adoptado como emblemas identitarios; sin embargo, los habitantes decimonónicos del sur peninsular, aunque inquirieron y obtuvieron respuestas acerca de los primeros pobladores de la Antigua California no fueron tampoco

muy abiertos a la inclusión de ese pasado como parte de su historia. El periodista e historiador Adrián Valadés decía de ellos en 1893:

El indígena californio no había salido aun del estado salvaje y primitivo, y careció de los medios que sólo la civilización facilita a los pueblos, para que puedan alcanzar, en su constante proceso evolutivo, un valor histórico perdurable. Sumido en la obscuridad de la ignorancia, sus ideas giraron dentro de límites tan estrechos que apenas si su pensamiento se levantaba sobre los instintos naturales que lo esclavizaban, y a los cuales obedecían todos sus actos (Valadés, 1963, p. 15).

En aquellos años, muchos de los interesados en la historia de la humanidad abrazaban las teorías evolucionistas de Louis H. Morgan (1818-1881), según las cuales, la humanidad había pasado por tres etapas antes de llegar a la civilización, y la primera de ellas, el salvajismo, correspondía al más bajo estrato cultural, al que pertenecían los grupos que ahora son denominados cazadores-recolectores. Esa concepción de los grupos no agricultores perduró gran parte del siglo XX, aun cuando hubo un avance significativo de las disciplinas antropológicas y comenzó la profesionalización de la indagación histórica en Baja California Sur. Como ejemplo podemos citar el texto que constituye el primer intento serio de compendiar los aspectos centrales del pasado sudcaliforniano: la *Historia de Baja California*, de Pablo Leocadio Martínez dedica ocho capítulos a tratar el tema de los pobladores prehispánicos, y sin embargo no deja de considerarlos “en un estado cultural desastroso”, además de abonar a la hipótesis lanzada por Clavijero en el sentido de que, “Seguramente como piensan los expertos, cuando llegaron los primeros hombres a la

península traían alguna mayor cultura, la cual se fue perdiendo gradualmente por falta de estímulo de la naturaleza ambiente” (Martínez, 2005, p. 53).

No fue sino hasta fechas muy recientes que se ha modificado esa percepción de precariedad y atraso en lo relativo a las culturas de los territorios áridos del planeta, para considerarlas un ejemplo de la extraordinaria adaptabilidad del ser humano a ambientes restrictivos.¹⁰

En un grupo social todos llegamos a conocernos unos a otros a través de historias compartidas, creyendo o descreyendo historias acerca de pasados e identidades. Al entender con éxito e identificarnos con un acontecimiento específico del pasado, establecemos ese evento, episodio o comportamiento en el contexto de un conjunto de historias o narrativas. Así, identificamos una acción particular evocando cuando menos dos tipos de contexto para esa acción: situamos el comportamiento de algún sujeto con referencia a su rol particular en su historia de vida y también con referencia al lugar que ocupa en el grupo social al que pertenece. “La narrativa de una vida es parte de un conjunto interconectado de narrativas; está incrustada en la historia de aquellos grupos a partir de los cuales los individuos adquieren su identidad” (Connerton, 2006, p. 21). En la construcción de un pasado mexicano, una de las circunstancias que, al parecer, fue considerada como afortunada coincidencia entre Baja California y el centro de México por algunos de los pobladores del sur peninsular fue el hecho de que ambos territorios fueron “conquistados” por Hernán Cortés. La utilización misma del topónimo “Mar de Cortés”,

10 El cambio en esa concepción de los cazadores-recolectores tuvo lugar a raíz de un congreso y posterior publicación de los resultados en el libro *Man the hunter*, editado por Richard Lee e Irven DeVore, en 1968.

para el Golfo de California, tiene su origen en esa idea poderosa que dotaba a los sudcalifornianos de una historia en común con México. Si tomamos en cuenta que para reforzar los lazos de unión entre los pobladores de un territorio la reconstrucción histórica se hace necesaria, aun cuando la memoria social haya preservado testimonios directamente relacionados con un evento, podemos suponer que la historiografía, aunque de elaboración un tanto independiente de la memoria social, tiene que tomar en cuenta lo que la población guarda como recuerdos significativos, dándoles, sin embargo, una explicación apegada a normas específicas de la disciplina. Los historiadores se cuestionan sobre la veracidad de sus informantes para no perder su autonomía con respecto de la memoria social, lo cual es importante desde el punto de vista de las reglas disciplinarias en las que basan su práctica. “A pesar de esta independencia de la memoria social, la práctica de la reconstrucción histórica puede, de manera muy importante, recibir un impulso direccional o proporcionar una guía a la memoria de los grupos sociales” (Connerton, 2006, p. 14). Así, los textos que trataban sobre la llegada de Cortés a costas sudcalifornianas en 1535 establecieron una tradición, desde la época colonial, de considerar que el puerto de La Paz había sido fundado por el mismo conquistador de la Gran Tenochtitlán. La mención de este hecho parte de documentos originados tan lejanamente en el tiempo como los elaborados por Bernal Díaz del Castillo (González Rodríguez, 1985, pp. 37-38), aunque es la discusión que de ellos hacen los primeros habitantes del territorio con vocación para la historiografía la que realza ese acontecimiento que había quedado probablemente en la memoria colectiva.

Los viajes de reconocimiento dirigidos hacia la península de California tienen su origen, por cierto, en relatos compartidos por grupos afines al conquistador, quien había establecido que:

Y asimismo me trajo [uno de sus capitanes a quien había mandado a explorar la costa occidental] relación de los señores de la provincia de Ciguatán, que se afirma mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía. Y que esta isla está [a] diez jornadas de esta provincia, y que muchos de ellos han ido allá y la han visto.¹¹

No está por demás recordar que la sociedad renacentista a la que pertenecía Hernán Cortés había vivido el descubrimiento de América y las exploraciones impulsadas por la corona española para obtener riquezas y territorios entre la admiración por lo nuevo y la adjudicación de leyendas y mitos medievales a la sorprendente realidad del continente recién descubierto. De tal manera que a partir de los informes que sus subordinados le daban acerca de los inmensos y desconocidos territorios del Septentrión, en su imaginación cobraba vida la antigua leyenda de las amazonas. Fue sin duda la fuerza de esa idea uno de los factores que obró en favor de la decisión del conquistador de arriesgar capitales y vidas en la exploración del mar que después llevaría su nombre.

11 *Cuarta Carta de Relación*, fechada el 15 de octubre de 1524, citada en González Rodríguez, 1985, p. 11.

Como sabemos, Cortés llegó a costas californianas, en 1535, y entonces tuvo la ocasión de padecer en carne propia la hostilidad del territorio y constatar algunas de las características de sus pobladores, que debieron causar una gran desilusión a los exploradores al compararlos con los ya conquistados mexicas, “Porque no tenían que comer, y en aquella tierra no cogen los naturales de ella maíz, y son gente salvaje y sin policía, y lo que comen son frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos. Y de los soldados que estaban con Cortés, de hambre y de dolencias se murieron veintitrés, y muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y bahía y descubrimiento”.¹²

Si bien la aventura cortesiana no terminó bien, y las costas californianas iban a conservarse reacias a la colonización española hasta las postrimerías del siglo XVII,¹³ ello no fue obstáculo para que los sudcalifornianos del siglo XIX hayan considerado al conquistador de Tenochtitlán como el fundador de la ciudad de La Paz. Aún hoy se celebran las fiestas de fundación de la capital del estado de Baja California Sur el 3 de mayo, conmemorando el día del arribo a estas tierras del esforzado extremeño, y desde hace años se realiza un simulacro de su desembarco que constituye, desde la perspectiva de Connerton, un ejemplo de aquellas prácticas ritualizadas (*performances*) en las que se ponen en ejecución una colección de imágenes del pasado en conjunto con conocimientos de la historia (Connerton, 2006, p. 39). Al respecto es necesario aclarar que, desde esta forma de analizar las acciones conmemorativas que tienen por obje-

12 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo 200, citado en González Rodríguez, 1985, p. 59.

13 Para un recuento bien documentado de las aventuras y desventuras en los intentos de colonización de la península de California léase Del Río, 1990.

to reforzar las identidades colectivas, los actos tendientes a recordar algún acontecimiento significativo para una comunidad tienen su asiento tanto en la memoria como en la historia. Según Pierre Nora, es un error hablar de “memoria histórica”, ya que ambos conceptos, memoria e historia,

Lejos de ser sinónimos, aparecen en fundamental oposición. La memoria es la vida que han llevado las sociedades y está en permanente evolución llevada por la dialéctica del recuerdo y el olvido, inconsciente de sus sucesivas deformaciones, vulnerable a la manipulación y a la apropiación, susceptible a estar adormecida durante largo tiempo y periódicamente revivida. La historia, por otro lado, es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de algo que ya no existe. La historia, a causa de que es una producción intelectual y secular, necesita de análisis y crítica; la memoria instala la remembranza dentro de lo sagrado, la historia, siempre prosaica, la libera nuevamente (Nora, 1989, pp. 8-9).

Siguiendo esa línea de pensamiento, podríamos afirmar que la investigación histórica sobre los orígenes de la actual capital de Baja California Sur establecen que la llegada de exploradores desde el siglo XVI y la fundación de la misión de Nuestra Señora de La Paz a principios del XVIII, no guardan relación causal con el establecimiento definitivo de pobladores que aumentaron rápidamente a partir de la tercera década del XIX en asentamientos relacionados con el desarrollo de la minería, la agricultura y el comercio (Trejo Barajas, 2001). Sin embargo, en algún momento de la segunda mitad del siglo XIX, la seductora imagen de Hernán Cortés había infundido en la cada vez más numerosa población paceña, la necesidad de establecer en la memoria colectiva el mito de la fundación de la ciudad desde 1535. La prueba de la importancia concedida a ese acontecimiento es el hecho

de que Adrián Valadés, en 1893, dedica un capítulo de sus *Temas históricos de la Baja California* a refutar la creencia generalizada de que el lugar del desembarco de Cortés, al que llamara “Bahía de la Santa Cruz” por haber llegado un tres de mayo, no era La Paz, sino un accidente del litoral cercano.

Los recuerdos del periodo colonial en la Antigua California

Si bien la administración española de las tierras de ultramar tuvo diversas y variadas formas de manifestarse, en el territorio que nos ocupa estuvo siempre atravesada por la precariedad y la marginación. Nos parece necesario recordar aquí que el término “península” significa casi una isla, y eso es lo que fue, –y en cierto sentido sigue siendo hoy para el gobierno federal– para las autoridades que trataban de imponer ahí la legislación colonial. Ha sido ya discutido por muchos historiadores en épocas recientes la etapa histórica en la que la península formaba parte de las llamadas “tierras del Septentrión”. Temas importantes para esas investigaciones han sido los acontecimientos que hicieron posible que poco a poco esa temible frontera entre los indios cultivadores y los incomprendidos cazadores-recolectores se convirtiera en tierra susceptible de ser alcanzada, aunque fuera por un tipo de colono-soldado con suficiente sangre fría para enfrentar a los belicosos indios bárbaros al mismo tiempo que se las arreglaba para buscar

minerales o criar ganado.¹⁴ Ahí la ocupación española constituyó un largo proceso muchas veces intermitente y con asentamientos frágiles.

A pesar de que la expansión hacia el norte hizo posible la creación de polos de desarrollo y caminos para llevar los productos explotados –casi siempre metales preciosos– a los centros de distribución, tuvo siempre que dejar grandes extensiones descuidadas. Las instituciones fundadas, aunque hicieron perdurar y fueron la base del poblamiento, raras veces tuvieron éxito en lo que era su labor fundamental, es decir, el cambio cultural de sus pobladores nativos. Podría decirse que la institución que generó cierta estabilidad en el norte colonial no fue la misión, sino la guerra, porque, tanto en forma de aplastamiento de las cíclicas rebeliones como en forma de guerra permanente a los indios insumisos del norte, la milicia y la confrontación fueron una constante.

Esa particular forma de pasado, el de la lucha constante contra los “indios bárbaros” y contra un medio hostil por su escasez de agua, hizo del habitante del norte un defensor de las instituciones que habían proporcionado la relativa estabilidad y las condiciones para fundar pueblos: las misiones. Aunque la relación entre misioneros y pobladores no careció de momentos y circunstancias de tirantez e incluso de conflicto, para los habitantes decimonónicos del sur de Baja California el pasado misional constituyó el pilar fundamental de su pasado. Esta situación resulta lógica si nos atenemos a la afirmación de Connerton: “Es muy difícil comenzar completamente desde cero. Existen muchas

14 Para abundar en ese interesante proceso existen muchos textos. Remitimos al lector al de Philip W. Powell, 1977, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, FCE, p. 19.

lealtades y hábitos que dificultan la sustitución de un modo de ser establecido por uno completamente nuevo”. Así, algunos de los poblados más importantes se consideraron herederos de la vida misional, a pesar de reconocerse también como mexicanos y haber probado en diversas ocasiones su fidelidad al gobierno central, porque “siempre basamos nuestras nuevas experiencias en un contexto *a priori* para asegurar que son inteligibles” (Connerton, 2006, p. 6).

Cuando los indígenas del sur peninsular desaparecieron, para los nuevos habitantes, que por contar con mejores condiciones para el desarrollo de la agricultura, fue el primero en ser ocupado por otra población distinta de la indígena, la desaparición de los antiguos catecúmenos de las misiones constituyó, además de una gran oportunidad para sustituirlos en los antiguos establecimientos misionales, el punto de partida de una nueva visión del pasado misional, en la que no sólo había que exaltar la gran epopeya de los religiosos en su lucha por triunfar sobre las dificultades del árido territorio, sino también debía de seguirse su ejemplo para dar paso al futuro prometedor de “honrados y aplicados pobladores” apoyados por un gobierno local, cuya responsabilidad era fomentar, como lo aseveraba un jefe político, “con toda eficacia la prosperidad de la población agrícola de esta península”.¹⁵

15 Decreto del jefe político Luis Castillo Negrete para la secularización de las misiones del sur peninsular, en Lassepas, 1995, p. 351.

Mexicanos “contra viento y marea”

Entre los acontecimientos que marcaron la identidad de los sudcalifornianos del siglo XIX y que ha tenido consecuencias importantes en el siglo XX y en la época actual, podemos contar las diversas ocasiones en las que la península estuvo en peligro de perderse como parte del territorio mexicano. Es bien sabido que los ímpetus expansionistas de los Estados Unidos alcanzaron su forma más agresiva durante la invasión que en 1846 llevaron a cabo a distintos puntos del territorio mexicano, y que uno de esos puntos fue la península de California. En la California continental la invasión fue fulminante y dejó al entonces gobernador Pio Pico y a su secretario José Matías Moreno en la necesidad de salir huyendo y entregar la plaza que al poco tiempo sería declarada estado de California, perteneciente a los Estados Unidos (Del Río y Altable, 2000, p. 111). En cuanto a la California peninsular, aunque estaba también en los planes anexionistas, y fue ocupada por fuerzas militares, entre sus habitantes se manifestó una notoria división que los hizo actuar en consecuencia: mientras que en La Paz el jefe político del territorio, el coronel Francisco Palacios Miranda, accedía a la petición del comandante Samuel F. Dupont, de declararse neutral y no oponer resistencia a la ocupación, en otros puntos hubo protestas y la decisión de resistirse ante la invasión. Declara Pablo L. Martínez (2001, p. 430):

La actitud del coronel Palacios Miranda y del vecindario de La Paz sembró el desconcierto en el resto de los pueblos peninsulares, pero esto no duró mucho, pues al poco tiempo el espíritu patriótico levantó en ellos la resolución de defender el suelo nativo, sin consideración al poder del enemigo y a

las tristes circunstancias a que los había reducido el proceder de Palacios Miranda.

El discurso sobre patriotismo nos conmina a reflexionar acerca de las actitudes variadas que produce una invasión como la estadounidense. Es interesante apuntar que esa actitud beligerante en contra de los invasores estuvo liderada por militares mexicanos, como el capitán Manuel Pineda y el teniente José Antonio Mijares, que habían servido en la Baja California y habían adquirido por ello un importante arraigo en estas tierras; así como por los misioneros de San Ignacio y Todos Santos, quienes tenían un comprensible interés en que sus establecimientos siguieran siendo mexicanos. El mismo texto de Martínez relata cómo los clérigos habían estado arengando a la población del centro peninsular para que defendieran su tierra frente a los invasores, y muy significativo resulta el nombre que adoptó el grupo de milicianos que se enfrentó a las tropas enemigas: “Guerrilla Guadalupeana de Comondú Defensores de la Patria” (Martínez, 2001, p. 438). Tal como lo explica Connerton, los habitantes de un territorio llegamos a conocernos unos a otros a través de historias compartidas, creyendo o descreyendo historias acerca de pasados e identidades. Al entender con éxito e identificarnos con lo que alguien está haciendo, establecemos un evento, episodio o comportamiento en el contexto de un conjunto de historias o narrativas. Así, identificamos una acción particular evocando cuando menos dos tipos de contexto para esa acción: situamos el comportamiento del sujeto con referencia a su rol particular en su historia de vida y también con referencia al lugar que ocupa en el grupo social al que pertenece. “La narrativa de una vida es parte de un conjunto interconectado de narrativas;

está incrustada en la historia de aquellos grupos a partir de los cuales los individuos adquieren su identidad” (Conner-ton, 2006, p. 21). De ese modo, al recopilar los hechos históricos que han sido reconocidos como antecedentes de la pertenencia peninsular al ámbito de la nación mexicana, era de suma importancia la construcción de actitudes heroicas como las de Pineda en Mulegé o Mijares en San José del Cabo para generar el necesario orgullo y fomentar el arraigo a la patria. Los misioneros, en cambio, por más patrióticas que fueran sus iniciativas, fueron descartados del cuadro de honor cuando se opusieron con fuerza a la secularización definitiva de las misiones.

Resulta fácil entender que las familias paceñas y josefinas que habían aceptado sin mayor protesta el establecimiento de las tropas estadounidenses, por temor a las represalias se vieron obligadas a abandonar la California que permaneció mexicana (Del Río y Altable, 2001, p. 115). Para los pobladores que se quedaron, habían de venir otros acontecimientos que pondrían en peligro sus posesiones, pues aun después de que muchos de esos pobladores tuvieron que defender con las armas su derecho a seguir siendo mexicanos, un decreto promulgado en 1857 por el gobierno central, en su afán de prevenir futuros quebrantos territoriales por parte de particulares apoyados por Estados Unidos, puso en peligro una vez más la propiedad de sus tierras al declarar nulas las ventas o enajenaciones de tierras que hubiera hecho cualquier autoridad a partir de 1821, a menos que se pagaran 300 pesos por cada sitio de ganado mayor (Lassepas, 1995, pp. 11-12). Al respecto nos dice David Piñera Ramírez en su prólogo al texto de Lassepas:

Cabe comentar que esa cantidad de 300 pesos por cada sitio de ganado mayor que tenían que pagar los poseedores de terrenos para que se les revalidaran sus títulos era sumamente elevada, pues en ese mismo tiempo el propio gobierno había regularizado terrenos de mayor calidad que los de Baja California, en Sonora, Chihuahua y Coahuila, a precios que variaban entre cincuenta, treinta y hasta siete pesos por sitio de tierra.

Los autonombrados “californios” se sintieron una vez más traicionados por las autoridades mexicanas, y así lo expresa con resentimiento el entonces gobernador del territorio, Manuel Amao, cuando afirma:

Quando nuestra legislación abre a la inmigración las puertas de la república brindándole terrenos, cuando el mismo gobierno que expidió el decreto de 10 de marzo ha concedido para la formación de una colonia extranjera cuarenta y cinco sitios que están deslindando en la municipalidad de Fronteras: ¿es creíble que los hijos de California, que cada vez que el caso se ha presentado han tomado las armas para defender la integridad nacional y rechazado por dos veces las expediciones filibusteras, sean considerados menos que los extraños y lanzados de los estériles terrenos que se les han dado en colonización, desde nuestra Independencia, porque el estado de su pobreza no les permite comprar el dominio directo de esos terrenos en el valor que se le ha fijado? No; el derecho natural, la ley de conservación, el decoro del supremo gobierno, el interés de la nación, las leyes todas se oponen a ello [...] (Lassepas, 1995, p. 14).

En la defensa que hace Amao de sus coterráneos es evidente el sentimiento de despojo e injusticia que el gobierno mexicano estaba cometiendo en su contra. Hace alusión además a las incursiones de filibusteros que con el

apoyo, si no del gobierno de Estados Unidos, cuando menos de empresarios poderosos de aquel país, habían puesto en peligro en dos ocasiones, entre 1853 y 1855, la estabilidad territorial.¹⁶ En los años que siguieron, de gran turbulencia y agitación en todo el territorio mexicano a causa de las diferentes formas que tomó la confrontación entre quienes defendían el proyecto conservador y los liberales, tuvo también en la península manifestaciones que llegaron al límite cuando, en 1858, un grupo de notables del sur decidió declararse en autonomía con respecto al gobierno nacional para proteger los intereses de comerciantes y propietarios que se veían amenazados ante las iniciativas conservadoras. De la vocación liberal de los notables sudcalifornianos nos habla la proclama que dirigieron a las autoridades mexicanas:

Nosotros declaramos que no queremos la guerra y dirigimos fervientes ruegos al Todopoderoso para que en nuestra querida patria reine la paz y se restablezca definitivamente un gobierno justo, filosófico y liberal y que no vuelva jamás a entronizarse en la República ese funesto sistema teocrático militar que ha puesto al borde del abismo a la infortunada Nación mexicana (Del Río y Altable, 2000, p. 127).

Tal como afirma María Eugenia Altable, la oposición tajante a los regímenes de corte militar, así como la firme inclinación hacia los principios que defendía Benito Juárez sobre libertad de culto y garantías individuales se explican claramente si se toma en cuenta que: “para ese entonces, ni la Iglesia ni el ejército tenían entre la población de la

16 Con respecto a las incursiones filibusteras en el territorio peninsular puede verse lo serio de esas amenazas y los apoyos que los filibusteros solicitaban a capitalistas de Nueva York en León-Portilla y Muriá, 2009, pp. 231-238.

Baja California una fuerte base de apoyo que saliera en su defensa” (Del Río y Altable, 2000, p. 127).

Si bien es verdad que el impulso que animaba la creación de un órgano autónomo de gobierno para la Baja California no era de carácter definitivo, ya que los componentes de la llamada “Asamblea Legislativa” que se constituyó para oponerse a las irregularidades de la Guerra de Reforma (Del Río y Altable, 2000, p. 125) estaban dispuestos a disolverla cuando las condiciones de la nación fueran más propicias, y así lo hicieron en 1860, hemos de reconocer que el carácter belicista y contestatario que adoptaron las luchas por el poder durante casi todo el siglo XIX no tuvo en el territorio peninsular una excepción. Todos los personajes que después han sido considerados próceres de la patria en estas latitudes estuvieron involucrados en levantamientos armados, asonadas y protestas beligerantes, algunas veces en contra y otras a favor de fuerzas externas al territorio. La actitud que tomaron en cada circunstancia dependió siempre de la defensa de intereses económicos que no siempre fueron unánimes para todos los habitantes del territorio. Por ello las diferencias políticas que en no pocas ocasiones llegaron a dirimirse mediante el uso de las armas derivaron también en conflictos internos.

No fue sino hasta la restauración de la República, después de la intervención francesa, que el gobierno central estuvo en condiciones de ejercer un mayor control sobre todas las entidades federales, así como de ofrecer condiciones más aceptables de estabilidad económica y seguridad social. La situación en Baja California no dejó de tener sus sobresaltos, originados por la inconformidad que provocaba el ser un territorio sin “un estatuto interno que delimitara los derechos y deberes de cada nivel administrativo” (Del

Río y Altable, 2000, p. 138). Esta situación, según Altable, provocó que el nivel central del gobierno fuera adquiriendo una mayor capacidad de maniobra, haciendo el papel de mediador en los conflictos internos y reforzando los sentimientos de lealtad y confianza de la población sudpeninsular hacia la figura presidencial. Fue posible entonces contar con alguna estabilidad relacionada con el pago puntual de los sueldos al personal de gobierno, así como el diseño e implementación de medidas de ordenamiento territorial, policial y educativo, entre otros. Por ello es comprensible que movimientos como el de Manuel Márquez de León, tendiente a derrocar al gobierno de Porfirio Díaz cuando fue claro que éste pensaba seguirse reeligiendo, no tuvieron éxito entre sus coterráneos, pues aunque Márquez era oriundo de la Baja California sus intereses tenían más correspondencia con los de sus compañeros militares de otras zonas de la república que con los de los sectores locales de la población que veían con buenos ojos la incentivación de las actividades comerciales y de la industria extractiva. Según se observa, la década comprendida entre los años 1867 y 1876 fue fundamental en la siembra de la semilla de un nacionalismo duradero que abarcó por primera vez a casi todo el territorio mexicano y que hizo posible sentar las bases de una sociedad más conciente de su pertenencia a una “nación moderna”.

La Paz porfiriana y las bases de una mexicanidad basada en recursos extranjeros

Un factor principal actuó como detonador de la reactivación económica y la conformación de poblaciones más consolidadas en el llamado Distrito Sur de la Baja California: tal fue el gran estímulo que se dio a la inversión de capitales extranjeros para realizar actividades extractivas en la región. Como es bien sabido, desde la administración juarista, pero con mayor impulso durante el largo periodo porfirista, la política exterior del gobierno federal se caracterizó por un estímulo decidido a la inversión de capitales extranjeros en empresas de carácter extractivo. Si bien estas actividades se habían emprendido ya desde la época misional, la diferencia que los capitales extranjeros le imprimieron fue una modernización de la tecnología minera a partir de mayores cantidades invertidas (Rivas Hernández, 2002, p. 291).

Con el nuevo auge de la minería llegó el tan esperado aumento en la población peninsular. Las oportunidades que se abrieron para los trabajos mineros, junto con las actividades económicas necesarias para apoyarlos permitieron que los pequeños poblados cobraran vida. Una de las regiones con mayor crecimiento fue la del entonces denominado Partido Centro, que incluía los municipios de Mulegé y Comondú, ambos de origen misional, pero que adquirieron nuevo impulso cuando quedaron bajo el área de influencia de la empresa El Boleo, de capital francés, que para explotar los yacimientos de cobre estableció su centro de operaciones en 1885 e hizo crecer de la nada el pueblo de Santa Rosalía. Así lo declaraba diez años después un jefe político:

El mineral de Santa Rosalía, centro de operaciones de la Negociación Francesa El Boleo, es en importancia la primera población del Partido Centro y quizá también del Territorio. El bienestar que relativamente disfruta la municipalidad de Mulegé se debe al referido mineral, gracias a él, pequeñas poblaciones, ayer casi ranchos o villorrios de pequeña significación, tienen hoy gran porvenir, y así se cuenta a San Ignacio, cerca de 700 habitantes, Santa Águeda con 200 y con 300 San José de Magdalena; cuando hace ocho años entre las tres no contaban 400.¹⁷

Por sí sola, la población de Santa Rosalía, con 4 597 habitantes para el año de 1895 en que se produjo el informe citado, tenía ya una población más numerosa que cualquiera de las municipalidades del territorio, exceptuando La Paz.

En el sur de la península también se había establecido, en 1878, una empresa de capital estadounidense, El Progreso, dedicada a explotar los yacimientos de metales preciosos en la zona de San Antonio y El Triunfo, y aunque en esa zona no se presentaron de inicio problemas para el reclutamiento de mano de obra, ya que en el sur existía gente con tradición minera de viejo cuño, en El Boleo sí hubo necesidad de llevar trabajadores de los estados de Sinaloa, Nayarit, Colima, Guerrero y Jalisco, además de obreros de China (Rivas Hernández, 2002, p. 297). Para los nuevos sudcalifornianos, como para los habitantes del resto del país, el gobierno porfirista trazó un plan para la construcción del México moderno en el que la escuela tuvo un papel central: “La nueva escuela que se propuso como ideal sustantivo la difusión de los amores a la patria, al orden, a la libertad y al

17 Informe del Jefe Político Rafael García Martínez a la Secretaría de Gobernación sobre su visita a las principales poblaciones del Partido Centro, en González Cruz, 2009, p. 69.

progreso” (González, 2000, p. 668). Fue en las instituciones gubernamentales y en las escuelas donde quedaron establecidas las bases de los rituales y ceremonias de conmemoración de las fechas importantes de la historia patria. Así lo ejemplifica el citado informe de Rafael García Martínez cuando da a conocer al secretario de gobernación:

Me es grato y satisfactorio consignar aquí que habiendo llegado el personal de este gobierno al mineral de Santa Rosalía el día 3 de febrero, se dispuso desde luego hacer el nombramiento de una Junta Patriótica que se ocupó inmediatamente de organizar lo relativo a la festividad nacional del 5 [de febrero, día de la Constitución], cuya celebración tuvo allí por primera vez solemne significativo (González Cruz, 2009, p. 73).

Es necesario recordar que, junto con el establecimiento de las bases cívicas que obraron la hazaña de generar en la Baja California mexicanos conocedores de los símbolos, rituales y cultos que desde el gobierno se diseñaban para reforzar el sentimiento de pertenencia a una nación, el territorio peninsular era el asiento de nuevos pobladores que ponían en práctica rituales celebratorios específicos para hacer notar aquello que los diferenciaba con respecto del pueblo. Así, mientras que el director de El Boleo informaba a las autoridades del Partido Centro que se estaba ampliando el local para la escuela que sería inaugurado “el 5 de mayo próximo o el 16 de septiembre, día de la fiesta nacional”,¹⁸ en Santa Rosalía se gestaba un tipo de celebración que no incluía a toda la población, cuando la Compañía daba “tres grandes

18 Informe del director de El Boleo, Pedro Escalle, al subprefecto político de Mulegé, transcrito por éste al jefe político del Distrito Sur de la Baja California, 31 de marzo de 1888, en González Cruz, 2009, p. 60.

bailes al año; el 31 de diciembre y el sábado de carnaval... y el 14 de julio [conmemoración de la Revolución Francesa] que era menos alegre. A estos bailes, aparte de los franceses, sólo podían asistir los empleados de confianza, los funcionarios del gobierno del lugar y los de Mulegé” (Romero, 1991, p. 159).

A partir del periodo porfirista el Distrito Sur de la Baja California fue consolidando su pertenencia identitaria a la República Mexicana, al mismo tiempo que los grupos con mayor poder económico estaban cada vez más ligados a los capitales extranjeros y sus intereses. Los muelles de La Paz, San José del Cabo, Ensenada de Muertos, Mulegé, Loreto y Santa Rosalía se unían en un cada vez más importante tráfico comercial y epistolar con los puertos mexicanos de Guaymas y Mazatlán, pero también con San Francisco, Los Ángeles y San Diego, entre otros muchos atracaderos de América y el mundo. Las familias pudientes mandaban a sus hijos a estudiar, vacacionar o a escoger su ajuar de bodas a la California estadounidense, mientras que sabios de todo el planeta se interesaban en conocer las peculiaridades de la naturaleza y la prehistoria de Sudcalifornia (Castorena, 2004, pp. 176-178).

Con un gobierno central fortalecido a partir del convencimiento y la cooptación de las élites regionales y locales, Porfirio Díaz gozaba en las postrimerías del siglo XIX de una popularidad rayana en la adoración. Entre los funcionarios y empresarios que cantaban sus hazañas se encontraban los empleados del Ayuntamiento de La Paz, quienes lanzaban a sus colegas de las demás municipalidades del Distrito Sur una invitación para postular al general para un nuevo periodo de gobierno:

Convencidos de que el gobernante que reúne estos dotes administrativos debe ser llamado a seguir rigiendo los destinos del país, y ajenos a toda pasión bastarda, los que suscribimos, en nombre de la civilización, del patriotismo y de la libertad, postulamos al invicto general Porfirio Díaz, campeón esforzado de la patria e infatigable luchador del progreso, para presidente de la República Mexicana, en el periodo constitucional de 1896-1900.¹⁹

En 1956 apareció el libro del profesor normalista Pablo Leocadio Martínez; reconocido como el primero que lograba con éxito conjuntar en un solo volumen información amplia y pormenorizada sobre el conjunto de los acontecimientos históricos que fueron considerados de importancia para trazar una imagen congruente del pasado sudcaliforniano. Tanto el autor como sus contemporáneos, que agotaron muy pronto la edición, estuvieron de acuerdo en que el texto representaba un parteaguas en la historiografía bajacaliforniana, pues, además de incluir la historia compendiada de toda la península, desde la época prehispánica hasta el tiempo en el que fue escrita, había utilizado para su elaboración numerosos documentos e imágenes que permitían a su autor ufanarse: “tiene el interés de una novela, pero es un trabajo estrictamente científico” (Martínez, 2003, pp. 7-8).

19 Invitación de los regidores del Ayuntamiento de La Paz a sus colegas de las demás municipalidades del Distrito Sur de la Baja California, La Paz, 15 de septiembre de 1895, en González Cruz, 2010, p. 45).

Ideología y decisiones electorales en Baja California Sur: una cuestión compleja

Rossana Almada

Introducción

El interés por analizar la ideología desde la perspectiva del pensamiento complejo surgió a partir del encuentro con un grupo de politólogos al que me uní en torno a una investigación que intentaba establecer los estándares de calidad de las elecciones en México. Para el trabajo a realizar, todos debíamos seguir una directriz metodológica para “medir” esta calidad en los diferentes estados de la República. A mí me parecía que dicha “calidad” no era tan medible como se decía, pues la base de los estudios consideraba sólo los resultados electorales en términos numéricos. Fue entonces cuando aparecieron mis dudas: no estaba segura de que el porcentaje de votos y el consecuente triunfo de un partido definiera la calidad de una elección; pueden presentarse propuestas bien pensadas, encaminadas a responder de manera más igualitaria a las necesidades de una sociedad que no logren el triunfo electoral, mientras que otras, destinadas a dar continuidad a un modelo por demás parcial

e injusto logran posicionarse en la preferencia de los electores a través de lo que se ha llamado en México “una guerra electoral sucia”.

Con esa duda-certeza decidí incursionar en el estudio de la formación de las ideologías. El acercamiento a este concepto me ha resultado por demás escabroso, pues los insumos con que se cocina son múltiples y resbaladizos, por tanto, me surgió una pregunta que sólo puede responderse articulando el pensamiento de diferentes autores anclados en distintas disciplinas, épocas y contextos, con el sentido común de los sudcalifornianos; y los procesos políticos con la cultura local: ¿por qué votamos como votamos en Sudcalifornia?

Con este cuestionamiento la primera estrategia metodológica fue acercarme a diversos autores con el fin de encontrar la clave que me permitiera desentrañar el misterio de la construcción de la ideología en el pensamiento humano, consideré que sólo intentando escuchar una polifonía entendería por qué pensamos como pensamos y podría comprender los procesos mentales que nos inducen a actuar de una manera o de otra frente al poder político.

Asimismo, recurrí a tres entrevistas, una con un político local retirado y dos con los cónsules de Estados Unidos ubicados en Tijuana, BC.

Realicé también un primer intento de acercamiento a los informantes por vía virtual a través de tres grupos de discusión en Facebook; este experimento resultó una excelente estrategia pues los involucrados tuvieron tiempo de reflexionar sus respuestas, además que me permitió evadir el problema de la ausencia cuando las personas por razones personales se ven obligadas a incumplir el compromiso de asistir a la cita de un grupo focal presencial. Tanto en los

cuatro grupos presenciales como en los tres virtuales participaron personas de diferentes géneros, edades, actividades económicas y religiosas, por tanto, considero que logré una pequeña pero significativa muestra representativa de esta sociedad.

El capítulo se divide en cinco apartados más una reflexión final. El inicial ofrece una suerte de primer encuentro con el concepto de ideología y menciona las posturas en debate a propósito del mismo. El segundo, hace un breve recorrido a través de las diferentes épocas en que dicho concepto ha vivido y cómo se ha construido a través del tiempo y de la reflexión de autores ubicados en diferentes momentos históricos. El tercero, presenta una nota etnográfica orientada a ubicar al lector en el contexto histórico que dio pie a la construcción de la ideología en Sudcalifornia, y el curso que ha seguido hasta nuestros días. El cuarto, presenta un recuento histórico del comportamiento político de los sudcalifornianos y de la formación de redes de lealtad y complicidad, que han servido de puente a las alternancias políticas locales. El quinto, se refiere de manera específica a los cambios de membrete de la clase política local y de sus seguidores, habla de los procesos subjetivo-ideológicos que permiten este vaivén en el electorado y aterriza la problemática en la reciente elección de 2015.

Un encuentro con el concepto de ideología

El concepto de ideología ha pasado por una serie de transformaciones desde su aparición en el primer tomo de la obra de M. Destutt de Tracy, *Elementos de la ideología*.

(Guariglia, 1993, pp. 17 y ss). Al igual que Lenk y otros estudiosos del concepto, Guariglia encuentra al menos dos maneras de entender el término; una anclada en la ciencia política que lo asume como: “[...] un conjunto ordenado de ideas y valores referente a la acción tanto individual como política compartida por un determinado grupo social”, y otro, referido a la epistemología que la concibe como: “[...] una concepción errónea de la realidad social”.

La primera definición nos remite a un sistema de ideas, en torno a las cuales un grupo de personas se cohesionan; con base en dicho sistema cristaliza una serie de sentimientos y creencias que incitan a la acción social. La segunda definición nos consigna a la idea de falsa conciencia discutida en la *Ideología Alemana* por Marx y Engels; para ellos, la ideología es la expresión sesgada de la realidad que presenta una concepción parcial y defectuosa de la vida social encubriendo intereses particulares.

Mi reflexión intenta dejar de ver el antagonismo de estas dos concepciones y entenderlas como complementarias. Es decir, pienso que efectivamente la ideología es un sistema de ideas que cohesionan a uno o a varios grupos sociales y que puede resultar parcial para unos e incuestionable para otros. Además, existen formas discursivas que se expresan, no sólo desde los partidos políticos, sino también en la praxis cotidiana dando pie a la creación de la falsa conciencia de la que hablaban Marx y Engels, es decir, quienes no somos lo que la neoliberalización promete, creemos que lo somos o tenemos la esperanza de llegar a serlo.

Los desacuerdos en torno del “deber ser” en términos del orden social, existirán siempre, pues todo parece indicar la imposibilidad de uniformar el pensamiento o unificar la cultura. Por esa razón algunos grupos hacen lo posible e

incluso lo imposible y lo prohibido por convencer a los demás de que su propuesta ideológica es la más conveniente para la mayoría. Peor aún, en términos políticos cuando los argumentos en favor de las propuestas propias escasean, se recurre a escarbar en la basura ajena, a fin de presentarse a sí mismo, mínimamente, como lo menos peor. Lo que sí parece ser una constante, es que a lo largo de la historia, la ideología se ha impuesto desde las cúpulas del poder.

Ideología y poder

En la Edad Media, el centro de los afanes y de los valores era la Iglesia, los sacerdotes determinaban desde el púlpito la conducta de la sociedad partiendo del pecado y la condena. En el renacimiento, Maquiavelo y después Hobbes, en la Ilustración, instauran el poder del Estado, con este último se consolida el absolutismo en el que la ideología giraba en torno del soberano. En el siglo XVIII Holvach y Helvetius consideran que la religión ya no constituía un poder espiritual integrador de la sociedad, sino que atentaba contra el bienestar y la felicidad de los ciudadanos. Estos pensadores tenían por objeto lograr la reconciliación entre interés individual e interés colectivo.

En el siglo XIX, con base en el pensamiento de Comte, la sociología de Durkheim pretende ser una ciencia social fundada en hechos. Su “cosismo” considera todos los contenidos representativos religiosos, morales y jurídico-políticos como hechos sociales, que son determinados en su raíz por la conciencia colectiva dominante en una sociedad determinada. Lo que una época sanciona como verdadero,

valioso y bueno es también aquello que resulta útil para la conservación y la subsistencia de la vida social. Por ello las formas de conciencia prevalecientes en cada caso son ideas e ideales necesarios, constitutivos de la existencia de las sociedades (Lenk, *Íbid*, pp. 29–34).

Para Marx el concepto de ideología debía entenderse a partir de tres raíces: la crítica a la filosofía del Estado de Hegel, la antropología de Feuerbach y la economía política clásica. La crítica de Marx a la ideología consiste en remitir analíticamente las formas económicas fetichizadas y las ideas en apariencia autónomas a su origen específicamente humano, o sea, social. Para este pensador, la mayoría de los individuos creen que su comportamiento y sus acciones son la expresión de sus propios intereses inmediatos, ello se debe a que en la sociedad capitalista el mecanismo de los procesos sociales presupone cierto grado de no conciencia y de ceguera en los sujetos actuantes. Esta crítica pasa de las objeciones hechas en el campo de la teoría a la crítica de la realidad social, cuya expresión y encubrimiento, a un mismo tiempo, son las ideologías (Marx y Engels, 1985, pp. 11–13).

Marx considera ideológico todo pensamiento incapaz de comprender la conexión inescindible de su propio movimiento con el movimiento de las fuerzas sociales. Teoría y praxis no constituyen esferas por esencia separadas, sino que la teoría se relaciona con el proceso global de la sociedad como la parte al todo. Las formas ideológicas de la conciencia son las relaciones materiales dominantes apresadas como pensamientos (*Ídem*).

En el siglo XX, Antonio Gramsci desarrolla el concepto de hegemonía, según el cual, el poder de las clases dominantes sobre las clases subordinadas no se basa solamente en el control de los aparatos represivos del Estado, sino

que se fundamenta en la *hegemonía cultural* que las clases dominantes logran ejercer en las sociedades a través del control del sistema educativo, de las instituciones religiosas y de los medios de comunicación. “Educan” a los dominados de manera que éstos vivan su sometimiento y la superioridad de las otras como algo natural y conveniente.

Göran Therborn (1980), por su parte, considera la ideología como una condición bajo la cual los seres humanos vivimos nuestras vidas como actores concientes en un mundo que comprendemos de diferente manera con base en los distintos aspectos que nos diferencian. Desde la perspectiva de Therborn la ideología influye de manera importante en la construcción de los seres humanos como sujetos, en la medida en que nos constriñe a un orden, al tiempo que nos hace capaces de cambiar ese orden. Otro aspecto interesante de la reflexión de Therborn, es su propuesta de entender la ideología como proceso social que interpela a los individuos dentro de un concierto cacofónico en el que las distintas ideologías compiten entre sí para atraer adherentes.

Por su parte, Manuel Castells basado en la neurociencia, pone luz en las formas de construcción, deconstrucción y reconstrucción de las ideologías a partir justamente de las sensaciones que dan lugar a emociones y sentimientos que se traducen en decisiones. Actualmente, es decir, en la era de la información y la globalización, cuando asistimos a la construcción de la sociedad red, los medios de comunicación y la internet se convierten en los artífices centrales del pensamiento ideológico.

Los seres humanos percibimos los sucesos a través del cuerpo; los sentidos nos conectan con la “realidad”; en ella

aparecen eventos que no concientizamos²⁰ y acontecimientos que nos producen emociones fundamentadas en experiencias previas. Las emociones son procesadas en el cerebro a través de redes neuronales, el resultado es un sentimiento al que se une el razonamiento; con la fusión de estos elementos nos pensamos en el mundo, construimos y/o nos apropiamos de una forma de ideología, tomamos decisiones y asumimos comportamientos (Castells 2010, pp. 191–211).

El asunto se complica porque, en este transcurso, las emociones juegan un doble papel: por un lado, activan las experiencias emocionales relacionadas con la decisión a tomar; por otro, impulsan a decidir de acuerdo con el sentir, es decir, el razonamiento mismo tiene una base emocional que puede actuar positiva o negativamente. A lo largo de este proceso la comunicación desempeña un papel fundamental en la activación de las redes neuronales correspondientes.

Una de las formas en que la comunicación influye en el comportamiento y en la toma de decisiones es a través de las neuronas espejo encargadas de activar los procesos de imitación y empatía que dan origen a la apropiación o al rechazo de los relatos de la televisión, el cine, la literatura; el uso de la misma estructura neuronal para la experiencia y la representación de la experiencia tiene consecuencias ideológico-políticas extraordinarias (Castells, *Ídem*).

Lo anterior me permite volver los ojos hacia el asunto social y político que me preocupa: entender por qué y cómo los sudcalifornianos aceptamos un orden socio-político-económico que, desde mi perspectiva, empobrece

20 Alguien que se cruza con nosotros en la calle y a quien ni siquiera vemos, los carros que circulan por la calle etcétera.

cada vez más a la mayoría en términos económicos y cognitivos. En este caso, me interesa particularmente la forma en que se construye y se configura la ideología; pero tomando en consideración una serie de aspectos que constituyen los hilos con los que ésta se teje y desteje en la espera de un milagro que cambie la vida. La pregunta en ese sentido es ¿por qué tejemos-destejemos-retejemos con hilos que dan una combinación diferente a la esperada? Es decir, ¿cómo y por qué decidimos el voto a favor de una propuesta que nos ha empobrecido cada vez más en todos aspectos?

La primera causa que puede ser considerada es el punto ciego en el que no vemos, pero que no sabemos que no vemos, de Heinz von Foerster. Si lo transpolamos de la configuración biológica del ojo humano a la visión política y económica de la sociedad, es posible considerar que no sabemos que no vemos las cosas que están pasando en el mundo, en nuestro país y en nuestras regiones; de tal suerte, damos por ciertos discursos parciales y, como desconocemos los puntos ciegos que nos aquejan, simpatizamos con propuestas cuyo objetivo real no nos beneficia.

El aprendizaje sistematizado al que accedemos en las escuelas es cada vez más pobre, a esto habría que sumarle el infoentretenimiento que nos acerca al conocimiento del mundo en que vivimos desde los medios de comunicación en sus diferentes formatos; pero éstos no son espejos de la realidad sino fracciones de diversas miradas que no necesariamente coinciden con la situación socioeconómica en la que viven las mayorías. Pero ¿por qué no vemos realmente lo que ocurre en nuestro entorno si vivimos en él?

No lo vemos porque el sistema socio-político-cultural-económico ha desarrollado una serie de estrategias a partir

de las cuales, la mayoría hemos empobrecido no sólo en términos económicos, sino también cognitivos.

Entre las argucias que encontramos vemos a los medios de comunicación, encargados de la construcción social del miedo, difundiendo permanentemente ideas acerca de una serie de peligros ante los cuales el problema de la injusticia social resulta tan menor ante las amenazas de muerte, que incluso lo olvidamos. En el nivel global se habla del riesgo mundial ante los fundamentalismos intolerantes y vemos al homo demens, ocupado en guerras aparentemente inútiles, pero que proporcionan ganancias económicas importantes en la fabricación y venta de armamento, además de la posibilidad de extender y/o mantener los liderazgos económico-políticos actuales. En el nivel nacional, el gran enemigo es el crimen organizado; una serie de grupos criminales entre los que generalmente no se considera a los funcionarios públicos de altos vuelos. En el nivel local, hasta hace cinco años, Baja California Sur daba la impresión de ser uno de los estados más tranquilos del país, es decir, mientras en el resto de México, los cárteles de la droga y el ejército estaban en guerra permanente, nuestra entidad continuaba con su vida pacífica: se podía estar con las puertas de la casa abiertas durante el día, sólo había algunos delitos menores y de vez en cuando uno mayor, que normalmente se achacaba a la gente llegada del interior del país. Pero en algún momento se empezó a hablar de asesinatos, en su mayoría, ligados a la venta de drogas; entonces empezamos a cerrar las puertas y evitamos salir de noche. Mientras los ciudadanos comunes estamos preocupados y atemorizados por dichos eventos, ocurren otras cosas en la entidad, como los permisos para la explotación de minas a cielo abierto y el importante crecimiento de la migración nacional y extranjera, frente

a la que se nos insta a ser tolerantes e incluso a sentirnos contentos, porque en algún momento habrá más y mejores empleos para los sudcalifornianos.

Una vieja etnografía

A finales de la década de los setenta, cuando tuve la dicha de migrar a Baja California Sur, me encontré con un paisaje rural-urbano: calles sin pavimentar, muchísimas casas construidas con materiales propios de la región y techadas con palma o con lámina. Las tardes estaban pobladas de pelotas y risas de niños y niñas que jugaban en la calle con poca ropa. Las diferencias sociales eran casi imperceptibles, pues no había aún una diferenciación social por barrios en los niveles actuales, sólo se distinguía el Fraccionamiento Perla donde vivía la clase pudiente: profesores, funcionarios públicos y algunos comerciantes; en el Paseo Álvaro Obregón, popularmente conocido como “el malecón” vivían los descendientes de las viejas familias paceñas. Los barrios El Esterito y El Manglito, los más antiguos de la ciudad, albergaban familias extensas de comerciantes, empleados de gobierno y pescadores.

Desde la visión de una persona recién llegada del Distrito Federal, como era mi caso, el fraccionamiento Perla no parecía más que cualquier colonia “clasemediera” de la ciudad de México. El malecón, en cambio, resultaba muy atractivo por la impresionante belleza del paisaje; finalmente, los dos barrios mencionados, se veían diferentes de lo conocido; ante mis ojos reflejaban las construcciones propias de la región. Hacia el centro y las orillas de la ciudad vivía la

gente que había ido llegando de diferentes pueblos cercanos y algunos migrantes nacionales que como yo, vinieron en busca de un lugar tranquilo y prometedor para la vida, pero cabe mencionar que Baja California Sur también ha sido refugio para personas que huyen de sus lugares de origen por razones que van desde la delincuencia y la persecución política, hasta los fracasos familiares o amorosos.

Apenas amanecía se abrían las puertas de las casas y así permanecían durante todo el día; en tiempo de calor era bastante común ver a la gente durmiendo en los porches o en los techos de sus casas sin ningún temor de que alguien los atacara. En contraparte, en mi calidad de fuereña he tenido que lidiar con el regionalismo, que ha constituido, quizá, uno de los principales insumos en la construcción de la cohesión social. Para ser aceptada por la sociedad sudcaliforniana tuvieron que pasar varios años de aceptar la “carrilla”, una especie de burla permanente que los sudcalifornianos suelen usar como una forma de control social, que al mismo tiempo cumple el rol de rito de pasaje para ser aceptado como parte de esta sociedad, aunque siempre al margen. El proceso de regionalización de la sociedad local está ligado, sin duda, al aislamiento-dependencia que Baja California Sur ha tenido con el centro del país. Una relación a la vez contradictoria y complementaria.²¹

El comercio era local, había un Centro Comercial Californiano de la familia Ruffo, un Supermercado Arámbaro, dos mercados municipales y uno que otro minisúper en las colonias, además de las tienditas familiares que le fiaban a todos los del barrio (Sergé Almada, 2015).

21 Me parece que es una relación contradictoria y complementaria, porque en este caso el aislamiento ha producido la dependencia.

Los productos alimenticios eran poco variados, la dieta se basaba principalmente en el consumo de arroz, frijol, café queso “duro” y/o fresco, machaca y tortillas de harina. En el caso de la verdura, por ejemplo, sólo se encontraba tomate, cebolla, papas y chile “california” tanto en el mercado como en los dos supermercados. No había carniceros que supieran cortar bien, por tanto la carne, aunque fuera de buena calidad, era de difícil procesamiento y el pollo sólo se encontraba entero. En contraparte llegaban productos importados de excelente calidad gracias a la vigencia de la zona libre, principalmente ropa y electrónica que hicieron de La Paz un paraíso para los *fayuqueros* del interior del país durante muchos años.

Aunque la sociedad sudcaliforniana tenía entonces algunos rasgos conservadores como todas las sociedades mexicanas, las fallas morales ligadas a la sexualidad eran medianamente aceptadas. El uso de un lenguaje prohibido en otras regiones del país, era lo normal en estas tierras, incluso los niños se “mentaban la madre” y eran enseñados a hacerlo desde muy pequeños.

Las economías domésticas se sostenían principalmente del gobierno y del comercio, debido a la ausencia de industrias; esto justifica la ausencia de una clase obrera. Asimismo, la estructura agrícola estaba basada en la pequeña propiedad más que en el ejido, por tanto, no había, ni hay un campesinado fuerte, comparable con el de otras regiones del país. La diferencia entre obrero y empleado o entre campesino y agricultor fundamenta en gran medida la discrepancia ideológica entre “derecha” e “izquierda”; no es de extrañar entonces que la sociedad sudcaliforniana sufrague a favor de comerciantes y empresarios locales.

Durante los casi cuarenta años que han pasado desde mi llegada a estas tierras, la sociedad sudcaliforniana se ha transformado considerablemente; aquel lenguaje florido y chusco es cosa de los jóvenes y, por tanto, poco aceptada en niños y adultos, lo mismo que las formas de uso del tiempo dedicado al ocio. Sugiero que la sociedad sudcaliforniana ha vivido a lo largo de estos años una serie de procesos tendientes a la derechización ideológica, la neolibaeralización de la economía y la juvenilización de la sociedad en términos de acceso al trabajo y a la diversión.

Sin embargo, el tema que me ocupa en esta ocasión es la ideología, por tanto, vuelvo a la pregunta inicial: ¿por qué votamos como votamos? Leyendo a Morlino (2009), a Nohlen (2012), y a otros teóricos y compañeros que se ocupan de lo que se ha dado en llamar la calidad de la democracia, coinciden en que uno de los elementos para hablar de calidad de las elecciones es la alternancia en el poder, entendida como el cambio de membrete; de hecho, cuando tuve la oportunidad de “medir” dicha calidad para el caso sudcaliforniano, el resultado fue que en Sudcalifornia tenemos una democracia de calidad medianamente aceptable, debido a que en 1999 tuvo lugar la primera de dos alternancias partidistas para el caso de la gubernatura,²² el pueblo sudcaliforniano sufragó a favor del PRD después de una amplia tradición priísta que superaba en número de votos a la media nacional. Sin embargo, ni en el caso de esa alternancia, ni en el de la que vino después, ha existido una propuesta capaz de generar un cambio social significativo, el modelo que se oferta y por el que se vota es el mismo,

22 Aclaro que es en el nivel de la gubernatura porque en el caso del Ayuntamiento de La Paz el PAN obtuvo la alcaldía en 1993.

siempre hemos elegido a los gobernantes que den continuidad a la participación de Baja California Sur en el proyecto vigente de nación. La apuesta del electorado entonces, está en la esperanza de que la neoliberalización finalmente materialice las promesas de campaña.

El antecedente político

Baja California Sur obtuvo la categoría de estado en 1974, igual que Quintana Roo. Esto significa que los sudcalifornianos no elegían a sus gobernantes, éstos eran designados desde la presidencia de la República. Después de años de movimientos político–sociales, en los que no profundizaré aquí,²³ cuando Luis Echeverría llegó al poder en 1970, decide producir las condiciones poblacionales necesarias para que los dos territorios se convirtieran en estados. Una de las estrategias fue la construcción de dos polos turísticos capaces de atraer población nacional y extranjera: Cancún en Quintana Roo y Cabo San Lucas en Baja California Sur.

Originalmente, los grupos regionalistas que lucharon porque la administración local quedara en manos sudcalifornianas construyeron la versión local del PRI, formada por miembros de las familias connotadas de la entidad, por lo que el tricolor lograba en BCS votaciones por arriba de la media nacional tanto en comicios locales como nacionales. En ese contexto y dada la añeja dependencia política del centro, a la que se sumó la presencia de los medios de comu-

²³ No profundizaré porque ya ha corrido mucha tinta en el abordaje del tema, incluso yo misma lo reseñé ampliamente en mi tesis de licenciatura, titulada *Los partidos políticos de izquierda en Baja California Sur* (1992).

nicación nacional e internacional propios de la era digital, el estrechamiento de las relaciones entre la clase política local y la nacional no se relajó en ningún momento, por tanto, la crisis política federal se reflejó en los procesos locales. Pero los grupos herederos de aquellos que formaron al PRI estatal no perderían posiciones frente al caos político nacional, todo fue tan simple como moverse de un membrete a otro en medio del zarandeo político, pero manteniendo el poder local en manos de la descendencia de la vieja clase política.

En efecto, aparentemente en términos ideológicos empezamos a dar tumbos de un lado a otro porque algunos miembros de los grupos políticos locales y con ellos una parte importante del electorado optaron por el Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1999 para después dar un giro total hacia la derecha otorgándole el voto a un candidato que abandonó y enfrentó al PRD desprendido del PRI local²⁴ para alcanzar la gubernatura desde la trinchera del Partido Acción Nacional (PAN) en 2011.

...no es lo mismo, pero es igual

Como dije, los actores políticos locales cubren todos los resquicios, por tanto mantienen buenas relaciones con el presidente en turno y tienen capacidad de gestión con el gobierno federal. De esa manera se logra cubrir

²⁴ Desde luego que el PRD en el nivel nacional se ha nutrido con priístas que decidieron abandonar al tricolor por las razones que sean; pero el origen de dicho partido no es sólo el PRI, sino las organizaciones de izquierda que avalaron la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988. En el caso Sudcaliforniano, ese PRD nacido de una izquierda valiente, pero débil, quedó totalmente en manos de expriístas que se han movido de membrete con el vaivén de los tiempos políticos.

diversas trincheras al momento de negociar beneficios locales y grupales. El costo que se paga por esto es que los grandes partidos logran mantener sus acuerdos, uno de ellos es que el PAN mantiene para sí el control político de casi todo el mar de Cortés²⁵ y, en gran medida, el control económico en la instalación de la Escalera Náutica, un proyecto turístico que aunque no ha progresado con la rapidez deseada por los gobiernos panistas, en 2014 consiguió la inversión de ICONSA, Corporativo que en acuerdo con FONATUR, se propuso cumplir ese anhelo (<http://www.iconsa.biz/proyectos.html>).

Aunque BCS aparentemente no es de los estados más importantes para la federación en términos políticos, ni para el PIB nacional, el interés del blanquiazul radica, entre otras cosas, en su potencial turístico y en la atracción que ejerce sobre migrantes plácidos; de hecho la población extranjera, principalmente estadounidense, va en aumento esto le permite a ese partido mantener relaciones cordiales con el vecino del norte que suele tener un gran peso en la política nacional.

De acuerdo con datos del INEGI, en 2010 BCS tenía 637,076 habitantes, de los cuales 6,438 son extranjeros, prácticamente el 1%, pero el mencionado Instituto no nos dice cuántos de ellos provienen de Estados Unidos. Sin embargo, el Sr. Jason Vorderstrasse, Cónsul de EU, afirmó en entrevista (22/05/2015), que los estadounidenses vecindados en nuestra entidad son ya el 10% de la población.

Muchos de estos migrantes han instalado negocios encaminados a la atracción turística como la pesca deportiva

25 Casi todo porque en la elección de 2015 el PAN perdió la gubernatura de Sonora frente al PRI.

y el *kiteboarding*, además de cafeterías pueblerinas cuyas instalaciones tienen como objetivo atraer a los viajeros.





Incluso algunos de ellos se han nacionalizado mexicanos o detentan las dos nacionalidades además de tener hijos registrados en Baja California Sur que ya están en edad de votar o lo estarán dentro de poco tiempo y la mayoría simpatiza con el proceso de neoliberalización instrumentado y/o avalado por la clase política sudcaliforniana. En ese sentido, no es de extrañar que el consulado norteamericano se mantenga preocupado y ocupado del rumbo de las elecciones en este estado.

Aunado a lo anterior, la media península ha adquirido cada vez más relevancia como receptora de migrantes nacionales provenientes del centro del país que han ido consolidando en Sudcalifornia una profunda filiación religiosa tanto católica como cristiana²⁶ a la que se suman los testigos de Jehová con una buena aceptación en nuestro estado; cabe

26 Bajo este término intento englobar a la Iglesia Adventista, a la Evangelista y otros grupos que con ese membrete hacen trabajo de proselitismo para ganar adeptos.

mencionar que la mayoría de estas iglesias, aunque llegadas del interior del país, son de origen estadounidense y ven con buenos ojos el proceso de neoliberalización, por tanto abren caminos hacia una forma de “neoconservadurismo”.

Más aún, los medios de infoentretenimiento que se han ampliado considerablemente desde la década de los noventa de la pasada centuria, mantienen un permanente bombardeo en contra de cualquier manifestación política que atente contra el *establishment* y presentan modelos de vida en los que la familia nuclear, heterosexual y apegada a algunos preceptos religiosos²⁷ es ofrecida como el ideal de vida y, dado que la mayoría de los hogares tienen acceso a la programación de esos medios, para muchos la propuesta que presentan se ha convertido en la forma correcta de vivir, independientemente de que logren adoptarla o no; pero lo que sí se consigue es un discurso destinado al control social que permanentemente apela a formas de conducta conservadoras, aunque adaptadas a nuestro tiempo-espacio. Desde luego, la sociedad sudcaliforniana no es pasiva ante los embates de un mundo globalizado, los afectos son recíprocos; los migrantes afectan a la sociedad sudcaliforniana y ésta a aquellos; se trata de un proceso de recursividad en términos morinianos. La ola migratoria a la que hemos sumado los medios de comunicación masiva y de autocomunicación de masas, son elementos que se incorporaron en nuestra sociedad y al hacerlo producen un caos aparente, pero dicho caos se reorganiza con los aportes de todos los elementos involucrados, incluidos desde luego los que estaban originalmente en el sistema social sudcalifornia-

²⁷ Véase, por ejemplo la programación de los canales de televisión abierta en los que desde los programas de revista, hasta los noticieros, pasando por el cine que ofrecen, las telenovelas y los *talk shows*, mantienen un discurso conservador y religioso.

no; además, esta incorporación-caos-reorganización es un proceso permanente en todas las sociedades, no sólo en la sudcaliforniana; lo que tiene de particular este caso, es que da la impresión de ser algo que llegó como de golpe, como en forma inesperada y con gran fuerza, por eso la transformación es tan notoria. La amalgama que se da entre el discurso regionalista y la arenga conservadora importada del centro del país, de algunos grupos de extranjeros, de las iglesias mencionadas y de los medios de infoentretenimiento, pueden determinar las decisiones políticas, pues éstas son, sin duda, representaciones de la subjetividad y de la ideología que se construyen a partir de las emociones y las creencias.

Coincido con Eleazar Gámez, quien en entrevista (23/06/15) afirma no sólo la necesidad, sino el peso específico de la estructura partidista para definir el rumbo de las elecciones, sin embargo, sugiero que en el caso de Sudcalifornia hay varios elementos que se conjuntaron para definir la simpatía por el PAN.²⁸ El neoconservadurismo mencionado líneas arriba ha servido como caldo de cultivo para la aceptación de ese partido, a lo que se sumó la postulación de candidatos que gozan de una excelente reputación social basada en sus propias trayectorias, pero también en el prestigio de sus familias, aquellas viejas familias sudcalifornianas de las que hablamos líneas arriba.

El candidato del PRI para la gubernatura en 2015, Ricardo Barroso Agramont, es nieto por vía materna de Don Felix Agramont Cota, último jefe de gobierno del territorio de Baja California Sur y primer gobernador del estado libre

28 Me referiré específicamente al proceso electoral de 2015 porque en otro lugar comenté la elección de 2011 y otras. Ver Beltrán y Almada (2011) y Almada (2014).

y soberano (1970–1975) y Carlos Mendoza Davis, es hijo de Don Ángel César Mendoza Arámburo, primer gobernador constitucional del estado y, a decir de muchos, el mejor que hemos tenido.

Tanto Barroso Agramont como Mendoza Davis, nacieron y crecieron dentro de la política estatal y obtuvieron la crianza política al amparo del Partido Revolucionario Institucional, pero sucede que las diferencias entre ambos partidos se fueron difuminando a través de los vaivenes de las ideologías en los niveles global y nacional, a un grado tal que actualmente no parece haber mayores diferencias ideológicas entre ellos, incluso hay autores como Lorenzo Meyer (2010) y otros que hacen referencia a la serie de acuerdos que se dan entre estos institutos políticos para dirigir las elecciones hacia el rumbo que mejor les convenga a ambos, valiéndose entre otras cosas, de la publicidad a través de los medios de comunicación y de autocomunicación de masas.

Es de notarse que de los nueve estados que eligieron gobernador este año, sólo en dos ganó el PAN (Baja California Sur y Querétaro), incluso perdió Sonora, sin embargo, en Baja California Sur, donde el PAN fue un partido enano durante los últimos veinticinco años del siglo XX²⁹ y apenas pintaba en la primera década del XXI, se lleva la gubernatura, los cinco ayuntamientos y prácticamente todo el Congreso local, una votación de “carro completo” a la vieja usanza priísta, pero a favor del blanquiazul local, es decir, una organización que emerge en el escenario político con actores que saben hacer política y tienen relaciones

²⁹ Recordar que es hasta 1975 cuando los sudcalifornianos pudieron elegir a sus gobernantes, de tal suerte que antes de esa fecha el PAN era prácticamente nulo en BCS.

internas y externas porque saben hacer política y saben hacerla porque aprendieron en el PRI.

De acuerdo con los datos recabados en los grupos focales y las entrevistas realizadas para esta investigación, ante los ojos de los sudcalifornianos se conjuntaron una serie de elementos al momento de decidir el voto:

- Durante el período de gobierno 2011–2015 que concluye en este año, experimentamos la gestión de los tres principales partidos, pues el PRI gobernó dos de los cinco municipios: La Paz y Loreto; el PRD presidió también dos Ayuntamientos: Mulegé y Los Cabos y el PAN obtuvo la gubernatura del estado y la alcaldía de Comondú.
- El PAN tuvo el tino de proponer en aquel 2011 a Marcos Covarrubias Villaseñor, un candidato carismático y reconocido social y políticamente, que desertó de las filas del PRD porque las condiciones de la candidatura en aquel momento no eran las que él esperaba; incluso se rumoró que el PRI le ofrecería la posibilidad de contender bajo sus siglas, pero finalmente optó por el PAN e hizo un buen papel como gobernador.
- Los alcaldes priístas dejaron mucho que desear en sus administraciones sobre todo en el caso de La Paz, con Esthela Ponce Beltrán a la cabeza; como en todas las administraciones se habló de desvío de fondos y se le recriminó por la inusual ola de violencia que ha azotado a La Paz en los últimos tiempos, pero sobre todo la recurrente retención del salario a los trabajadores del H. Ayuntamiento.
- Ricardo Barroso Agramont, en su calidad de Senador de la república votó a favor de que el Impuesto al Valor Agregado (IVA) subiera del 11 al 16% en BCS, este hecho es el argumento de la mayoría

de los informantes para negarle el voto en 2015. Sin embargo, él ya había contendido por el cargo en 2011 contra Marcos Covarrubias, en dicha elección obtuvo una votación del 33.52% y aunque en 2015 superó ligeramente esa votación (35.06%), Mendoza Davis lo superó con un poco más de diez puntos porcentuales.

Un aspecto paradójico a considerar es la crisis que vive el PAN en el nivel nacional, en palabras de uno de sus militantes en Jalisco, dicho partido se está desmoronando a causa de una encarnizada división interna provocada por los errores de los 12 años en Los Pinos, que para muchos se convirtió en la “docena trágica”, tan fuerte fue la decepción del electorado, que prefirió volver sobre sus pasos y reinstalar al PRI en el gobierno federal; en ese sentido, Baja California Sur no fue excepción, al contrario, en nuestra entidad la votación a favor de Peña Nieto fue 25 puntos porcentuales mayor que la recibida por Roberto Madrazo en 2006; sin embargo, en la elección local de 2015, sorprendentemente para algunos, el PAN se lleva “carro completo” en Sudcalifornia, ¿por qué sucedió esto?

Como dije anteriormente, esto responde a la conjunción de diversos elementos, en primera instancia sugiero que vuelve a ser un voto de castigo para el PRI, debido a los errores locales de ese partido y a los deslices político-económicos del gobierno federal que han desembocado en un aumento considerable de nuevos pobres en todo el país.

En Sudcalifornia el PAN apenas emerge como posibilidad de gobierno, se trata de un partido que empezó a cobrar fuerza en esta entidad a partir de 2011, prueba de ello es que entre 2008 y 2011, el blanquiazul aumentó sus votos entre

22 y 25 puntos porcentuales en BCS, mientras que la caída del PRD fue inversamente proporcional al despunte del PAN. Este dato resulta importante, porque la metamorfosis de amarillo a azul resultó tan violenta como la de tricolor a amarillo en 1999; sugiero que esto responde al movimiento de las redes de relaciones existentes entre la clase política sudcaliforniana, es decir, una parte importante de los antiguos grupos que formaban al PRI y que se alternaban para gobernar la entidad, abandonó las filas del tricolor porque empezó a ocurrir que algunos iban quedando atrás en la espera de posiciones y parecía que nunca tendrían la posibilidad de acceder a un cargo mayor, tal fue el caso de Leonel Cota Montaño en 1999.

Pero la situación de Marcos Covarrubias Villaseñor en 2011 fue diferente, él ya tenía la candidatura del PRD en la mano cuando renunció a ese partido y, al parecer, “se negoció” la plaza con el gobierno federal en turno y con los poderes fácticos que siempre están involucrados en los procesos electorales. Como dije líneas arriba, nuestra sociedad está en un proceso de neconservadurización³⁰ y el voto al PAN lo comprueba; los sudcalifornianos nos vamos volviendo más religiosos, más cuidadosos del lenguaje y al mismo tiempo más posmodernos, más defensores de

30 Con este término quiero referirme a una suerte de paradoja moral-cultural; nuestra sociedad está formada por grupos que están en permanente construcción de discursos profundamente conservadores y al mismo tiempo transformadores. Se habla de rescatar los valores familiares, la fidelidad en la pareja, la honestidad y el rechazo a los vicios, pero al mismo tiempo se aboga por los derechos de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, siempre que ese derecho no involucre a más de una pareja en su vida, al menos no de manera simultánea; se habla del respeto hacia el colectivo LGBT, mientras no se involucre la adopción de niños. Discriminan a las personas pasadas de peso, al tiempo que se defiende la tolerancia y se convierte a los animales en sujetos de derecho. No intento con esto, criticar o cuestionar dichas posturas, sólo pretendo explicar el contenido que le doy al término “neconservadurización”.

todo lo que involucra el modelo económico neoliberal, pero mantenemos una tendencia a la lealtad con las viejas familias sudcalifornianas. Sugiero que se trata de una suerte de amalgama subjetiva-cultural entre las creencias y valores de la sociedad regional, a la que se han sumado los aportes de la migración nacional y extranjera, y los medios de comunicación de masas y de autocomunicación de masas.

Al electorado no le resultó relevante la crisis nacional del PAN porque su candidato local es conocido, respetado y admirado por muchos; se apellida Mendoza Davis, lo que significa que es miembro de familias ampliamente reconocidas en el nivel estatal. Parafraseando a mi desaparecido maestro José Lameiras, el PAN que recién se cocina en Baja California Sur pinta para ser “pan de huevo”, esperemos que la masa no se vuelva engrudo.

Conclusiones

La ideología sudcaliforniana ha sufrido una serie de aparentes reacomodos a lo largo de los casi cuarenta años que comenté líneas arriba, sin duda, desde la perspectiva de muchos politólogos la alternancia partidista significa un avance importante de la democracia, yo sugiero que no en todos los casos es así; en algunos, como el de la sociedad sudcaliforniana, existe una oligarquía local surgida a mediados del siglo XX con la construcción del PRI local que mantiene el poder por generaciones; este grupo hizo escuela política para sus hijos y nietos en reuniones familiares, en conversaciones de sobremesa y en los relatos de hazañas políticas. Su descendencia ha crecido con un ideal de Sudca-

lifornia y ha accedido a un tipo de educación formal a través de la cual se logran relaciones y posiciones para formar parte del concierto político nacional y local.

Como mencioné en el marco teórico de este capítulo, coincido con politólogos y filósofos en los contenidos con que dotan al concepto de ideología y sugiero que ambas posturas son complementarias; en Baja California sur, la ideología, es decir, el conjunto de ideas acerca de la mejor forma de organización político-económica-sociocultural para los sudcalifornianos, fue construida por la clase política que luchó para lograr un gobernador nativo y/o arraigado en estas tierras, que además fuera elegido por los sudcalifornianos, pero este grupo se formó a partir de acuerdos económicos y políticos con los gobiernos territoriales, se trata de quienes en su momento formaban a la clase pudiente del entonces territorio.

A lo largo de los años su descendencia ha ido adaptando esas mismas ideas al vaivén de los tiempos y a las formas en que la sociedad se ha desconfigurado y vuelto a reconfigurar, es decir, la ideología sudcaliforniana ha vivido un proceso de recursividad a partir del cual ha incorporado insumos conservadores y neoliberales sin entrar realmente en conflicto, porque entre los grupos que la forman no existe una clase obrera ni una clase campesina que haga contrapeso al modelo neoliberal.

Efectivamente, las acciones individuales y políticas de quienes compartimos este territorio, responden a un conjunto de ideas y valores que nos son repetidas y remachadas una y otra vez por la clase política local a través de la radio y la televisión locales, por los migrantes nacionales y extranjeros, pero sobre todo por los medios de comunicación de masas y de autocomunicación de masas, esos discursos

van construyendo una suerte de atractores sociales a los que nos adherimos sin cuestionar demasiado. Pero propongo también que el conjunto de ideas y valores que en su devenir van dando forma a la ideología, marcan la pauta para el surgimiento de una falsa conciencia a partir de la cual creemos que somos, fuimos o seremos el tipo de sujeto propuesto por el modelo vigente, al menos en algún sentido. Por ello, considero que las dos reflexiones mencionadas³¹ lejos de ser antagónicas, son complementarias.

Los votantes sudcalifornianos somos actualmente muchos más de aquellos que conocieron a don Ángel César Mendoza Arámburo; yo misma lo vi personalmente una sola vez en mi vida, pero en la medida en que vamos involucrándonos con la sociedad local, relacionándonos con sudcalifornianos y fuereños, vamos afectándonos unos a otros, nos enteramos de quiénes han sido los personajes importantes de estas tierras, se habla de ellos en las escuelas, en la radio, en la televisión; con ese encuadre las neuronas espejo se encargan de la empatía y los medios de comunicación de las repeticiones continuas. El eslogan permanente durante las campañas fue “si estoy bien, no cambio” y como dije, el gobernador saliente hizo lo mejor que pudo durante su gestión. El resultado es el carro completo para Acción Nacional, con Carlos Mendoza Davis encabezando el poder Ejecutivo estatal.

El gobernador electo de Baja California Sur se afilió al PAN el 17 de junio de 2011; dado su origen familiar al que

31 Existen, desde luego, otras reflexiones sobre el concepto de ideología; podemos pensar por ejemplo, en Slavoj Žižek, en Frederic Jameson y otros, pero para efectos de este capítulo consideraré pertinente contrastar las dos que mencioné en el marco teórico, justo porque discrepo con quienes las consideran antagónicas, insisto en que a mi parecer son complementarias.

se suma el talento y la visión personales, buscó y obtuvo las oportunidades académicas necesarias para posicionarse políticamente.

Haciendo un recuento de la clase política en el nivel nacional, Lorenzo Meyer (2013) llega a la conclusión de que son los egresados de instituciones privadas de alto prestigio quienes logran escalar con mayor facilidad en el ámbito político, tal es el caso de Mendoza Davis, licenciado en Derecho por la UNAM, con una maestría en la Universidad Cornell en Ithaca, Nueva York y con estudios en la London School of Economics and Political Science, en Londres Inglaterra. Estos títulos, más los cargos que tuvo en el IMSS gracias a su relación con Molinar Horcacas; en la Secretaría de Hacienda trabajando muy de cerca con Agustín Casterns; su apoyo durante la campaña de Marcos Covarrubias; su desempeño como secretario de Gobierno en BCS y como senador de la República, a lo que se suma su discurso de rechazo a la instalación de las compañías mineras en el estado, le valieron para llegar al cargo que ocupará a partir de este año, pues sin duda se trata de un hombre respetado y admirado por los sudcalifornianos.

El resultado electoral de 2015 en Baja California Sur, se debe a la articulación que se da entre una estructura partidista fuerte, con capacidad de inversión económica que ideológicamente está anclada en el proceso de neoliberalización del que no escapa Sudcalifornia y la capacidad de esa estructura para atraer personalidades locales que gozan de reconocimiento social, como es el caso de los gobernadores saliente y entrante. A lo anterior, se suma la propaganda política presente en los medios de comunicación de masas y en los de autocomunicación de masas. Dicha amalgama da como resultado, en este momento una elección de carro

completo a la vieja usanza priísta, pero a favor de Acción Nacional.

El voto para Carlos Mendoza, no es un voto a ciegas, sino convencido de que se trata de un hombre que mejorará la vida de los sudcalifornianos, la apuesta, en la opinión de los informantes, es que hará todo lo que esté en sus manos por honrar la memoria que su padre dejó en esta sociedad, la pregunta es, en este caso, si el propio Carlos Mendoza y los sudcalifornianos estamos suponiendo que un cambio de membrete significa un cambio en la política, pues no gobernará la Sudcalifornia de 1975.

A pesar de que la sociedad considera bueno el desempeño de Marcos Covarrubias, la verdad es que el empleo escasea, los negocios cierran porque no son rentables y todo parece indicar que la violencia ya se ha instalado en Baja California Sur. Carlos Mendoza Davis tiene un gran reto para los próximos seis años, el problema no será si su antecesor le hará sombra o no, sino lo alto que está “el listón” que dejó su padre, tanto, que hasta el momento ningún gobernador lo ha alcanzado. La apuesta está hecha, la moneda está en el aire.

Poética cognitiva, la memoria poética sudcaliforniana

José Antonio Sequera Meza

Antes de abordar el proceso de poética cognitiva, debemos aclarar primero la conceptualización de memoria desde la perspectiva de la cognición humana. Aunque se debe aclarar que el proceso técnico no será expuesto, sino los conceptos básicos. La subjetividad en este trabajo no sólo se corresponde con el proceso interno en el individuo, sino además a una interrelación histórica y social que sólo puede definirse a partir de una dialéctica. En este dinamismo, la memoria es una construcción de subjetividades que se mueven en el marco del tiempo, en donde se significan y resignifican los sujetos, las culturas, las sociedades; la poesía misma.

Memoria y percepción

En términos generales, el concepto de memoria la entendemos como una destreza mental que permite recordar percepciones o informaciones pasadas, conformaciones de

las subjetividades mismas; a esta concepción básica debemos considerar el aspecto del procesamiento de la memoria, sobre todo, porque en el ámbito de la escritura y de la lectura, la manifestación de la memoria es evidente: el procesamiento de la misma requiere de procesos atencionales y de resolución de problemas, los procesos perceptivos, la comprensión y expresión, de los sistemas en donde la información se almacena y se recupera.

La estructura de la memoria es clave para entender qué pasa en el modelo de producción de una poética; esencialmente, en dos tipos de procesos de memorias ubicadas en lo que se ha denominado memoria sensorial: memoria icónica y memoria ecoica. Consideramos a estas dos porque son los procesos a los que están ligadas la lectura y la escritura; por supuesto, no implica que en la evocación de los pasados no haya memoria táctil, olfativa o gustativa —como veremos— sino que en el proceso de recuperación es a partir de estas dos, principalmente. La primera, como su nombre lo dice, es parte de la memoria visual; la segunda, refiere a lo auditivo.

De lado de las neurociencias y de las ciencias cognitivas (Solms, 2001, Leuzinger-Bohleber), son interesantes los reportes de investigación en torno al rol central del vínculo afectivo en la formación de la estructura cerebral y del sentido primigenio del Self, así como los estudios sobre la memoria implícita (no simbólica y no narrativa), en donde se concluye que los registros mnémicos tempranos, de orden básicamente sensorial y vincular (Mantilla, P 2007, web).

La memoria en lo visual lo podemos desarrollar desde tres perspectivas, básicamente, la primera corresponde a que el lector y el escritor deben reconocer los trazos de la escritura, tanto para su elaboración como para su inter-

pretación; la segunda, es que la visualización corresponde a un concepto compartido entre el lector y el escritor para figurar un mundo posible; la tercera, a nivel de la producción de una poética regional, los lindes conceptuales y objetuales que desarrolla un escritor con relación a su medio o territorio poético.

En el proceso de visualización, será el más resaltado porque dentro de las estrategias de escritura o de lectura quien no reconoce los trazos en un escrito no se puede considerar lector o escritor de la misma. La tercera, corresponde propiamente a la discusión entre la realidad, lo externo, y las repercusiones internas de la escritura o la lectura misma.

En cuanto a la memoria ecoica, la acústica, sostenemos su importancia tanto para la poesía como para la narrativa. En la primera, la relación es más natural y evidente: la poesía ligada al canto y a la música, la lira. También, por cuestiones de sonido, a la memoria. El verso rimado se guarda con mayor facilidad en la mente. Aunque menos efectivo para los términos de la memoria, la narrativa contiene un ritmo propio, no tan efectivo para permanecer en la memoria tal cual, pero sí guarda la efectividad de la anécdota, sobre todo, como aprendizaje de un mundo posible.

La escritura y el tiempo (la lectura)

La escritura es un diseño cognitivo propio para la permanencia de la memoria de los acontecimientos humanos.

Este conocimiento, ¡oh rey! —dijo Theuth—, hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con él se ha descubierto.

Pero el rey respondió: ¡Oh! ingeniosísimo Theuth. Una cosa es ser capaz de engendrar un arte, y otra es ser capaz de comprender qué daño o provecho encierra para los que de ella han de servirse, y así tú, que eres padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen. Esto, en efecto, producirá en el alma de los que lo aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose a la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí. No es, pues, el elixir de la memoria, sino el de la rememoración, lo que has encontrado. Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos; porque, una vez que hayas hecho de ellos eruditos sin verdadera instrucción, parecerán jueces entendidos en muchas cosas no entendiendo nada en la mayoría de los casos, y su compañía será difícil de soportar, porque se habrán convertido en sabios en su propia opinión, en lugar de sabios (*sophós*) (Platón 1973, pp. 110-111).

La escritura es un proceso que siempre representa un pasado, es un presente del pasado. La lectura, aunque sea en un tiempo presente, lee la imagen de ese pasado remoto del escritor. La imagen es lo que permanece, pero es ya imagen de un algo ausente, un concepto.

No es con san Agustín que el difícil problema de la representación del pasado encuentra su primera formulación; si bien Agustín es, en los libros X y XI de las Confesiones, 2 el iniciador de una meditación secular referente a las relaciones entre el pasado de las cosas recordadas, el presente de las cosas percibidas y el futuro de las cosas esperadas, Platón y Aristóteles fueron los primeros en extrañarse de la paradoja oculta tras la noción de las cosas pasadas, los *praeterita* del latín. El problema surgió en el ámbito griego clásico con el vocablo *eikon* en forma de aporía, de pregunta embarazosa.

La aporía es doble. Es ante todo el enigma de una imagen que se da a la vez como presente en la mente y como “imagen de”, imagen de algo ausente (Ricoeur, 2007, pp. 3-4).

La imagen es el punto central del nexo entre la memoria y la escritura porque finalmente la escritura es una representación en imagen que el hombre no aprende de manera natural sino que se enseña socioculturalmente. Este es el proceso en donde intervienen las subjetividades, porque como lo hemos mencionado, es donde se establecen las dinámicas entre cultura, historia, sociedad e individuo.

Así, la escritura se asocia a un proceso de producción que se desarrolla en el tiempo: desde la aprehensión del *ikon*, la conceptualización del mismo, el ordenamiento del discurso y la escritura misma de ese proceso. La escritura es una operación cognitiva que se desarrolla en el tiempo, al igual que la memoria. Por ello, las escrituras regionales desarrollan ampliamente las relaciones visuales con los objetos en el tiempo.

Por otro lado, al escribirse la memoria activa las imágenes en la percepción. La escritura es la producción de imágenes en el tiempo. Aunque la memoria siempre trabaja en nuestras percepciones, en las imágenes que se han creado del *ikon* o de la representación de la realidad. Así, la escritura debe encontrar el cómo representarla a través de otros signos gráficos para que el lector tenga la misma información icónica que en el lector ha tenido. La memoria en la escritura se convierte en un proceso de crear. No es el infinito de la memoria, siempre reconstruyéndose a partir de las infinitas percepciones, sino es una memoria selectiva de lo que el escritor considera significativo, y de lo que el lector interpreta como significativo.

La literatura podría ser el locus donde la subjetividad del autor que escribe y la subjetividad del lector que lee se ponen en circulación generando identidad literaria, quizá esto es lo que hace literario a un texto. No es la típica identificación, sino que circulación y recepción de esas subjetividades mediante la lectura, y esta como un producto cultural, dentro de los que cabe la obra literaria como síntoma de una configuración sociopolítica subyacente, esto es que el texto es un hecho social y debe ser socializado (Hernández, 2006, web).

Al ser un artefacto cultural, en realidad, la escritura presenta una experiencia personal del escritor en el mundo, así como las estructuras conceptuales que se han afianzado en el ambiente cultural que rodea a lo escrito.

La memoria y la experiencia

Hemos señalado que la experiencia es vital para la formación de la memoria escrita, del mismo escritor, esta visión experiencialista, por llamarlo desde el punto de vista de la lingüística cognitiva (Dirven 1998); en realidad, la experiencialidad que es la transformación de los objetos en términos de lenguaje, en este caso, lenguaje escrito.

La memoria ocupa un lugar importante en este proceso porque es en ausencia de la experiencia que se escribe, como ya lo hemos mencionado, en esta ausencia no son las cosas o los objetos sino son significados acerca de lo que se escribe. El escritor conceptúa la experiencia a partir de los rasgos, significados, que recuerde. El lenguaje, pues, es constructor de la identidad, en donde se genera una imagen

de los demás y de nosotros mismos, esta representación es la subjetividad comunicable.

[...] el propio observador queda fuera de la construcción de lo observado; pues para cumplir con el principio de objetividad de la ciencia, debe omitir su visión de los fenómenos, su sentir frente a ellos; pero el conocimiento no puede fundarse en la exclusión del cognoscente; el sujeto no puede ser excluido de la construcción de su objeto (Morin, 1982, pp. 38–39).

En el procesamiento del texto (Van Dijk) en conjunto con la memoria del receptor es donde tenemos el intercambio cognitivo que permiten la lecturabilidad del texto mismo. Por supuesto, en términos de creación, se incluyen aquí los procesos de corrección del propio autor en donde él es a su vez lector de su producción.

Es que la lectura conlleva un momento de envío, en cual deviene ‘una provocación al ser y actuar de otra manera’. Por consiguiente, la práctica del relato no sólo hará vivir frente a nosotros las transformaciones de sus personajes, sino que movilizará ‘una experiencia de pensamiento por la cual nos ejercitamos en habitar mundos extranjeros a nosotros’ (Arfuch 2005, p. 28).

Este intercambio experiencial es base en la generación de un significado coherente y cohesionado de un texto literario ya que en el texto, entonces, se establece la recuperación de conceptos memoriales en el lector, conceptos, asociaciones conceptuales y distinciones formales de los recursos estilísticos del discurso mismo. Esto genera un proceso de construcción de significado en la lectura misma, independientes de las intenciones del autor. Podemos incluir

en este momento el concepto de lectoescritura³² desde el punto de vista sociocultural.

Las obras literarias se crean a partir de otras obras, es decir, que un texto existe entre otros textos a través de las relaciones con ellos, pero por sobretodo a través de las relaciones que exterioriza como flujos no codificados. No obstante, la literatura no solo nace de otras lo leído, lo dicho o lo escuchado sino que también reflexiona sobre sí misma para matar a las obras literarias precedentes. Las relaciones de intensificación o de contraste y disonancia entre las dimensiones de la obra dialogan internamente para autodestruirse (Hernández, 2006, web).

Desde esta visión, ambos se modifican en la medida de los conocimientos, pensamientos o lecturas (polifonía); es decir, los significados no se encuentran aislados, ni separados de la cultura de quien los organiza, se integran al sistema semiótico de una sociedad (Halliday), una semiósfera (Lotman).

El espacio

Aquí conviene un espacio para redefinir un aspecto de la creación literaria. En sí misma y como artefacto sociocultural, la escritura literaria construye una realidad con sus propias reglas, principios y organizaciones que espejean la realidad social. A nivel de cognición esta construcción de la realidad no es más que parte de un proceso mental: la organización de una realidad en otra perspectiva. El mundo

32 Aunque no desde el punto de vista pedagógico.

posible guarda su propia lógica, reglas y leyes, así mientras la realidad es verdadera, el mundo posible es verosímil. Como señala Ricouer, “Modelo para describir el mundo el modo de ser del mundo” (González, web: 1).

En esas posibilidades de la literatura, y desde el punto de este trabajo, nos centraremos en la relación entre espacio-memoria y lectoescritura de la poiesis sudcalifoniana. Es decir, cómo los principios cognitivos de espacio-tiempo recrean un mundo posible en la región. Para ello, por supuesto, pondremos algunos puntos y algunos teóricos de la teoría cognitiva. La poesía recrea la simbolización de la subjetividad, establece vínculos entre el lector y el autor; entre los tiempos y la memoria; así como las diversas formas dialécticas de cultura y sociedad.

Para ello, el mundo posible de la literatura es la representación mental de la situación, escena es el concepto que desarrolla Fillmore. En él, el marco son las variaciones lingüísticas que el escritor tiene para poner la escena; técnicamente, el asunto se liga al vocabulario que le permite conocer y designar las relaciones que se establecen entre los diferentes elementos y sus relaciones conceptuales. Las estructuras gramaticales y el vocabulario funcionan como referencia de la situación construida por el escritor. La escena es vital para el desarrollo del marco porque el escritor debe poseer absolutamente todo el vocabulario. El marco correspondiente de la escena puede medirse y ampliarse en la medida de que el individuo adquiera conocimientos léxicos y gramaticales a esa escena.

La literatura trabaja su subjetividad en toda su extensión. La literatura es inconsciente en el hecho de ser otro-en-un mismo, ese otro ya sea como autor, como personaje, como lector que no percibe el cómo se pasa de un borrador a

un texto y de un texto a una obra. Así, el texto es un objeto ficticio y esa ficción es la representación del vacío entre el yo y el no-yo (la realidad), por ende, las posibilidades de la lectura son lo que dan mas identidades al texto (Hernández, 2006, web).

En términos de poiesis sudcaliforniana el vocabulario regional es clave para el entendimiento de la experiencialidad del creador sudcaliforniano, y tal vez, para todos los escritores que se denominan regionalistas. En este momento, pues, la experiencialidad, la que hemos definido como la percepción del mundo a través de los sentidos, conduce a la creación de esquemas de carácter senso motriz. Éstas son las que trabajaré en el trabajo de los escritores sudcalifornianos.

La representación del espacio, es también uno de los componentes de la subjetividad y uno de los símbolos mediante los cuales, se nos comunica una serie de funciones sociales, mas lo que aquí nos interesa, es entender la función que desempeña en los niveles básicos de la estructura política y social, en el estadio actual del desarrollo de la humanidad a partir de la subjetividad (Vélez, 2005, p. 155).

Los espacios mentales en la construcción poética

La experiencialidad se organiza cognitivamente, en las expresiones lingüísticas, las que no contienen un significado en sí mismas, significan en el terreno de lo cognitivo, pero sobre todo en lo subjetivo desde el punto de vista de

lo social. Para la teoría cognitiva, el mensaje se interpreta en las configuraciones de los espacios mentales (Fillmore; Modelos Cognitivos Idealizados MCI, Lakoff; Dominio Cognitivo, DC, Wilson y Sperber) en donde la información se integra.

La importancia del espacio mental es su visualización a través de una red en donde el concepto comparte la retroalimentación de la información al ingreso y al reinterpretar el espacio mental desde donde se ubica.

De tal modo, la subjetividad existe en la medida que exista una red de estados mentales tales como pensamientos, deseos, creencias, intenciones etc., que esté en relación con el mundo objetivo y con la mente de un tercero. La subjetividad será, entonces, la cosecha propia de estados mentales, aquella estructurada, dibujada y coloreada en la historia personal. (Davidson, 2001). Cabe señalar que dichos estados mentales tienen diferentes niveles de conciencia y se hallan metafóricamente agrupados en sistemas (Mantilla, 2007, web).

El discurso, el texto del escritor, poema, cuento, novela, crónica, desarrolla su propia construcción de espacio mental a partir de información léxico gramatical. El primer momento de desarrollo en la aplicación en este trabajo lo desarrollaremos en el ámbito de la creación del espacio mental.

Espacio y memoria regional

La conformación del espacio en la poética regional se simboliza de dos maneras esencialmente. Aunque aquí una digresión: esencialmente, la literatura regional buscó en las representaciones de la lengua el espíritu regional. Los

discursos regionales europeos veían esas características exteriores con mayor precisión porque las variaciones culturales, sociales, geográficas establecían también variaciones en la lengua. Pero, en América Latina, estas variaciones lingüísticas fueron dentro de la misma lengua; ya sea en el uso del signo: /pos/ por /pues/; en algunos casos, el signo lingüístico se aisló en la zona americana y quedó como un arcaísmo regional: /recordar/ por /despertar/. O por las variantes para nombrar un objeto con dos nombres, polisemia. O un proceso polisémico de lengua, mientras una región nombra a un objeto de un manera, otra ha creado otro nombre. Por supuesto, el concepto en su referencia primera, y visto desde el punto de vista de la gramática cognitiva, es una selección de nombre derivada de la relevancia propia de la imagen generada por la configuración metafórica de esa realidad.

El espacio debe concebirse como un constructo social e histórico, en razón de que es el modo como lo seres humanos representan un mundo organizado en estructuras inteligibles. También forma parte de la ideología, es decir, de la representación del mundo, [...] (Vélez, 2005, p. 154).

Es, el regionalismo lingüístico, un punto de partida de lo que lo sucede en el plano social. Los nombres son propios para la formación de la memoria, para mantener la propia convencionalidad. Sin la memorización de los nombres no existe el principio de lo social.

La subjetividad en su modelo está condicionada al lenguaje, a la presencia de las llamadas representaciones de segundo orden, a la existencia de pensamientos organizados lógicamente, a los procesos conscientes y preconscientes, pero no a los estadios previos a estos logros del desarro-

llo. La subjetividad está atada a la conciencia de la misma, a la autoobjetivación o desarrollo de lo que ahora se denomina función autorreflexiva del self, (Fonagy y Target, 1996) (Mantilla, 2007, web).

La memoria en el plano social se configura a través de los rituales sociales, los que a la vez se representan a través de los rituales que se organizan en espacios identitarios. Todo ritual, acto simbolizado en alguna sociedad, contiene en sí mismo un tiempo, o una continuidad temporal, también simbolizada: esencialmente, en el ámbito de lo que es cíclico: las estaciones del año, los meses, las temporadas de siembra o de recolección, las semanas, las fiestas patronales. Esta continuidad temporal también es memoria en el espacio cultural, una geografía simbólica que se representa en un calendario cíclico, compartido por la comunidad. Bien es cierto que la perspectiva judeo cristiana ha impuesto la linealidad, principio fin de los tiempos, desde la misma concepción del libro: Génesis a Apocalipsis. Sin embargo, los ciclos en el calendario, las reiteraciones, son básicos para el entendimiento de esa memoria espacial que se comparte. La geografía, física o mental, recobra el sentido de memoria y olvido, y de la propia configuración histórico-poética.

La identidad entendida como forma específica de subjetividad en tanto sentido de pertenencia colectiva, con sus signos compartidos, su memoria colectiva, sus mitos fundacionales, su lenguaje, su estilo de vida, sus modelos de comportamiento, y en niveles superiores de proyectos y enemigos compartidos; esta identidad, como la subjetividad, puede reconocer niveles desde los más ambiguos hasta los más decantados y, en esta medida, aceptar la pregunta sobre la identidad implica especificar para qué campos de acción (De la Garza 1997: p. 87).

Esa reconfiguración es histórica porque se sitúa siempre en el tiempo, y es poética porque es reconfigurada de acuerdo con el tiempo de la enunciación; es decir, de quien la lleva a cabo como realización de su propia visión del mundo, sea un mediador, sea un poeta, sea un escritor; después un lector. Lo que se desempeña en un mundo posible.

Los espacios regionales

Para mediar entre las posibilidades lectoras y las construcciones simbólicas de los espacios regionales que el enunciante-autor configura en la totalidad de un texto, en ese caso, seguiremos las marcas espaciales de región; uno, como principios de lengua, es decir, a través de aquellos léxicos definidos con características de espacio en su significación propia.

Estos constructores espaciales presentan información relativa a los nuevos espacios a partir de reconfigurarse en la lectura del texto a través de su relación con nuevos espacios o los espacios ya establecidos, descritos o no. Señalados o interiores.

EL ABATE D'AUTEROCHE VE ARDER LA SIERRA DESDE SANTIAGO

Aquí la noche
y a la mitad del cielo el braserío
ojos de tigre en la espesura
vigilan este insomnio en el que espero

la conjunción del astro vagabundo.

Allá es el día
sobre el Puente Nuevo
una mujer esculca a su pareja
mientras bajo un arco
el clochard Perrotin duerme la cruda.

Aquí a la sombra
Venus acerca su rubor al fuego
y el rojo resplandor brota en lo negro
cual las audacias de la carne surgen
de las mortificaciones del espíritu.

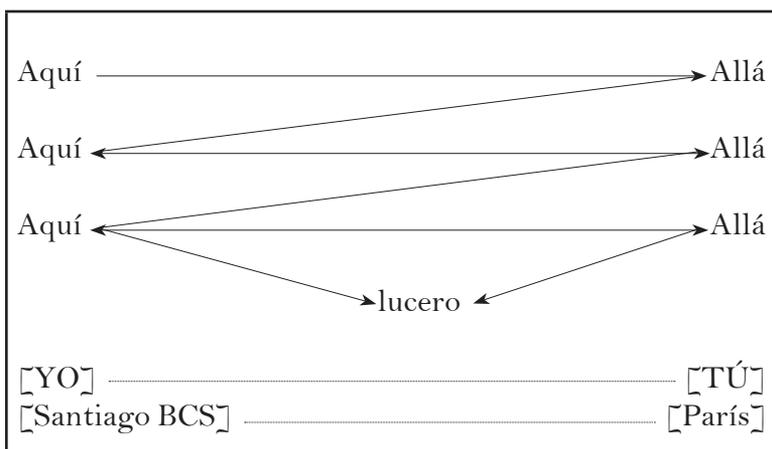
Allá en la claridad
el río habrá de transcurrir blando, sosiego
lamiendo el espolón que lo divide
justo en Saint Louis.

Saudade aquí
la sierra lanza guiños
a mi inútil afán
de escrutar senderos estelares
trazados por un dios previsible
(Dios es ciego).

Allá la luz
aquí penumbra
brasa y carbón al tiempo mismo
en que *rueda en los aires un lucero*.

(Sequera 2013: 118)

El primer marcador espacial son los adverbios / aquí / y / allá /; señalan dos circunstancias relativas y deícticas, propiamente. En una cercanía extraordinaria es relacionado con / aquí- yo / y /allá-tú /. El espacio simbolizado mantiene una relación directa con el presente del desarrollo del poema. El aquí se relaciona además con el espacio / aquí-yo-Santiago /, / allá-tú-París /. Santiago y París nos abren las posibilidades del compartimiento de mundos posibles. Además, podemos situarlo en dos geografías mentales:



En lo espacial se une el ámbito temporal: Noche *versus* día.

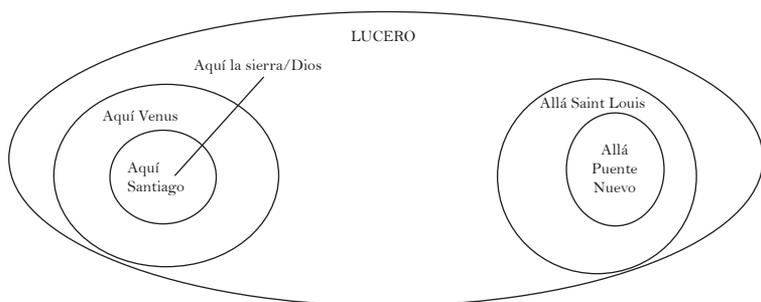
Noche ←————→ día

La particularidad de este tiempo espacio es que reúne, por sí misma, la reflexión del poema. Desde este presupuesto, se construye el espacio mental del lector.

Noche —————→ Día

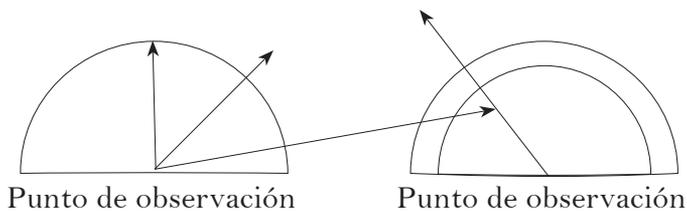
Penumbra	_____	Luz
Sequedad	_____	Río
Negro	_____	Rojo

Por supuesto, estas referencias léxicas se reúnen con las ya expuestas en el ámbito de lo locativo: aquí la penumbra, aquí la sequedad, aquí lo rojo/ allá la luz, allá el río, allá lo negro. La relativización del adverbio aquí se muestra en una ampliación geográfica en la medida del avance de las estrofas:



La perspectiva se amplía, y aunque sabemos que la visión narratoria del poema se ubica en el punto locativo: Sierra/ Santiago. La circunstancia es desde donde queremos ubicar el aquí porque puede ser aquí Saint Louis, aquí Puente Nuevo. Y todo se funde en la última estrofa con dos unidades léxicas: Dios y Lucero. Donde en una primera instancia lo habíamos marcado como un punto de conjunción del aquí y del allá; sin embargo, Dios/ Lucero, amplían la visión al universo, a lo estelar. Las dimensiones espaciales del aquí/ allá se universalizan. Pero esta sensación se establece porque el abate ve, con un telescopio de la época el curso de Venus a través de la península. Por supuesto, desde ahí, desde el

enfoque es que el planeta se puede ver tanto de París como de Santiago; aunque para el observador la sierra de Santiago es donde mejor se observa el fenómeno.



Del Abate ————— de Perrotin

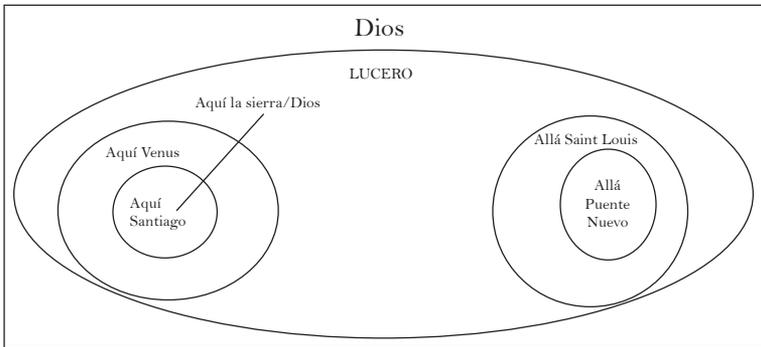
Los mundos se encuentran en este ámbito: no sólo es la contraposición Sierra-Santiago / Puente Nuevo-París, sino también se conforma el espacio América / Europa. Este es parte del discurso regional de la poesía, que contenga dentro de su marco, esencialmente, el punto de referencia de la zona. La visualización desde ahí. Estos dos puntos de observación tan contrastantes, además, indican no otro factor que la relativización de los puntos de observación en el mundo. En donde el marco es del lector, desde dónde se lee; una perspectiva intersubjetiva del autor. En esa espacialidad se lee también los libros.

Por supuesto, la espacialidad desde esta perspectiva sostiene la verticalidad y la horizontalidad desde donde se puede ver. Desde la perspectiva del Abate se enmarca una circunstancia de lo vertical, en un espacio que es abierto, sólo contenido por la sierra. Lo horizontal lo enmarca la perspectiva de Perrotin. Los puntos de las distintas experiencias espaciales se desarrollan en esa deixis:

Yo-aquí: vertical: esperar / brotar / surgir / escrutar / estelar.

Tú-allá: horizontal: puente / dormir / río / rodar.

Es el espacio el que es cuestionado finalmente porque la experiencia espacial del hombre se rompe cuando ingresa otro espacio: Dios. Además, con la atenuante de la ausencia del espacio tridimensional: “Dios es ciego”. La única manera de tener contacto de Dios es a través del sentido humano del tacto. Sin lugar a dudas, Dios puede escuchar, oler, palpar, gustar. En ese ámbito el espacio creado por Dios es el más amplio: toca todo lo detallado en el poema.



Todo lo envuelve Dios. Así, el Abate se ve disminuido desde esa perspectiva porque contiene una mortificación del espíritu. Esta imagen que hemos construido es sólo una representación, que no necesariamente puede ser física o proyectada de entes concretos, pero sí de la experiencia sensorial del mundo y, ésta cómo el Abate pertenece a una sociedad del siglo XVIII, europea; visto desde el punto de vista del narrador.

Aunque no sólo son las imágenes visuales, sino también aquellas que ingresan en el orden de los sentidos. La experiencia fundamental en las imágenes visuales, táctiles, acústicas, orales (de gusto), olfativas. La generación de estas imágenes se construye en la medida de las palabras en el poema y de los significados que éstas tengan en el medio lingüístico cultural; por otro, en el lector, quien asume los significados del poema y de él mismo.

Las imágenes visuales del poema

- **Movimiento:** Lineal, la linealidad es en grados. Hacia arriba, la observación de Venus desde la sierra de Santiago, Baja California Sur, México. El otro movimiento que no se ve, pero que corresponde a un vertical / horizontal indescriptible, es la “conjunción” de Venus con los grados de observación desde Santiago. Propiamente no es un movimiento lineal, tampoco podría describirse como horizontal o vertical. El tercer movimiento que interviene lo representa la horizontalidad del río Sena, el cual transcurre, es decir, sigue un “curso”. Sin embargo, esa horizontalidad no es lineal, sino curvilínea; se une a esta imagen el concepto [sendero]. Así como también se une el verbo [rodar]. Ambos conjugan el azar en el ámbito del movimiento. No se presenta un orden entendible a primera vista cuando los objetos ruedan.
- **Dimensiones:** arriba / abajo; norte / sur; sistema planetario / tierra. Aunque la perspectiva es la ubicación desde la Tierra, en especial desde Santiago; las dimensiones para leer el poema en un arriba

y abajo es vital. Se entiende el cielo como arriba, ligado a lo divino; abajo, la tierra y el río ligados a lo humano. A esta dimensión le podemos atribuir la liga al pecado: “las audacias de la carne surgen / de las mortificaciones del espíritu”. El primer verso ligado a la dimensión [abajo] y el segundo a la de [arriba].

- Por supuesto, la dimensión de norte / sur, no se distingue en este proceso, sólo se presupone como concepto básico para la lectura del espacio sideral y del geográfico. Latitud / longitud en el marco de lo terráqueo. En lo planetario, Tierra / Venus, la redondez cobra un sentido funcional no sólo por la forma de los planetas (debido a lo gravitacional), sino también en cuanto al movimiento: lo redondo rueda; el azar, pues, se une al movimiento y a las dimensiones— casi divinas.

La dimensión del color: negro / rojo; oscuridad / luz. La dimensión del color está aunada al espacio de la noche en Santiago, Baja California Sur; mientras el día está en su esplendor en París. Tenemos que relacionar los ámbitos del color en el desarrollo del poema: con lo rojo: arder, brasas, tigre, rubor, fuego, brasa. Mientras que lo negro: noche, espesura, sombra, negro, carbón. En medio de esas dimensiones de color la luz, la claridad irrumpen en otro espacio cognitivo.

La composición es el carbón, que es de lo que se supone está compuesto Venus. Esta composición se une al rojo y al negro. Lo rojo es lo que pone en movimiento la esencia de la materia.

Las imágenes táctiles construidas en el poema tienen su base en: tocar / esculcar / escrutar. Como lo menciona-

mos anteriormente, ante la declaración de “Dios es ciego”, la ausencia de la imagen visual llega a través de palpar; los dos agentes que lo realizan, en realidad están en la búsqueda de lo monetario o del conocimiento. El Abate busca en el conocimiento, en lugar de “las audacias de la carne”.

Las imágenes acústicas crean, en el discurso literario, la trasposición de los sentidos, leer en voz alta presupone el sonido buscado por el escritor. Un lenguaje independiente, como lo deseaba Rimbaud: “*A, noir*”. El principio de la escritura escudriña lo visible o lo oculto. La realidad poética se impone a la representación objetiva.

El poema se basa en dos sonidos básicos, el sonido [s], una consonante fricativa es tal, que implica el movimiento de los objetos descritos en el poema. Sielo/ braSerío/ ojoS / eSpeSura/ eSte/ inSomnio / eSpero / conjunSión / aStro / eS / Sobre/ eSculca / Su / mientrasS / Sombra / VenuS / reSplendor / audaSias / Surgen/ mortificaSiones / eSpíritu / tranScurrir / SoSiego / eSpolón / traSados/ Saint LouiS / juSto / Saudade / Sierra / eScrutar / Senderos / eStelares / DioS / LuS / BraSa / miSmo / aireS / luSero. Como se observa la S construye un espacio propio.

Esta imagen acústica se ha construido bien y representa, también, la circunstancia motriz del río, el nombre del río (Sena); la motricidad curvilínea de Venus; y el reiterativo verso: “eScrutar SenderoS eStelareS”. En el donde la palabra (sendero) contiene en la grafía [S] el sonido y la imagen del movimiento. También el lector toma conciencia del movimiento al sentir la fricción en la emisión del sonido.

Las imágenes orales en el poema son creaciones de percepción que se produce a través de la articulación de los sonidos o de los conceptos, aunque no propiamente producen sabor. Para ejemplificar esta circunstancia en

donde se produce un sabor a través de un sonido, los versos: “El sabido sabor/ de la saliva” de Xavier Villaurrutia provoca, a través de su pronunciación en voz alta, que el lector disfrute de sus propia saliva.

El verbo / lamer / es donde recae toda la esencia de la imagen táctil aunque ligada al gusto, ejercicio entre el río y el puente. La forma no personal de verbo, en adverbio: / lamiendo / también evoca la constancia del movimiento del río: continuidad. Todo en el universo se mueve.

Es precisamente el movimiento lo que provoca que la imagen táctil / en lamer / ya que remarca las cualidades del río estar en una continuidad serpenteante como la de Venus.

Otra imagen táctil en el poema de Melgar, / esculcar / en el acto íntimo de una pareja sobre el puente Nuevo de París, el espacio cognitivo del amor, lo táctil es la primera referencia hacia la imagen táctil. Éstas se ligan, irremediablemente, al espacio de París. Y a la circunstancia temporal del día, así como ambas a la dimensión espacial del puente.

Las imágenes en el poema recrean polos de impresión sensorial, en cada espectro de las impresiones que desarrollan: cada una es un polo de intensidad. Santiago de Baja California Sur recrea una circunstancia más visual, que se contrapone a un París más táctil. Por supuesto, independientemente de las circunstancias de los polos, las impresiones no es fije y dependen de las relaciones conceptuales que establezca el lector en relación con su contexto subjetivo.

La literatura como espacio mental

La literatura se lee, interpreta, a partir de la construcción de los espacios mentales relacionados entre sí, necesarios para la consolidación de un mundo posible. Los espacios mentales.

El poema evoca tres espacios mentales: uno, propiamente el rural; dos, la ciudad de las luces, París, modernidad del abate; tres, el espacio sideral. El espacio matriz es el rural, la sierra desde donde se observa el “astro vagabundo”; desde el cual se configura el espacio base de París, propiamente de la visión que tiene el narrador y el abate; ambos espacios, construyen el tercer espacio base: el cielo.

Los términos que nos llevan a considerar el espacio matriz de lo rural son: sierra, tigre y espesura. Mientras que el espacio de lo citadino: Puente Nuevo, Saint Louis, clochard. El tercer espacio, que se ve construido por los dos primeros, el sideral, desde una perspectiva metafórica, todo el movimiento y el color –ausencia o presencia–, la dimensión, son “trazados” por un dios invisible. La dimensión es la totalidad del espacio, incluyendo una metonimia: vagabundo/ clochard, el astro vagabundo (Venus, el planeta); el clochard Perrotin (humano). Tanto en francés como en español tienen la función adjetiva, y en ambos casos señala el desamparo del hogar, o de la pertenencia. Lo que acontece en varios niveles: al abate, al astro Venus, a Perrotin, a la ceguera de Dios.

El poema en términos de mundo posible requiere de un sujeto constructor, pero sobre todo, uno lector. Desde la perspectiva que estamos abordando, en relación con está poética cognitiva que implica memoria, tiempo, conocimien-

to, subjetividad, incluye que este sujeto lector sea capaz, dentro de ese mundo posible, de construir las características históricas del abate, de la Francia de la Ilustración, de las sociedades francesa, española y sudcaliforniana de ese momento; en esa proyección de sujetos, se encuentra la del mismo narrador de poema, el cual cumple la función de desarrollar otra temporalidad: la de la lectura.

La literatura, en tanto mundo posible, proyecta un sujeto de consciencia y un sujeto social. Ambos los podemos considerar estructuras abstractas que comparten con el autor y/o con el lector modelos cognitivos específicos sobre el mundo, y por sus rasgos, se les puede organizar en categorías mentales. Desde el punto de vista cognitivo, la literatura es una proyección de ese mundo posible en historias que pueden proyectar una complejidad del mundo. Así mismo, estas historias pueden enlazarse con otras historias (Turner 1996): una historia puede simbolizar un elemento de otras estructuras proyectadas del sujeto. Las estructuras proyectadas son procesos, acciones, narraciones, que desde el punto de vista cognitivo, establecen una dimensión narrativa en lo metafórico; en donde el sujeto proyectado construye imágenes a un nivel básico; y en la medida de la construcción de la historia y del mundo que se proyecta los esquemas participan de las proyecciones.

Conclusiones

La literatura es una construcción cognitiva desarrollada por múltiples estrategias: memoria, lenguaje, cognición, modelos cognitivos idealizados, metáforas. En principio, las

unidades léxicas ensamblan el espacio mental con modelos y dominios cognitivos presentes en las construcciones mentales del lector, último constructor del poema. En cuanto a los lindes con la literatura de Sudcalifornia, en el poema de Melgar, las imágenes de las relaciones establecidas en la cognición del individuo construyen el espacio mental de Sudcalifornia, y lo que pertenece al mismo dominio. Aunque, al ser una construcción cognitiva, ese espacio mental intersubjetivo puede modificarse dependiendo de nuevas relaciones conceptuales; esto último genera nuevas realidades mentales, nuevos mundos posibles, reconstrucción de la memoria y del lenguaje.

Bibliografía

- Almada, Rossana (1992). *Los partidos políticos de izquierda en Baja California Sur* (Tesis de licenciatura inédita).
- _____ (2006). *Juntos, pero no revueltos. Multiculturalidad e identidad en Todos Santos, BCS*. CIESAS–El Colegio de Michoacán–UABCS.
- Arfuch, Leonor (comp.) (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires, Editorial Prometeo.
- Bartra Roger (2012). *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. México, FCE.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI.
- Berger Peter y Thomas Luckmann (2006). “La Conctrucción Social de la Realidad”. Buenos Aires. Amorrortu.
- Bruner, Jerome (2004). *Realidad mental y mundos posibles*, Barcelona, Editorial Gedisa (2005).
- Castells, Manuel (2010). *Comunicación y Poder*. España. Alianza Editorial.

- Ciurana, Emilio Roger (1997). *Individuo Complejo*, en Complejidad No. 3. Buenos Aires.
- De la Garza Toledo, Enrique, “Trabajos y mundos de vida” en (1997). *Subjetividad: umbrales de pensamiento social*, León, Emma y Zemelman, Hugo, (coordinadores) España, editorial Rubí, Anthropos, UNAM.
- Delgado Díaz, Carlos (comp.) (2005). *Bioética y Medio Ambiente*. La Habana, Cuba.
- Dirven, René y Marjolyn Verspoor (1998). *Cognitive Exploration of Language and Linguistics (Cognitive Linguistics in Practice)*, Amsterdam, John Benjamins.
- Eco, Umberto (2006). *Tratado de Semiótica General*. México. Debolsillo.
- Fabri, Paolo (2004). *El giro semiótico*. España. Gedisa.
- González Valerio, María Antonia, “La poética de Aristóteles desde Gadamer a Ricoeur”, disponible en <<http://www.magonzalezvalerio.com/mimesisymythos.pdf>>, accedido en 10 de septiembre del 2014.
- Gruppi, Luciano (1978). *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México. Ediciones de Cultura Popular.
- Guariglia, Osvaldo (1993). *Ideología, verdad y legitimación*. Argentina. FCE.
- Halliday, M.A.R.K. (1977). *El lenguaje como semiótica social*. México. FCE.
- Hernández Montecinos, Héctor (2006). *Desde la escritura de sí mismo: Una teoría de la subjetividad, una duda en la escritura y una pregunta por la contingencia*. Disponible en <<http://www.letras.s5.com/hh031206.htm>> accedido en 10 de septiembre del 2014.
- Hernández Rodríguez, Rogelio. “Los gobernadores y el federalismo. La descentralización del poder” en, *Una Historia*

contemporánea de México. Las Instituciones. Meyer Lorenzo (Coord). México. Oceano.

<<http://www.bebesymas.com/salud-infantil/el-psiquiata-que-descubrio-el-tdah-confeso-antes-de-morir-que-es-una-enfermedad-ficticia>>.

<<http://www.eluniversal.com.mx/finanzas-cartera/2013/pobreza-coneval-personas-939000.html>>.

Lenk, Kurt (1982). *El Concepto de Ideología.* Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.

Lotman, Yuri (1996). *La Semiósfera La semiótica de la cultura.* España. Cátedra.

Malinowski, Nicolás (2009). *Hacia una estrategia de investigación pluridimensional,* en J-M. Velasco (dir) & A. Correa & N. Malinowski & D. Mora & L. Rodríguez & P. Sotolongo. *Investigación Científica. Un Encuentro con el Paradigma de la Complejidad,* Instituto Internacional de Integración, Convenio Andrés Bello, La Paz, Colombia.

Mantilla, Carla (2007). *Davidson y la subjetividad: alcances y limitaciones para la comprensión del sujeto psicoanalítico,* disponible en la revista *Aperturas psicoanalíticas,* núm 26, <www.aperturas.org/temariogeneral.html> accedido en 10 de septiembre del 2014.

Marx, Karl y Federico Engels. *Obras Escogidas,* México, Quinto Sol.

Maturana, Humberto y Francisco Varela (1995). *De máquinas y seres vivos.* Chile. Ed. Universitaria.

Meyer, Lorenzo (2013). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México.* México. Debate.

Moigne, Jean Louis (2010). *Complejidad y Ciudadanía, Ciencia y sociedad.* <http://www.pensamientoComplejo.com.ar/docs/files/le%20moigne_complejidad-ciudadania-ciencia-y-sociedad.pdf>.

- Moreno, Juan Carlos (2007). *Fuentes, Autores y Corrientes que trabajan la Complejidad*. <<http://online.upaep.mx/campusTest/ebooks/ManualIniciacion.pdf>>.
- Morin, Edgar (1982). *El Método. Tomo 1. La Naturaleza de la Naturaleza*. España. Cátedra.
- _____ (2001). *El Método. Tomo 5. La Humanidad de la Humanidad*. España. Cátedra.
- _____ (2005). *Epistemología de la complejidad en, Fried Schnitman Dora. Nuevos paradigmas cultura y subjetividad*. Argentina. Paidós.
- _____ (2007 a). *Introducción al pensamiento complejo*. España. Gedisa.
- _____. *Posibilidades y Límites del Conocimiento Humano*.
- _____ (2003). *Educación en la era planetaria*. España. Gedisa.
- _____ (2005). *Breve historia de la barbarie en Occidente*. Barcelona. Paidós.
- _____ (2005). *Epistemología de la complejidad en, Fried Schnitman Dora. Nuevos paradigmas cultura y subjetividad*. Argentina. Paidós.
- _____ (2007 a). *Introducción al pensamiento complejo*. España. Gedisa.
- _____ (2007 b). *Introducción a una política del hombre*
- _____ (2007). *Las noches están preñadas y nadie conoce el día que nacerá*.
- _____ (Comp) (2010). *Difuminando el rancho. Identidades emergentes en Los Planes, BCS*. UABCS, Gobierno del Estado de BCS, ISC.
- Morlino Leonardo (2009). *Democracias y democratizaciones*. CIS. España.

- Najmanovich Denise (2005). “Estética del pensamiento complejo”, en Revista Andamios. <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62810202>>.
- _____ (2005). *El juego de los vínculos. Subjetividad y redes: figuras en mutación*. Argentina. Biblos.
- Nohlen Dieter (2012). *¿Cómo estudiar ciencia política? Una introducción de trece lecciones*. Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, México. Marcial Pons. España-Argentina.
- Pacheco G. Ruth. *La ciudadanía intercultural como objetivo de una educación democrática radicalizada*, en Complexus, volumen 3, marzo de 2007. Número 1.
- _____. *La ciudadanía intercultural como objetivo de una educación democrática radicalizada*, en Complexus, volumen 3, marzo de 2007. Número 1.
- Platón. *Diálogos*, “Fedro o de la Belleza”. Argentina. Aguilar. 1973.
- Pupo, Rigoberto. *El ensayo como búsqueda y creación. (Hacia un discurso de la aprehensión compleja)*.
- Ricoeur, Paul (2007). *Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado*, en Anne Pérotin-Dumon (dir.). Disponible en <Latina.http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php>, accedido en 10 de septiembre del 2014.
- Rodríguez, Rubén José. “Herramientas informáticas para la representación del conocimiento”. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, vol. 14, núm. 2, dic. 2010. Disponible en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-73102010000200017&lng=es&nrm=iso>, accedido en 10 agosto 2014.
- Sánchez Mota, Graziella (2003). “La vida política en Baja California Sur en la segunda mitad del siglo XX” en, González Cruz Edith (Coord). *Historia General de Baja California Sur*.

CONACyT – UABCS – SEP – Instituto de Investigaciones Históricas – P y V. México.

Sequera Meza, José Antonio (2013). *Los poéticos mares. Antología de los Juegos Florales Margarito Sáñez Villarino*. México. Editorial ISC.

Vélez Bautista, Graciela (2005). “Espacio y subjetividad. Orden social desde lo privado y lo público”. *Espacios Públicos*, febrero, 150-161. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67681510>> ISSN 1665-8140, accedido 10 de septiembre del 2014.

Veron, Eliseo (1998). *La Semiosis Social. Fragmentos de una Teoría de la Discursividad*. Barcelona. Gedisa.

Wolin, Sheldon (2008). *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*. España. Ed. Katz.

Zizek, Slavoj (2007). *El sublime objeto de la ideología*. España. Siglo XXI.

_____ (2009). *En defensa de la intolerancia*. España. Sequitur.

Índice general

Introducción..... 7

Subjetividad y complejidad: una mirada

en-de-desde Sudcalifornia *Rossana Almada*..... 29

¿Cómo entender la Subjetividad? 31

Vínculos e identidades 36

¿Por qué pensar desde la complejidad? 37

Complejizar la subjetividad sudcaliforniana..... 51

Finalizando..... 57

Entre memoria y olvido. La construcción de un pasado mexicano desde Sudcalifornia

Rosa Elba Rodríguez Tomp 59

Declaración necesaria..... 59

Memoria e historia 60

La construcción de un pasado mexicano..... 72

Los recuerdos del periodo colonial
en la Antigua California 81

Mexicanos “contra viento y marea” 84

La Paz porfiriana y las bases de una mexicanidad basada en recursos extranjeros	91
--	----

Ideología y decisiones electorales en Baja California Sur: una cuestión compleja

<i>Rossana Almada</i>	97
Introducción.....	97
Un encuentro con el concepto de ideología.....	99
Ideología y poder	101
Una vieja etnografía.....	107
El antecedente político	111
...no es lo mismo, pero es igual	112
Conclusiones	122

Poética cognitiva, la memoria poética

sudcaliforniana <i>José Antonio Sequera Meza</i>	127
Memoria y percepción	127
La escritura y el tiempo (la lectura).....	129
La memoria y la experiencia.....	132
El espacio.....	134
Los espacios mentales en la construcción poética.	136
Espacio y memoria regional	137
Los espacios regionales	140
Las imágenes visuales del poema.....	146
La literatura como espacio mental	150
Conclusiones	151

Bibliografía	153
---------------------------	-----

La construcción de las subjetividades en BCS
se terminó de imprimir en mayo de 2017
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
Guadalajara, Jalisco
El tiraje fue de 500 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com